

CRESCENCIO PALOMO IGLESIAS, O.P.

**VIDA Y OBRA
DE LA M. TRINIDAD
DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA**

ESCLAVAS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA

**VIDA Y OBRA DE LA M. TRINIDAD DEL
PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
CARRERAS HITOS**

**VIDA Y OBRA DE LA M. TRINIDAD
DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
CARRERAS HITOS**
Fundadora de las Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

POR
CRESCENCIO PALOMO IGLESIAS, O. P.

2ª Edición corregida

Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios
Madrid · 2001

ÍNDICE

PALABRAS PREVIAS

I. PRIMEROS AÑOS (1879-1893)

Monachil
Orígenes familiares
Nacimiento y bautismo
Infancia
Confirmación
Primera Comunión
Enfermedad
Muerte de la madre
Orfandad
Educanda en Santa Inés
Vocación capuchina

II. SAN ANTÓN (1893-1925)

Entrada en el convento de San Antón
Postulantado
Toma de hábito
Noviciado
Profesión religiosa
Profesa en el convento de San Antón
Abadesa en el convento de San Antón
Las nuevas abadesas en el convento de San Antón
Nueva llamada para la adoración
De nuevo abadesa en el convento de San Antón
El Arzobispo aprueba la adoración perpetua

III. PRIMERAS FUNDACIONES (1925-1933)

Fundación en Chauchina
Proyecto de enseñanza
Fundación en Berja

IV. LAS NUEVAS FUNDACIONES (1933-1949)

Problemas tras la proclamación de la II República española
Cómo resolver el problema
Viaje para fundar en el extranjero
Primeros pasos en Portugal.
Fundación en Braga
Separación de Chauchina
Viaje a Roma

La Guerra Civil española

Expansión de la obra

Casa de Oporto

Casas de Sobrado del Obispo y de Melias

Casa de Granada

Casas de Laveiras - Caxías y de Lisboa

Casas de Madrid

Casa de Bilbao

Casa de Formia (Italia)

Casa de Torres del Río (Navarra)

Casa de Méjico

Casa de Viana do Alentejo

Aprobación de las Constituciones

Fin de la carrera

Hacia los altares

Un testimonio sobre la madre Trinidad

V. LA CONGREGACIÓN HOY

Casas en España

1. *Berja (Almería)*

2. *Sobrado del Obispo (Orense)*

3. *Granada*

4. *Madrid*

5. *Bilbao*

6. *Los Negrales*

Casas en México

1. *Ciudad de México*

2. *León Guanajuato*

3. *Toluca*

Casa en Perú

1. *Lima*

Casa en Venezuela

1. *San Antonio de los Altos*

Casas en Portugal

1. *Braga*

2. *Oporto*

3. *Laveiras-Caxias*

4. *Lisboa*

5. *Viana do Alentejo*

6. *Fátima*

7. *Fátima Noviciado*

Casas en Angola

1. *Luanda-Cristo Rey*

2. *Luanda- Morro Bento*

3. *Ondjiva-Cunene*

4. *Lubango*

5. *Lubango - Postulantado*

6. *Benguela*

Casas en Cabo Verde

- 1. Ilha do Maio*
- 2. Ilha de Santiago-Praia*

Casas em Timor

- 1. Dilor*
- 2. Tibar*
- 3. Gleno*

Casa en Benín

- 1. Adjarra*

PALABRAS PREVIAS

La vida de la madre Trinidad se mueve por un impulso interior, es una vida contemplativa centrada en la adoración a Jesús Sacramentado, en cuya presencia amorosa su alma se recrea y se lanza hacia una acción de servicio a Dios y a los hombres dentro de un marco eclesial.

Esta acción, por brotar de su constante unión oracional con Dios, le viene exigida por el mismo Dios como una inspiración que siente en el fondo de su alma y que la lleva, muchas veces sin desearlo, a actuar, aún a costa de muchos sacrificios y sinsabores, por seguir lo que para ella es voluntad de Dios.

Estas dos facetas: vida interior y acción, se han intentado tener en cuenta en estas páginas. Se ha querido situar los hechos en el tiempo y a la vez buscar el porqué de esa acción. La tarea no ha sido siempre fácil, pues la madre Trinidad, como alma de Dios, es sencilla, humilde, no busca protagonismo; solo busca la gloria de Dios y, por tanto, la eficacia, y no la notoriedad personal.

Por otra parte, no ha tenido biógrafos ni cronistas de su Obra, aunque esto último fue una de sus preocupaciones, por exigírselo sus directores. Hay constancia de que quiso cumplir con esta exigencia, pero no tuvo éxito, no pudo contar con una religiosa cronista, y esto no por falta de buena voluntad en las religiosas encargadas, las cuales hicieron lo que pudieron.

Las fuentes básicas con que se ha contado para este cometido son sus escritos y sus cartas.

Se conservan abundantes cartas, dirigidas la mayor parte a sus religiosas y más concretamente a las que ocupaban algún cargo, por lo que el tema suele ser un tanto administrativo, aunque con frecuencia se lanza a lo espiritual. Los datos históricos son escasos, pues su objetivo es mantener la comunidad en el espíritu religioso y buscar el medio de que este progrese, aunque, como es natural, salgan circunstancialmente algunas acciones relacionadas con las fundaciones y que hoy hay que interpretarlas por ir dirigidas a un interlocutor conocedor de la realidad, por lo que le sobraban fechas, lugares y nombres.

En cuanto a los escritos se trata de 41 cuadernos de tamaño y contenido muy desigual. Estos fueron escritos por la madre Trinidad para obedecer a diversos directores espirituales y a prelados cuando se lo mandaban. Esto hace que el contenido sea diverso y que haya hechos repetidos con narraciones y matices no coincidentes, aunque el fondo sea el mismo, y con variación de alguna fecha, lo que muestra que al escribir no tenía a la vista los escritos anteriores y que no controlaba las fechas. También hay constancia que escribió mucho más que se ha perdido, porque no le fue devuelto o porque algún director se lo mandó destruir, como es el caso de un diario de experiencias espirituales. De estos escritos brota un rico contenido espiritual, datos autobiográficos y algo de cronología.

Con esta publicación se pretende cumplir con el encargo de las “Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios” para conmemorar el 75 aniversario de la primera fundación de la madre Trinidad en Chauchina.

Madrid, 5 de junio de 2000

I. PRIMEROS AÑOS (1879-1893)

Monachil

El punto de partida de la vida de la madre Trinidad es Monachil, el pueblo de la provincia de Granada, donde nació, el 28 de enero de 1879, y donde vivió los diez primeros años de su vida y los seis meses previos a su entrada en el convento de San Antón de Granada.

Monachil es un pueblo pequeño de la vega granadina, asentado en las márgenes del río que le da su nombre. Este río llega al pueblo en un corto y rápido recorrido desde la garganta septentrional de Sierra Nevada, donde nace por bajo el picacho Veleta, y continúa su curso, ya más tranquilo, hasta verter sus aguas en el río Genil, a 22 kilómetros de su nacimiento.

La situación geográfica, al comienzo de la falda de la sierra, y los muchos cerros del término municipal, hacen de este pueblo un lugar pintoresco. Llegando desde Granada, único acceso por carretera, y después de pasar el Barrio Bajo y de remontar el Barrio Alto de Monachil, se empieza a apreciar, como a unos dos kilómetros, un conjunto de casas asentadas en una hondonada rodeada de una empinada montaña, que forman un muro infranqueable que corta la vista y también el paso a la carretera. Ya en el pueblo, llama la atención, la hermosa iglesia, el cauce del pequeño río Monachil que cruza encajonado la vecindad, beneficiándola con sus aguas frescas y, sobre todo, la cercana y gran montaña que preside el entorno.

El clima de este pueblo es húmedo y frío, con fuertes heladas en los inviernos. La economía de sus habitantes se ha basado en la agricultura: cereales, aceite y fruta; y en algún tiempo también en la explotación de las canteras de yeso y cal, y la industria de papel y paño, junto con los molinos de harina y aceite.

De Monachil han salido muchas y buenas vocaciones sacerdotales y religiosas, lo que denota las buenas costumbres y la arraigada religiosidad de sus vecinos. Una de estas vocaciones fue la de la madre Trinidad, en el siglo Mercedes Carreras Hitos, fundadora de las Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios.

Orígenes familiares

Los padres de la madre Trinidad, don Manuel Carreras Chamorro y doña Filomena Hitos Linares, se conocieron en Málaga, y tras unas relaciones de unos tres años, no bien vistas por los padres de doña Filomena por ser el pretendiente de su hija y su familia desconocidos de ellos¹, contrajeron matrimonio en Monachil el 9 de julio de 1871. Contaban en el momento de matrimoniar el esposo 27 años de edad y la esposa 19.

Don Manuel era natural de la villa de Martos, en la provincia de Jaén, y de profesión guardia civil. Conoció a doña Filomena de una manera providencial, por un favor de la Santísima Virgen, según le contaba a sus hijos, y que refiere la madre Trinidad en sus escritos:

¹ La M. Trinidad refiriéndose a esta oposición recoge las palabras de su padre: «ella [la Virgen] me dio fortaleza para conseguir mi intento, a pesar de la persecución y guerra que tuve que sostener tres años con toda su familia que se oponía a que llegase a ella» (Cuad. 38); y de su madre dice: «Después que casó, a disgusto de sus padres y sin su permiso (por no ser persona conocida), aunque después le quisieron mucho, ella lloraba sin consuelo porque creía no había obedecido a sus padres. Esta fue la pena que amargó su corazón» (Ib.)

«Mi padre, de edad de quince años quiso ser militar y marchó a Guadalajara (según le oí referir muchas veces, pasó su vida en Castilla la Vieja en distintos puntos), y estuvo muchas veces en grave peligro de perder su vida en cumplimiento de su deber, y que la Virgen Santísima, de quien fue devotísimo, le libró cuando la invocaba con fe y amor de hijo. ¡Cuánta fe tenía su corazón refiriéndonos con lágrimas los favores singularísimos de su patrona la Santísima Virgen de las Maravillas de Martos a donde nació!

»Sus palabras: “Siempre estaré bendiciendo a mi madre la Virgen Santísima la protección y cariño con que me acompañó siempre en todos los pasos de mi vida militar, y a pesar de mis travesuras en mi juventud, donde quiera que veía una imagen de la Virgen me descubría y rezaba sin temor a las censuras de mis compañeros, que no siempre sentían como yo. Y la bendita Madre cuidó siempre de mí. Mayor ya, me preocupaba del estado que había de tomar; quería encontrar una compañera ideal que me hiciera feliz... y no veía nada que llenara mi corazón, a ella encomendé con toda la fe de mi alma este asunto y puso en mi camino una mujer dotada de un alma hermosísima con un corazón de ángel, ¡vuestra madre!, prudente y discretísima que me dirige.

»No tenía un céntimo, la divina Providencia dispuso tuviese que ir con mi Coronel a Málaga, y en el mismo hotel, se hospedaba una señora con tres hijas, que pronto hicieron amistad con las hijas de mi Coronel, la mayor me encantaba oírle en las tertulias y reuniones de ambas familias. Era sumamente jovial, discreta, sencilla, alegre, tan simpática en su trato, tan agradable en su conversación que la familia de mi Coronel, pidió a la señora madre, dejase a sus hijas acompañar a las suyas, para hacerles más amena la temporada, que ambas habían ido de recreo. Me parecía todo providencial.

»Entonces yo buscaba la Patrona de Málaga, y pasaba muchas horas al pie de la Virgen de las Victorias pidiéndole que me diera aquella señorita por mi compañera. Salí de la iglesia, seguro que la Virgen me había oído, y en efecto, aprovechando una ocasión en que fui acompañando a las hijas de mi Coronel, me acerqué a ella y le dije: a la Virgen de las Victorias le confié un encargo de interés para usted, ¿no le ha dicho nada?

»Quedó en silencio y calló. Su silencio fue la contestación de la Virgen; a ella fui lleno de gratitud, y ella me dio fortaleza para conseguir mi intento, a pesar de la persecución y guerra que tuve que sostener tres años con toda su familia que se oponía a que llegase a ella. ¡Bendita sea la Madre de misericordia!”.

»Estas fueron sus palabras siempre que nos contaba, siendo pequeños, cómo vino de Jaén a este pueblecito de la vega de Granada».²

De lo referido se aprecia que don Manuel era un hombre creyente, aunque no tuviese el fervor religioso de su esposa y de la familia de ésta. Pasaba también por ser un hombre bondadoso y generoso. Su hija, la madre Trinidad, dice:

«Tenía un gran corazón para los pobres a quienes repartía cuanto ganaba, hasta el punto de quitarse sus ropas para vestir algún pobre desnudo, como un invierno, volvió a casa sin capa porque encontró un pobre medio muerto de frío y se la dio; y mientras tuvo, no dejó nunca de socorrer todas las necesidades, y siempre llevaba detrás de él muchos pobres que le llamaban su padre. Muchos años después de muerto, cuando venían del pueblo al convento, me decían contristados: “Aquel hombre no debió morir; mientras él vivió con nosotros no se conoció el hambre en el pueblo, nos socorría a todos y no nos cobraba” (tenían almacén o tienda)».³

De los padres de don Manuel se sabe que se llamaban José Carreras González y María del Carmen Chamorro González y que eran naturales y vecinos de la referida villa de Martos. Otros datos de esta familia son desconocidos. La madre Trinidad se limita a decir:

² Cuad. 38.

³ Cuad. 38.

«Mis abuelos paternos no los conocí, pues mi padre era de Jaén y no tuvimos ocasión de conocernos, sólo por escrito».⁴

Doña Filomena era natural de Monachil, al igual que sus progenitores. Ocupaba el cuarto lugar entre los siete hijos de la familia, de los que solo el quinto era varón. Sus padres, don José Hitos Lafuente y doña Josefa Linares Arboleda, eran «*labradores con una desahogada fortuna que les hacía vivir y educar a sus hijos con todas las comodidades de una familia que vive de sus rentas, sin preocuparse más que de la cristiana educación de sus hijos en el santo temor de Dios*».⁵ En el pueblo gozaban de fama de buenos y fervientes cristianos y eran conocidos como “la familia levítica”⁶, por la mucha atención que prestaba a la parroquia y a todo lo relacionado con el culto.

La religiosidad de los Hitos Linares es algo notorio y digno de consideración. Dos hijas de este matrimonio fueron monjas: sor María Paz, que entró en las clarisas de la Encarnación de Granada, y sor Mercedes, en las capuchinas de San Antón, también de Granada. Esta última jugará un papel importante en la vida de la madre Trinidad probándola durante el largo período de postulante y aconsejándola que se marchase a otro convento, como después se verá. Los otros cinco hijos se unieron en matrimonio y tuvieron hijos de los que salieron dos jesuitas, un sacerdote y siete religiosas. Dios bendecía así la religiosidad de esta familia.

El alma de esta religiosidad era doña Josefa, la abuela, mujer de carácter entero y de una piedad poco común en una mujer, que, como “la mujer fuerte” –según la llamaban sus nietos–, crió a sus hijos y nietos en la fe cristiana y los mantuvo muy unidos mientras vivió, como si se tratase de una sola familia⁷.

Doña Filomena era una mujer inteligente, culta, de carácter jovial y expresivo. Estuvo interna en las clarisas de la Encarnación de Granada, donde tuvo por maestra o formadora a su hermana sor María Paz y donde también tenía una tía, la madre San Gabriel, que la inclinaba a la vida religiosa, pero no sintiéndose con vocación, concluido el periodo de tres años de educanda, volvió con sus padres a Monachil. Era aficionada a la música y escribía poesías que recitaba a la familia⁸. Los años de formación en las clarisas de la Encarnación y el ambiente religioso de la familia hizo de ella una mujer de gran religiosidad y de delicada conciencia. Quería ser toda para Dios, por lo que «*alguna vez solía decir a su madre: “nada, que mi corazón debió ser todo de Dios, y en un descuido lo dividí, y ahora quiero darle el corazón de mis hijos”*».⁹ Ciertamente fue una madre que en los pocos años de su vida educó a sus hijos para que sus corazones fueran de Dios

Nacimiento y bautismo

La madre Trinidad nació en Monachil el 28 de enero de 1879, en una casa a las afuera del pueblo llamada “Casa Alta”¹⁰, y dos días después recibió el agua bautismal en la

⁴ Cuad. 12, Escr. 5, p. 93.

⁵ Cuad. 12, Escr. 5, p. 84; cf. Cuad. 38.

⁶ Cuad. 12, Escr. 5, p. 94; Cuad. 25, Escr. 6, p.195.

⁷ Cf. Cuad. 12, Escr. 5, p. 86 y 94.

⁸ La madre Trinidad describe una escena campestre en que su madre recitaba poesías: «*Allí [en la finca llamada Peña María] mi papá la escuchaba con mucho entusiasmo sus poesías, mientras que mis dos hermanos mayorcitos, de 10 y 12 años, se entretenían en pescar truchas en un manso arroyuelo o pequeño río que pasaba junto a la finquilla predilecta de mi madre*». Cuad. 15. Escr. 6, pp. 11-12. Cf. Cuad. 38

⁹ Cuad. 38.

¹⁰ Así consta en la partida de nacimiento, libro 3, folio 2, número 1. Este dato es también ratificado por la M. Trinidad en dos ocasiones distintas: «*Salimos al camino a coger nieve y vimos en una cascada junto a la Casa Alta, que vivimos cuando yo nací...*» (Cuad. 15, Escr. 6, p.14); «*Un día nos llevaba la criada a una casa de campo (donde todos nacimos) llamada “Casa Alta”*» (Cuad. 15, Escr. 6, p.193).

parroquia de la Encarnación. En el registro civil le pusieron el nombre de Mercedes y al ser bautizada le añadieron el de Juliana. La partida de bautismo dice:

«En el lugar de Monachil, provincia y arzobispado de Granada, en treinta de enero de mil ochocientos setenta y nueve, yo el infrascrito cura propio de su iglesia parroquial, bauticé solemnemente en ella a Mercedes Juliana, que nació el veintiocho; hija legítima de don Manuel Carreras, natural de Martos, provincia de Jaén y de doña Filomena Hitos, de ésta. Abuelos paternos José y Carmen Chamorro; maternos don José y doña Josefa Linares. Fue su madrina doña Rosa Hitos Linares, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones. Fueron testigos Manuel Robles y Fernando Rodríguez, de esta vecindad. Y para que conste lo firmo.- José Moratalla López.»¹¹

Mercedes ocupaba el cuarto lugar de los once hijos que le nacieron al matrimonio formado por don Manuel Carreras y doña Filomena Hitos. Antes que ella habían nacido: Manuel José Basilio, el 16 de junio de 1872; José Lorenzo, el 10 de agosto de 1873 y murió muy pronto; Carlos, en 1875¹². Después de ella nacieron: Rosa Josefa, familiarmente llamada Pepita, el 10 de marzo de 1880 y fue religiosa con el nombre de sor Pura de la Preciosa Sangre; María Josefa Aurora, el 22 de febrero de 1882 y murió al poco de nacer; María Cayetana, el 7 de agosto de 1883 y murió en los primeros años de su vida; Francisco de Borja Luis de la Santísima Trinidad, el 13 de octubre de 1884 y murió al poco de nacer; Francisco de Asís Hilario José, el 14 de enero de 1886; Antonio Alejandro, el 26 de febrero de 1887; y Jesús María José, el 9 de junio de 1888. Estos dos últimos emigraron a América, a la república Argentina. Carlos fue el único que nació fuera de Monachil.

El nacimiento de Mercedes vino como algo providencial, por ser la primera niña del matrimonio después de tres varones y, sobre todo, por servir de unión al matrimonio que al parecer estaba desunido y en trance de quiebra. La causa de este problema familiar era la profesión de don Manuel, que como guardia civil, tenía que ausentarse del hogar familiar, lo que no era bien visto por su esposa que quería hacer comprender a su marido que dedicándose a la administración de su hacienda conseguía mayor remuneración económica para el sostén de la familia y al mismo tiempo ella gozaría de marido y sus hijos de padre. Hasta tal extremo debieron llegar las cosas que en el embarazo de Mercedes se marchó con los otros niños a casa de sus padres con la intención de no volver al hogar familiar. La madre Trinidad se hizo eco de este problema y considera como un don de Dios su nacimiento, pues a raíz de él el problema familiar quedó resuelto. Veamos lo que dice:

«Dios sea bendito que se valió de este gusanillo miserable para traer la paz y alegría a la casa, pues mi madre sufría y pensó divorciarse si mi padre no se retiraba de la milicia, pues él quedó después del servicio militar de guardia civil, y mi madre quería se retirase y dedicase a sus pequeñas fincas que le daban más producto, le tenía más padre de sus hijos y gozaba de más paz.

»Esta lucha llegó a ser una realidad antes de yo nacer. Mi madre se vino con sus tres niños a casa de la abuela y dijo no saldría más de ella. Todos sorprendidos llegase de Guadalajara el mismo día y hora de mi nacimiento como si le hubiesen enviado un propio. Decía él muchas veces a la familia: “¡cómo no queréis sea de todos mis hijos la más querida, si antes de nacer me avisó como un ángel de paz, que en las mayores penas de mi vida que me viera solo y abandonado de los seres más amados de mi corazón, lejos de mi casa y país!”; “me vino ella, sin duda me la envió el Señor, decía un día a la madre abadesa del colegio donde ingresamos mi hermana pequeña y yo a los diez años, Santa Inés. Turbado y desesperado sin saber qué hacer entré en una iglesia que encontré abierta y como mi costumbre era rezar todos los días a la Virgen Santísima, a quien amé con gran fe desde niño, y entré, me sentí feliz, pues la divina Madre de Dios me daba en mi primera

¹¹ Monachil, Bautizados, Libro 14, fol. 150 v. -151 r.

¹² Se desconoce el día, mes y el lugar del nacimiento.

hija la solución de todos mis problemas: unirme con lazo indisoluble a la que me dio ella por compañera y ángel en la tierra”».¹³

Desde entonces don Manuel se quedó definitivamente en Monachil, se dedicó a la administración de la hacienda de la esposa y más tarde añadió a estas tareas el trabajo en un comercio que abrió en el pueblo para tener ocupado al hijo mayor cuando abandonó los estudios eclesiásticos¹⁴.

Infancia

El ambiente familiar de los Carreras Hitos era el de una familia numerosa de clase alta en el pueblo y de gran religiosidad. Seguían la línea de los padres de la esposa y muy influenciados por la madre de ésta, quien nunca dejó de tomar parte muy activa en la educación de sus nietos y en especial de Mercedes y de su hermana Pepita, por ser las dos únicas niñas que vivían entre tantos hermanos.

El padre, don Manuel Carreras, no tenía la ferviente religiosidad de su esposa doña Filomena, aunque sí ejercía como católico practicante de convicción y colaboraba para que sus hijos recibiesen la mejor educación humana y cristiana. Esta cierta indiferencia religiosa de don Manuel llegaba a preocupar a doña Filomena y los padres de ésta, que querían llevarlo a su terreno. La ocasión la encontraron en una enfermedad de Mercedes, muy querida de su padre, que estando en trance entre vida y muerte, al tiempo que la encomendaban a Dios por intercesión de san José, pedían también porque su padre frecuentase los sacramentos: *«todos creían –dice la madre Trinidad– moriría entonces e hicieron por mi salud grandes promesas, y los Siete Domingos a San José con el fin de que mi padre, que me quería mucho, frecuentase los santos Sacramentos, que aunque muy bueno y honrado, no tenía la devoción que mi madre y abuelos deseaban, y por mí lo hicieron todo, y desde entonces mi padre empezó a ser más piadoso, aunque nunca faltó a misa, ni dejaba a los criados sin obligarlos a misa, aunque abandonasen los ganados y faenas del campo»*.¹⁵

En este ambiente familiar Mercedes vivió una infancia feliz de la que hace referencia muchos años después: *«Mi niñez fue deliciosa, me sentía amada de cuantos me rodeaban, me decían me parecía a mi madre y compartían conmigo el respeto y amor y simpatía que por ella sentían. Sólo mi madre fue entera y nada de mimos, me castigaba mucho y me enseñaba a amar y conocer a Dios en todas las cosas, ver la mano divina que nos guiaba al cielo, dándonos educación, medios y doctrinas muy santas de la santa Iglesia y libros santos para sacar, aun de los males, medios de santificación y de alabanza a Dios nuestro Señor y a nuestra Madre dulcísima y san José a quien nos tenía consagrados desde el momento de nacer, especialmente a mí, que me repetía con frecuencia: “ya presentía que esta niña sería mi preocupación, pues es la que más fuerte vino”. Estuvo a morir, pues me decía que el señor Cura al bautizarme y decirle tenía tres días¹⁶ les dijo a los padrinos: “Creo que así es, aunque sus apariencias son de más de tres meses”. La abuela materna, que fue mi madrina¹⁷, decía que nadie podía creerlo por lo fuerte y despierta que estuve»*.¹⁸ Y en otra ocasión, volviendo sobre el mismo tema dice: *«Nos refería mi madre,*

¹³ Cuad. 12, Escr. 5, pp. 87-88.

¹⁴ *«Les pareció a mis padres mudarse a la plaza principal –dice la madre Trinidad–, para lo que compraron unas casas para poner un comercio a mi hermano mayor, que dejó la carrera eclesiástica y mi padre quería ocuparlo y estar a su vista, por lo que todos fuimos allá»*. (Cuad. 25, Escr. 6, p.193).

¹⁵ Cuad. 15, Escr. 6, p.15.

¹⁶ Exactamente eran dos.

¹⁷ La madrina que figura en la partida de bautismo es su tía doña Rosa Hitos Linares.

¹⁸ Cuad. 12, Escr. 5, p. 87.

que le di mucho quehacer desde antes de nacer, estuvo a la muerte, y avisaron a mi padre que estaba en Toledo, porque creyeron moría, y al nacer quedó completamente buena y yo nací tan robusta y grande que creían los que me vieron en la iglesia en el bautismo que tenía ya meses, cuando solo contaba tres días. Dicen era muy traviesa, miraba a todos como si conociera, esto me lo refería mi madre y abuela, cuando me reprendían me decían que venía dando ruido desde antes de nacer». Y seguidamente, como confirmando lo anterior añade: «Cuánto les hice sufrir con mis travesuras».¹⁹

En estas palabras se deja entrever que la familia mimaba a Mercedes, y por otras referencias que era la hija preferida del padre, lo que no es de extrañar dada la circunstancia de sexo y el lugar que ocupaba entre los hermanos, la primera niña después de tres hermanos. Esto hizo que el carácter inquieto, travieso e ingenuo de Mercedes se avivase y trajese a mal traer a la madre, que era la que menos la mimaba, y que necesitase la ayuda de la abuela para ir domando a la niña. Esta ayuda la prestó doña Josefa –según refiere la madre Trinidad– sintiendo que prestaba *«un buen servicio al Señor, pues temía que en casa de mi madre, con el extremado amor de ellos a la primera niña, pues los tres primeros eran varones y pidieron mucho al Señor viniese yo, mi misma madre, que conocía mi condición traviesísima, que no dejaba vivir a nadie tranquilo por el carácter vivo y fuerte, que hacía andasen todos pendientes de mí por las travesuras que hacía a mi madre en la cocina, en el comedor; en el cuarto de costura le quebré la máquina tirándola al suelo porque no alcanzaba a coser el vestido a la muñeca... y no sé si tendría 3 ó 4 años de edad; y mi abuela, por aliviar a mi pobre madre de este tormento, me llevó consigo, y ella, de carácter entero y de una piedad poco común en una mujer, que sus nietos después la llamaban la mujer fuerte, domó la pequeña leoncilla, pues le hacía grandes travesuras, como fue un día mientras se fue a misa. Me dejó con la criada encargándole no me dejase sola, y, por socorrer a una pobre que llevaba un jarrito pidiendo aceite, abrí un depósito que tenía no sé las arrobas (pues en los bajos de la casa tenían una fábrica aceitera), y como abrí el grifo con mucho trabajo, después no lo pude cerrar y se vació todo. Cuando avisaron a mi madre, que como era tan buena, llorosa se encomendó a la Sagrada Familia y entrando descalza con una cubita en aquella sala que era un lago de aceite lo recogió todo y cuando mi abuelo, que era hombre de mucho carácter, vino a la casa no lo advirtió ni dijo nada. Y después oía a mi madre decir a mi padre: “¡qué milagro nos hizo la Sagrada Familia hoy, si no es ella, la travesura de la niña nos sale carísima!, ¡gracias, Dios mío, que así nos favoreces!” La abuela en lugar de castigarme me escondió para que mi madre no me castigara como merecía».*²⁰

En la forma de actuar de Mercedes se empieza a ver un carácter firme, seguro, dispuesto siempre para luchar, para conseguir lo que se proponía. Por ello no es extraño que al quedar huérfana de madre a la edad de 9 años quisiera suplir en todo a la madre perdida y así pretendió ponerse al frente de la casa, atender a su padre y cuidar de sus hermanos menores. Empezaba a nacer en ella un sentido de responsabilidad maternal, de entrega generosa, de servicio, de suplir las carencias de los demás, algo que mas tarde le tocó practicar con creces en su larga vida de religiosa y especialmente en los años difíciles de fundadora.

Algo importante en la infancia de Mercedes fue su formación humana y religiosa, que recibió al mismo tiempo que su hermana Pepita, un año menor que ella. Protagonista de este cometido educativo fue la madre con la ayuda incondicional de la abuela.

Según iban creciendo Mercedes y Pepita sus padres pensaron llevarlas al internado del Colegio de Santo Domingo de Granada con el fin de que estudiaran para profesoras cuando tuviesen edad. Pero doña Filomena temía que siendo tan pequeñas con el contacto con

¹⁹ Cuad. 38.

²⁰ Cuad. 12, Escr. 5, pp. 86-87.

otras niñas mayores pudiesen desviarse de la educación moral y religiosa en que ella las venía formando. Por ello prefirió retenerlas a su lado y ocuparse personalmente de educarlas hasta que alcanzase una mayor edad. No obstante, para lograr una mayor eficacia buscó a una señora mayor, piadosa e instruida, algo parienta suya, para que fuese a su casa y enseñase a las niñas las disciplinas adecuadas a su edad. De este modo también lograba ayudar a esa familia, que había venido a extrema pobreza. Esta señora estuvo enseñando a las niñas a leer y escribir durante tres años, hasta que hicieron la Primera Comunión²¹.

Así doña Filomena conseguía la formación de sus hijas, y al tenerlas cerca la completaba con el amor de madre y les inculcaba las buenas costumbres y la vivencia de la fe cristiana que ella y su familia con profunda convicción practicaba. Por ello, la formación o preparación para la Primera Comunión no la confió a nadie, quiso ella preparar personalmente a sus niñas²², si bien le ayudó algo su sobrino Antolín, el padre Hitos, y otros seminaristas que se encontraban de vacaciones en el pueblo²³.

Estos años infantiles, con especial connotación la formación y el clima familiar, marcaron fuertemente a Mercedes, que lo recuerda posteriormente, siendo ya religiosa y fundadora, con satisfacción y agrado, como un gran don de Dios al que debe responder con santidad de vida:

*«¡Qué cuenta me pedirá el Señor si no me santifico, habiendo vivido desde mi infancia entre santos que se esmeraban tanto en darnos una educación religiosa como para conservar en nosotras la gracia bautismal».*²⁴

*«Nacimos y criamos en aquel invernadero de almas muy santas por dicha nuestra, como fueron los abuelos y tíos, especialmente tía Prudencia, Paz, Mercedes y su madre²⁵ y la mía. ¡Qué hermosos y felices gozarán en el cielo aquella familia tan llena de fe y amor de Dios!».*²⁶

*«Antes de poder hablar, mi corazón amaba a Dios y quería ir al cielo. ¡Con tal unción y amor nos hablaba [mi madre] de Dios que lo veíamos en todo! Sin apenas pronunciar palabra nos enseñó los actos de fe, esperanza y caridad».*²⁷

*«Ya conoce lo santa que fue mi madre, parecía en familia un sacerdote, y con sus pequeñas hijas una madre con un alma de serafín. No sabíamos hablar y nos hacía pronunciar el “Jesús, María y José” y “Jesús, María y José, os doy el corazón y el alma mía”, y con tal fuerza nos lo decía que cuando acababa sus oraciones y consagraciones, muy hermosas, que nos hacía repetir con ella todos los días mañana y tarde, mi hermana sor Pura, con mucha gracia, abriendo sus manecitas le decía: Mamá ya no tenemos más que darle».*²⁸

*«Padre mío, mi santa madre y abuelita me enseñaron a amar a Dios desde antes de conocerle. Le oí decir a mi madre: “Os he enseñado a Dios antes que supierais hablar”. En efecto, allí se temía a Dios y no vi pecado alguno. Pero yo de genio muy fuerte y vivo le hice mucho sufrir, porque fui muy traviesa y alegre».*²⁹

El esmero de doña Filomena en la formación de sus dos niñas iba muy arropado de la práctica religiosa: en familia rezaban diariamente el Trisagio, los Dolores y Gozos de San José y el Rosario entero; asistían al culto parroquial y colaboraban en lo relacionado con él, como era el arreglar la capilla de san José, por el que sentía la abuela gran devoción; de

²¹ Cf. Cuad. 15, Escr. 6, p.11 y 14; cf. Cuad. 38.

²² Cf. Cuad. 15, Escr. 6, p. 11.

²³ Cf. Cuad. 15, Escr. 6, p. 13.

²⁴ Cuad. 7, Escr. 3, p.143.

²⁵ Rita, que es tía de la madre Trinidad y madre de la M. Consuelo de Jesús, superiora de Braga cuando la M. Trinidad le dirige este escrito el 8 de septiembre de 1944. Cf. Cuad. 32, Escr. 7, p. 141.

²⁶ Cuad. 32, Escr. 7, p.143.

²⁷ Cuad. 38.

²⁸ Cuad. 25, Escr. 6, p. 11. Escribe por obediencia.

²⁹ Cuad. 25, Escr. 6, p. 200. Escribe por obediencia al P. Isacio Morán en 1939.

vez en cuando la madre hablaba a los niños de hechos históricos religiosos, como las apariciones de Lourdes y de La Saletta; les compraban libros con láminas, catecismos explicados y el santo Evangelio. Esto movía a los niños a relacionar sus juegos infantiles con lo relacionado con la iglesia y el culto, como era el que un hermano invitase a Mercedes a ayudarle a decir misa en altarcitos que ellos construían con piedras y que también el hermano mayor, que estaba en los primeros cursos del seminario, les predicase³⁰.

Confirmación

Era costumbre por aquellos años administrar el sacramento de la Confirmación a los niños y adultos que no lo había recibido, en las visitas pastorales de los obispos a las parroquias. No se tenía en cuenta la edad, ni solía haber preparación especial para ello, formaba parte de la visita y se cumplía para que los feligreses recibiesen este sacramento. A Mercedes la confirmó el Arzobispo de Granada Mons. José Moreno Mazón, el día de la Ascensión de 1885, que ese año cayó el 22 de mayo³¹.

Primera Comunión

La Primera Comunión –ese día feliz para los niños y para los que con fe los preparan y acompañan– llegó para Mercedes. El día señalado fue el domingo de la Pascua del Espíritu Santo de 1887, que ese año cayó el 29 de mayo. Tenía entonces Mercedes ocho años. Junto con ella la hacía su hermana Pepita, un año menor.

La preparación para recibir este sacramento, como se dijo, fue llevada personalmente por su madre, doña Filomena, aunque se sirvió de alguna ayuda, como la de su sobrino el P. Antolín, que era seminarista y se encontraba de vacaciones en el pueblo.

De esta preparación, la madre Trinidad recoge dos hechos o anécdotas, que muestran que doña Filomena iba preparando a sus niñas con mucha anticipación al momento y que usaba una pedagogía nata, práctica, recurrente a los acontecimientos de la vida diaria, y si se quiere hasta vulgares, para hacerse comprender de las niñas. Estos hechos están situados en una finca llamada “Peña María”, donde con frecuencia iba la familia.

«Como se agolpaban tantos colorines y ruiseñores –dice la madre Trinidad– mi madre nos entretenía comparándonos aquellasavecillas de preciosos colores que veíamos, y nos decía cómo gozaría ella que sus dos niñitas cantaran al Niño Jesús con aquel primor y armonía el día que le recibiríamos en la sagrada Comunión. Nos entusiasmaba tanto del amor y pureza con que debíamos recibir al Niño Jesús en la sagrada Eucaristía. Y no entendíamos de nada, especialmente yo, más torpe y atrasada que mi hermana, a pesar de ser mayor, me iba tras de las mariposas y flores, mientras que Pepita quedaba hablando con mi madre. [...]

»Una vez, siguiendo a unas hormigas que llevaban granos de trigo a ver dónde se metían y qué hacían, me perdieron de vista porque las hormigas bajaban del camino a un tajo, que le llamaban “de las Palomas”, me dio miedo bajar, pero quedé meditando cómo aquellos animalitos tan pequeños tiraban del grano mucho mayor que ellas y notaba que algunas iban más ligeras con la carga que otras sin ella. Venía muy contenta a referirle a mi madre aquellos pequeñitos animalitos lo llena que tenían su casita.

³⁰ Cf. Cuad. 15, Escr. 6, p. 14.

³¹ cf. Cuad. 24, Escr. 6, p.143.

»Entonces me dijo: Aprende, y no seas tan revoltosa, cómo esos animalitos te enseñan a ser aplicada.

»Y le dije: ¿Qué hago yo madrecita mía?

»Me parecía confuso aquello y entonces me dijo: Tú, piensa que eres una pequeña hormiga y que pronto irás a recibir al Niño Jesús convertido en grano de trigo hecho pan, ¿qué harías tú si supieses que aquel granito de trigo iba a convertirse en un Niño y ese Niño era Dios?

»Le contesté prontamente: ¡Comérmelo!

»Bueno, hija mía, sé muy buena y piensa mucho que has de ir al altar santo a recibir al Señor y como esa hormiguilla llévalo contigo siempre, guárdalo en la cuevecita de tu corazón para que nadie te lo quite, y cuando tú seas muy obediente y buena, ese Jesús, que todos recibimos, nos comunica la gracia de hacernos como los ángeles.

»Y como yo estaba tan atrasada y tonta, le decía a mi madre: Entonces, ¿cuando yo reciba al Niño Jesús, me volveré ángel y volaré al cielo?

»Mi madre viéndome tan tonta, me dejaba por imposible». ³²

El día de la Comunión fue para Mercedes un día grande, intensamente vivido con la inocencia e ingenuidad de niña. Piensa en los regalos, se siente el centro de todos, se enfada cuando algo no va a su aire, se cree lo que le dicen. Fue un día de impacto que guardó en su memoria y que por obediencia redactó muchos años después sin que por el transcurso del tiempo transcurrido perdiese la ingenuidad del momento.

«Aquel día feliz –dice– me hicieron muy buen regalo, y la Vida de la Santísima Virgen, mi primo; la de Santa Teresa don Ramón, y el señor Rivas, la de San Estanislao de Kotska con unas estampas comulgando de mano de los ángeles, que me dio tan gran devoción. Y la abuelita hizo gran fiesta, que a mí se me amargó cuando los tres se empeñaron les besara la mano, y como no tenían sotana aunque estaban ya ordenados³³, no podía vencer la resistencia que sentía porque con frecuencia jugamos todos, y mi abuela me hizo les besara los pies.

»Que don Ramón disipó mis lágrimas, llamándome la atención, diciéndome: “¡Ay Merceditas, que se va el Niño Jesús! Míralo que disgustado está porque no le haces caso”. Lo creí que lo veían y salí corriendo a la escalera a ver si se iba o dónde. Entonces les hizo gracia mi inocencia, y yo les preguntaba cómo le vieron, qué traje traía, cómo estaba de alto, cómo tenía el pelito, de qué color los ojos, y cada uno me lo pintaba tan al vivo que me encendieron en amor del Niño, con un ansia de verle que mi madre no me podía hacer dormir hasta que me prometía llamarme si lo veía venir, y mi madre tan contenta y lo mismo mi abuela que con el divino Niño Jesús, consiguieron dominar mis caprichos, pues tenía mucho genio». ³⁴

Con la Primera Comunión se abrió para Mercedes una nueva etapa en su vida. Los deseos de su madre que cantasen al recibir a Jesús como los pajaritos, y que lo guardase como la hormiga guarda el grano de trigo, en la cuevecita del corazón, junto con las ansias que sintió de ver físicamente al Niño Jesús y estar con él cuando le dijeron que se marchó, y así lo creyó, porque no fue buena, hicieron en ella un impacto de amor a Jesús eucaristía, que terminó siendo el único sentido de su vivir.

Empezó en Mercedes ya desde este momento el deseo de estar con Jesús, amarle, llevarle niños al sagrario. Así cogía las luciérnagas, esos gusanillos que brillan en la noche, y acudía a su madre diciéndole: «mamá yo querría ser como este gusanito en la llave del sagrario, para que todos los niños que viniesen a buscarme entrarlos dentro y decirles

³² Cuad. 15, Escr. 6, p. 12-13.

³³ Los tres eran seminaristas y habían recibido las órdenes menores que se conferían normalmente algunos años antes de la ordenación sacerdotal.

³⁴ Cuad. 15, Escr. 6, pp. 13-14

*cuánto Jesús los ama».*³⁵ Y sentía deseos de salvar muchas almas: «*Estas ansias las sentía mi alma desde muy pequeña, que me ingeniaba en recoger muchas niñas pequeñas para enseñarles el Padre nuestro, Credo, Ave María y la Salve, y cómo debían comulgar (cuando aún no habían recibido al Señor por no tener los ocho años). Le quitaba a mi madre chocolate para repartirlo en las niñas, hasta que acudían tantas que, dándose cuenta mis padres de lo que hacía, me quitaron de la casa y me enviaron con mi abuela, que era muy santa y me tenía muy apretada bajo su cuidado. El señor Cura del pueblo, don Manuel Carranza, que fue de virtud muy ejemplar, le decía a mi madre que había llevado yo en aquel tiempo más niñas a la iglesia que la maestra. Sin duda porque les daba chocolate, porque en verdad yo nada sabía».*³⁶

En relación con el apostolado o enseñanza a los niños escribe algo similar en otro escrito: «*yo sentía tanto gusto en dar limosnas que cuanto cogía en la casa lo daba a los pobres, y cuando se descuidaban me metía en la tienda que junto a la casa tenía mi hermano el mayor y de cuanto había lo daba a las niñas pobres que yo invitaba en un portal de la casa para enseñarles la doctrina y cómo debían comulgar... y con el aliciente que las vestía, venían muchos niños y niñas a mi portal... Mi padre me veía tan afanada y él me daba cuartos y chocolate para repartirlo en aquellos pobrecitos que algunos no comían otra cosa que lo que yo les daba. Mi padre fue siempre muy caritativo y me dejaba dar, pero mi madre cuando se dio cuenta me castigaba, no quería que con este motivo saliera de casa para nada».*³⁷

Todo esto venía a ser como un juego o apostolado infantil con que Jesús iba engolosinando a la niña. Era el comienzo de una vida que más tarde se entregaría de lleno a adorar a Jesús sacramentado y llevarle almas que le adorasen.

Enfermedad

Los inviernos en el pueblo de Monachil son fríos, y el de 1888 fue extremadamente frío, pues en marzo y principios de abril todavía cayeron fuertes heladas que helaron las fuentes y abrasaron las cosechas.

Un día de ese año, ya avanzada la cuaresma, Mercedes se encontraba en la “Casa Alta”, donde había nacido y entonces la habitaban colonos de su padre y familiares de la criada que cuidaba a los niños, y llevada por otra niña, que nadie supo quién era, se fue a ver los carámbanos formados por el temporal de frío en una cascada próxima a la casa. Las extrañas figuras que formaba el hielo fueron una provocación para la niña que empezó a cogerlas y chuparlas. La consecuencia lógica fue un enfriamiento que terminó en una fuerte pulmonía. Su estado pronto llegó a ser crítico y máxime en aquellos tiempos en que las medicinas que había para atajar esta enfermedad eran poco apropiadas. El médico diagnosticó la muerte de un momento a otro. La familia se refugió en la fe y pidió a Dios la curación por intercesión de san José y la Sagrada Familia, oportunidad que sirvió también para que todos los miembros de la familia se acercasen a los Sacramentos.

En el pueblo se encontraba el padre Antolín Hitos, primo de Mercedes, el cual se unió a las súplicas por la niña y la velaba por la noche alternándose con el padre, para aliviar a la madre que estaba delicada y en avanzado estado de gestación de su último hijo, y viendo que el desenlace era próximo preparó a la niña para la muerte hablándole del cielo, de la felicidad de los santos y del encuentro con la Virgen.

³⁵ Cuad. 24, Escr. 25, pp. 135-136.

³⁶ Cuad. 6, Escr. 3, pp. 71-72.

³⁷ Cuad. 38.

Mercedes, que no hablaba a causa de la elevada fiebre, de repente empezó a hablar con normalidad y dijo que la Virgen había venido a curarla y se había marchado, y les preguntó si ellos la habían visto. Todos pensaron que deliraba y el padre Antolín miró el termómetro y comprobó que la fiebre había bajado. La niña quedó débil, pero la pulmonía remitió y desapareció en breve.

La curación de Mercedes fue tenida por su familia como una gracia de Dios que había escuchado la oración. Desde este hecho en Mercedes brotó un mayor amor a la Virgen y al Niño de sus brazos; se sintió protegida de la Madre de Dios, y en adelante acudía a ella a buscar protección en los diversos y difíciles momentos de su vida y se sentía agradecida por esta protección que nunca le faltó.

En tres ocasiones diversas y por obediencia, la madre Trinidad se vio obligada a escribir este hecho. En estos escritos se aprecia la idea clara que conservaba de que se curó por un favor de la Virgen, si bien en las tres redacciones se aprecian algunos detalles diversos, debido sin duda a que escribe por mandato de distintas personas y en tiempos distantes y sin tener a la vista la redacción anterior³⁸.

Muerte de la madre

Doña Filomena daba a luz el 9 de junio de 1888 su undécimo hijo y un mes y un día después entregaba su alma al Señor. Según la partida de defunción murió el 10 de julio a las 11 horas por una enfermedad de pulmonía y después de haber recibido los sacramentos de Penitencia, Viático y Extrema Unción y fue enterrada el día siguiente³⁹. Contaba al morir 36 años de edad y llevaba 17 años y un día de casada. Dejaba en la tierra siete hijos, cinco niños y dos niñas, contando el mayor con 16 años recién cumplidos y el menor con un mes y unos días, otros cuatro hijos le precedieron en la muerte.

La muerte la aceptó doña Filomena con mucha paz de espíritu. Fue el fruto maduro de una vida de mucha fe, vivida con gran esperanza de eternidad con Dios y practicada con no menos amor. Con serenidad pidió y recibió los últimos sacramentos; buscaba lo que mucho había deseado y pedido: que el Señor la recibiese con el alma bien preparada. Y el Señor, que siempre premia la fe que va acompañada de buenas obras, estaba con ella. Así, *«al recibir el Santísimo Sacramento en el Viático y Extremaunción el día antes de su muerte, delante de un público numerosísimo que asistió, presenciaron que hincándose de rodillas sobre la cama con las manos juntas quedó extasiada, y todos creían había muerto cuando entonó el tedéum que el Párroco y su sobrino más querido, padre Hitos, alternó con ella hasta terminarlo. Como fue devotísima de la Santísima Trinidad y de la Sagrada Familia los invocaba con tanto amor y les encomendaba sus hijos pidiéndole al Señor se salvaran todos»*.⁴⁰

Como doña Filomena era consciente de que su hora había llegado, no quiso marcharse sin despedirse de los suyos y en especial de sus hijas. La tarde del día que recibió los últimos sacramentos y víspera de la muertes, reunió a sus hijos en torno a su lecho de muerte para despedirse de ellos, y mirando a un cuadro de la Virgen de los Dolores que

³⁸ Cf. Cuad. 15, Escr. 6, pp. 14-16; Cuad. 25, Escr. 6, pp. 193-195; Cuad. 38.

³⁹ «Como cura propio de la única iglesia parroquial de la Encarnación del lugar de Monachil, correspondiente a la provincia y arzobispado de Granada, en once de julio de mil ochocientos ochenta y ocho mandé dar sepultura eclesiástica en el cementerio del mismo al cadáver cuerpo mayor de doña Filomena Hitos Linares, de esta naturaleza y vecindad, de treinta y seis años de edad, mujer de don Manuel Carreras Chamorro e hija legítima de don José Hitos Lafuente y doña Josefa Linares Arbolada, de esta vecindad. Falleció a las once del día anterior de enfermedad de pulmonía, según facultativo. No testó. Recibió los santos sacramentos de la Penitencia, Viático y Extrema Unción. Testigos del sepelio, don Miguel Sánchez Lafuente y don Miguel García Lafuente mis feligreses. Y para que conste lo firmé. = Manuel Carranza Lora.»

⁴⁰ Cuad. 38.

tenía en su dormitorio junto a la cama exclamó: «¡Madre mía, como tú, muero con siete espadas de dolor dejando estos siete hijos pequeñitos, os los ofrezco, madre mía, cuidad vos de ellos, especialmente sed vos la madre de mis dos niñas, que no se manchen sus almas con el pecado, a vos las confío». ⁴¹ Después dirigiéndose a los cuatro mayores, ya que los tres menores no estaban en edad de comprender, les dio los últimos consejos de madre y les recomendó viviesen en el temor de Dios y recurriesen siempre a la Virgen a implorar ayuda; a las dos niñas, señalándoles el cuadro de la Virgen les dijo: «No os dejo huérfanas, ahí tenéis la que desde hoy cuidará de vosotras y será vuestra madre». ⁴²; a Mercedes, como la mayor de las niñas, aunque solo contaba con nueve años, le dijo: «tú, hija mía, al lado de la abuelita siempre, sé siempre muy buena y cuida de tus hermanos pequeños para que papá no os ponga madrastra». ⁴³ No faltaron, como es natural en aquel momento, unos ruegos a la abuela, tan unida siempre a ella y que tanta ayuda le había dado en la crianza y educación de sus hijos, a ella le ruega le cuide sus siete hijos y, en especial, que «cuide mucho a mi Mercedes, madre mía, y edúquela usted misma, me da miedo de los colegios, que pierdan la inocencia con otras niñas sin temor de Dios». ⁴⁴

La muerte ejemplar de doña Filomena fue sonada en el pueblo, «el señor Párroco les decía a todos: es una santa la que se nos va al cielo. Y las gentes le pasaban rosarios por su cadáver, diciendo todos: ¡ha muerto la santa!» ⁴⁵ Mercedes recordará siempre a su madre como una santa que la educó para Dios y se sentirá responsable de esa educación y de seguir sus consejos. Desde entonces a la Virgen la tuvo por única madre y siempre se sintió protegida de su maternidad.

El cuadro emocional de la muerte de doña Filomena lo vino a completar el abuelo, don José Hitos, quien después del entierro viendo a sus nietos sumidos en el dolor natural por la pérdida de la madre, los llevó «al pie de la Sagrada Familia, que tenía en la casa una capillita, y nos dijo –escribe la madre Trinidad– a mi hermana menor y a mí: “¡Desde hoy, ahí tenéis a vuestra Madre, que ella os salve siempre!”» Y seguidamente añade: «Ella desde entonces cuidó de nosotras como Madre divina». ⁴⁶

La muerte de la madre para Mercedes fue un momento clave en su vida. La sintió como una prueba de Dios que vino muy unida a la enfermedad que poco antes ella había sufrido. «Este golpe horrible –escribe– hacía repetir a muchos, especialmente a mis abuelos: ¡Se conoce que el Señor nos pedía víctimas y como tanto rezamos por la niña, el Señor se llevó a su madre! ¡Qué dolor tan profundo amargó para siempre la felicidad y paz de la familia “Levítica de los Hitos Linares”! Esta prueba fue seguida de otras, y en aquella casa de Dios, en donde se observaban las leyes, como los primeros cristianos... fueron desapareciendo todos, y ya había que mirar al cielo y repetir llenos de fe: ¡sólo en el cielo se gozará sin penas!» ⁴⁷

Las palabras que escuchó a su madre en el lecho de muerte se le quedaron muy grabadas y las tuvo muy presentes en el transcurso de su vida.

⁴¹ Cuad. 3, Escr. 2, p.66.

⁴² Cuad. 15, Escr. 6, p. 16. La M. Trinidad ya casi al final de su carrera en la tierra, el 20 de enero de 1947, recuerda esta escena y dirigiéndose a la Virgen escribe: «¡Oh mi Madre María Santísima de los Dolores, que desde la cruz vuestro divino Hijo os eligió por Madre nuestra, ofreciéndonos vuestras hijas fidelísimas mi amado apóstol san Juan! A los 9 años, al morir mi madre, nos llamó para darnos sus últimos [consejos] y fijado sus ojos agonizantes en ti, Madre de dolor, ofreció a vuestros dolores sus siete hijos que dejaba pequeños, que enterneció a todos cuando nos dijo: “Desde hoy no tendréis ya más madre que esa”. “Esa es hija, mía, vuestra Madre rezarle siempre y recurrir a ella en vuestra orfandad que ella os salve a todos”» (Cuad. 35).

⁴³ Cuad. 25, Escr. 6, p. 201.

⁴⁴ Cuad. 12, Escr. 5, p. 88.

⁴⁵ Cuad. 38.

⁴⁶ Cuad. 25, Escr. 6, p. 200.

⁴⁷ Cuad. 25, Escr. 6, p. 195.

De inmediato luchó para ponerse al frente de la casa, atender a su padre y cuidar a sus hermanos, pero, ¿dónde iba a ir con ese peso a sus nueve años? Más tarde, viendo la mano de Dios en los acontecimientos de su vida, dará gracias al Señor y a la Virgen Madre porque la liberó de esta carga y se pudo entregar total y exclusivamente al amor de su amado Jesús sacramentado.

La Virgen Dolorosa fue para ella desde ese momento su madre y compañera en el peregrinar de esta vida. La tenía siempre presente y unida al recuerdo del momento en que su madre moribunda le dijo: «*No os dejo huérfanas, ahí tenéis la que desde hoy cuidará de vosotras y será vuestra madre*». ⁴⁸ Se sentía muy agradecida a ella y reconocía su protección: «*desde entonces una serie no interrumpida de gracias especialísimas y singulares favores nos hizo ver y sentir la amorosísima maternidad de María Santísima con sus dos huerfanitas, especialmente su pequeña Mercedicas, que en todas las tribulaciones y penas iba en busca de aquella tierna y divina madre del cielo a decirle: "Madre mía, que sois mi madre, cuidado de mí"*». ⁴⁹ En sus penosos y largos viajes para fundar y en las dificultades de cada fundación, que como se refleja en sus escritos y cartas eran muchas, tenía presente a la Virgen. En su equipaje de viaje iba una imagen de la Virgen de los Dolores o Piedad, a la que le rezaba, pedía, contaba sus penas y agradecía sus favores; era un diálogo continuo que no se interrumpía ni en los momentos más íntimos que pasaba con Jesús adorándole bajo las especies sacramentales, pues al estar con Jesús se sentía unida a la Madre y con ella se ofrecía a Jesús Hostia; recordaba la escena de la Virgen al pie de la Cruz inmolándose con su divino Hijo para redimir a los hombres y pedía ser víctima con ella para reparar las ofensas cometidas a Jesús sacramentado y llevarle adoradores.

Orfandad

Una nueva situación vino después de la muerte de doña Filomena. El padre con la ayuda de la abuela materna estaban al frente de la familia y suplían de la mejor manera la falta de la madre. Los niños estaban atendidos por la abuela con la ayuda de dos criadas, de 20 y 21 años, algo parientas, que había cogido doña Filomena unos dos años antes de morir para las tareas del hogar y la atención de las niñas. La mayor de ellas llamada Victoria Rodríguez, quiso quedarse en casa, a lo que la abuela se oponía y proponía para ello una señora viuda de cierta edad. El padre, ante el agobio de los tres niños pequeños, optó porque Victoria se quedase interna en la casa al cuidado de los niños. Esto disgustó a la abuela, que muy pronto fue desplazada por Victoria y tuvo que retirarse por completo.

Con la retirada de la abuela, el vacío de la madre empezó a sentirse cada vez más y se vino a complicar a los tres o cuatro meses en que se empezó a conocer que el padre pretendía contraer matrimonio con Victoria. Esto no fue bien aceptado por los dos hermanos mayores, de dieciséis y catorce años, que querían echar a Victoria de casa, lo que llevó al padre a sentirse contrariado y violento, perdía el equilibrio y en el hogar empezó a faltar la paz y alegría que antes había ⁵⁰.

⁴⁸ Cuad. 15, Escr. 6, p. 16.

⁴⁹ Cuad. 15, Escr. 6, p. 16.

⁵⁰ La M. Trinidad, haciéndose eco de estos momentos escribe: «*Mi corazón que con la muerte de mi madre se había hecho más sensible y tierno... el golpe de perder a mi santa madre me pareció el descubrimiento de un mundo nuevo de desengaños... ¡Todo cambió alrededor nuestro! Quedamos en una orfandad verdaderamente tristísima... Días después, mi abuela, que dotada de gran talento y virtud, a quien mi pobre madre nos confió, con encargo especial a sus dos niñas... sobre todo su Mercedicas que tanto amaba y temía de su carácter impetuoso y vivo, tuvo que retirarse por completo.*

»*Tenía mi madre dos muchachas de 20 años especialmente la mayor de 21 (algo parientas sobrinas de un primo hermano que vino en decadencia), y ellas le pidieron quedarse de criadas y costureras, y como eran buenas y piadosas,*

Ante estas circunstancias Mercedes pretendía ponerse al frente de la casa y vivía obsesionada de lo que le había oído decir a su madre antes de morir, que ella como la mayor de las niñas atendiese a su padre y hermanos; quería aprender todo rápidamente de la abuela y tomar las riendas del hogar.

Mas no pensó ni pudo pensar la abuela que Mercedes, a su corta edad, pudiese tomar esta responsabilidad. Ante aquel panorama buscó lo mejor para las dos niñas, sacarlas de allí y educarlas bien para un mañana. Así, de acuerdo con el padre empezaron a buscar un internado donde las niñas recibiesen una buena educación.

Esta decisión no fue bien aceptada por Mercedes. Ella no quería salir de casa, sino ponerse al frente de ella, para así evitar que su padre les pusiese madrastra. Solo pudieron sacarla de su obsesión prometiéndole que tan pronto como se formase volvería para ponerse al frente de hogar. Con esta promesa y la ilusión de formarse rápidamente y volver muy pronto a hacerse cargo de todo, cedió, aunque no de muy buena gana.

En la elección del colegio pensaron en las Clarisas de la Encarnación, donde se había educado la madre de las niñas y donde la abuela tenía una hermana y una hija que entonces era la abadesa. También pensaron en el Colegio de Santo Domingo, por el gran prestigio que tenía en Granada y con la pretensión de que llegasen a ser profesoras, según anteriormente, en vida de doña Filomena, los padres habían proyectado⁵¹. Pero enterada de que buscaban colegio sor Pilar Rodríguez, monja en el convento de clarisas de Santa Inés, que era parienta de la familia y hermana de la que después contraería matrimonio con el padre de Mercedes, le pidió las llevasen a su convento, que acababan de abrir colegio y ya tenía quince niñas educandas de buenas familias⁵². Así lo decidieron y prepararon lo necesario para llevarlas a Santa Inés.

Educanda en Santa Inés

El convento de Santa Inés de Granada, de clarisas urbanistas, contaba con un número considerable de monjas, bien formadas y algunas procedentes de familias de alta clase social. De ellas conservó la madre Trinidad buenos recuerdos que dejó reflejados con frecuencia en sus escritos, donde se desahoga con palabras de ponderación a estas monjas que tanto bien le hicieron durante los casi cuatro años que permaneció con ellas; considera este paso por Santa Inés como una gracia de Dios.

En este convento de clausura, siguiendo la tendencia de aquellos años entre conventos de monjas, habían abierto en 1888 un colegio interno para educar niñas. La finalidad que pretendían era conseguir una ayuda económica y la captación de vocaciones. La formación

llevaban más de un año en casa, y la mayor se encargó de nosotras para salir y vestirnos, etc. Esta, llamada Victoria, quiso quedarse en la casa al cuidado nuestro; y la abuela se opuso, queriendo quedase en la casa una señora viuda de cierta edad, que observaba ejemplar conducta, pues mi padre, había recibido y confiado nuestro cuidado a Victoria, en extremo atenciosa con todos nosotros... Pronto se conoció, que mi padre quería casar con ella; y a los 3 ó 4 meses de muerta mi madre, en aquella casa que nos sobraba todo, y viviendo mi madre florecía con la esperanza de un porvenir... de bendiciones y paz como teníamos, con la ayuda de mi buenísima abuelita, ésta se retiró, y retiró sus ayudas; mis hermanos mayores se oponían, echándola de casa... y nosotras veíamos a mi pobre padre contrariado y violento, perder aquel equilibrio que ayudó tanto en los últimos años a la paz y alegría de aquella casa de bendición» (Cuad. 38).

⁵¹ «Cuando les parecía a mis padres que debíamos ir a algún colegio, pensaron en meternos internas en Santo Domingo, con el fin que estudiásemos para profesoras cuando tuviésemos la edad; y llenos de temores iban entreteniéndolo el tiempo para que fuésemos mayores» (Cuad. 38).

⁵² «Después de seis meses de orfandad amarguísima, pensó mi padre y abuela internarnos a las dos en el colegio de Santo Domingo. Enterada una parienta religiosa clarisa de Santa Inés de Granada, pidió a mi padre nos llevase a su convento, que ella cuidaría de nuestra educación como una madre, porque hacía un año que habían puesto colegio y tenían ya 15 educandas de muy buenas familias» (Cuad. 25, Escr. 6, p.200). «Teníamos una parienta en un convento de Clarisas que entonces tenían colegio, y enteradas que nos preparaban para ingresar en Santo Domingo de Granada, llamó a mi padre y le pidió nos llevase allí, que ellas nos educarían tan bien como en Santo Domingo y se alegrarían después» (Cuad. 38).

que impartían era una esmerada educación dentro del esquema educativo que se estilaba para la mujer por aquellos años, centrada en cultura general, trabajos domésticos, labores, bordado, buenos modales... A este esquema añadían las monjas una formación religiosa acompañada de abundante práctica encaminada a conseguir un buen fervor religioso.

El 28 de enero de 1889 a las cinco de la tarde el padre y la abuela, acompañados de una tía de las niñas llamada Prudencia, llevaron a Mercedes y a su hermana Pepita al convento de Santa Inés. Ese mismo día Mercedes cumplía diez años y su hermana estaba para cumplir los nueve en el mes de marzo siguiente.

El trauma que venía padeciendo Mercedes con el vacío de su madre se le agudizó aún más. La separación de su abuela, padre y hermanos, y el temor de que su padre les pusiera una madrastra, aumentó en ella la tragedia que venía sufriendo. No le bastaban las promesas de que solo iba para educarse y que tan pronto como se educara volvería para ponerse al frente de los suyos, con lo que así evitaría lo que ella tanto temía: que el puesto de su madre lo ocupase otra mujer.

Al despedirse el padre y la abuela de las niñas, las dos hermanas quedaron tristes y llorando. Este dramático momento es descrito en varias ocasiones por la madre Trinidad, y dada la viveza con que lo describe es preferible que ella hable, aunque resulte un tanto reiterativo:

«El dolor de dejar por primera vez a mi padre y abuelita, que quería como a mi madre, me hizo llorar tanto, acordándome de los tres hermanitos pequeños que quedaron sin madre y de mí esperaban el consuelo por ser la mayor de las dos niñas, pues los demás fueron varones.

»Las religiosas nos recibieron con tanta ternura y amor que mi hermanita entusiasmada (menor que yo) me reprendía al verme llorar, diciéndome: “Eres tonta, Merceditas, ¿no ves que estamos aquí mejor que en casa con tantas monjas y niñas que juegan, y en casa desde que mamá murió no se podía más que llorar, porque la abuelita nos castigaba?”

»En mí no entraba consuelo».⁵³

«El día que cumplí los diez años de edad con mi hermanita de ocho, a los seis meses de muerta mi santa madre, entramos en el convento de clarisas de Santa Inés para educarnos. ¡Qué dolor sentía mi corazón al separarme por primera vez de mi padre y abuelita, que tanto amaba! Al despedirme de ellos, les dije: “¡Cuidado que yo no quiero ser monja, que vengo a educarme para ayudar a mi papá; de aquí a dos años ya podré encargarme de la casa; papá no nos pongas madrastra!” Mi padre y abuela quedaron desconsolados, llorando, y nosotras cogidas de la mano de aquellas santas religiosas que nos llenaron de atenciones y cariño, cuando yo toda enfurruñada no sabía corresponder aquellas delicadezas maternas más que contestando con grosería: yo no quiero ser monja quiero educarme pronto para marcharme con mi papá.

»Las monjas me dejaron como para no hacerme caso, y todas encantadas con mi hermanita que, alegre como un ruiseñor, las tenía admiradas de su alegría y candor como un ángel. Ella, en cambio, quería ser monja aquella misma noche, pues llegamos a las cinco de la tarde el 28 de enero 1889. Nos hicieron cenar, y yo caprichosa tomé sólo dos pasteles de los regalos, que llevábamos mucho dulce que es lo que más gustaba; la pequeña tomaba cuanto le daban, y se puso mala de madrugada. Cuánto sufría mi corazón, que todo me extrañaba...»⁵⁴

«El mismo día que cumplía diez años, el 28 de enero de 1889, entramos en el convento de Clarisas, donde fuimos recibidas con mucho cariño. Mi hermana sólo tenía ocho años.

⁵³ Cuad. 15, Escr. 6, p. 17.

⁵⁴ Cuad. 25, Escr. 6, p. 196.

»Las madres, como vieron la buena educación y que sabíamos leer y escribir correctamente, nos preguntaron: Vosotras, ¿qué queréis aprender, a qué sentís inclinación? Yo muy impresionada no sabía más que llorar... Llevaba delante de mí el cuadro de mi casa: mi padre con pretensiones de casarse con una parienta que tenía mi madre de criada, mi abuela y dos hermanos mayores disgustadísimos, dos hermanitos con amas, y uno con tres años. Mi madre al morir y darme sus últimos consejos: “Y tú, hija mía, al lado de la abuelita siempre, sé siempre muy buena y cuida de tus hermanos pequeños, para que papá no os ponga madrastra”.

»Mi hermanita muy viva y más lista que yo, contestó con mucha gracia a las religiosas que querían hacernos hablar: “Mi Mercedes lo dirá”.

»Yo no podía hablar; sentía una pena separada de mi abuela que tanto me amaba y con quien mi madre quería me educase. Siendo ya muy de noche y queriendo la superiora que nos acostasen, mi hermanita me instaba les contestase, y yo con mucho genio y grosera les dije: yo no vengo a ser monja, vengo a educarme para irme en seguida con mi papá a tomar cuenta de casa, y esta mi hermanita quedará aquí más tiempo».⁵⁵

«La entrada en el colegio fue el 28 de enero, a los seis meses de la muerte de mi madre, el mismo día que cumplía diez años. Nos acompañó mi abuelita y mi padre, que tanto le costó dejarnos, y a mí, ¡Dios mío!, no resistía mi corazón aquel segundo golpe: separarme por primera vez de lo que más quería, mi padre y mi abuelita, que fue mi madre siempre y con quien vivía ordinariamente. Entonces se renovó la muerte de mi santa e inolvidable madre, q.e.p.d.

»Desde aquel día tenía delante de mi memoria el cuadro de la casa... mi padre sólo con cinco niños; los dos mayores querían escapar y mi padre pensó contraer matrimonio y ni mis hermanos mayores ni yo resistíamos ver otra en lugar de mi santa madre».⁵⁶

«El 28 de enero de 1889 entramos en el convento de clarisas de Santa Inés de educandas, cuando cumplía aquel mismo día los diez años de edad y mi hermanita ocho años y meses, nos llevó mi padre y mi abuelita, y quedamos contentas, aunque con la pena inexplicable de la primera separación... de mi padre y abuelita que tanto nos habían amado, a los seis meses de perder a mi santa madre y dejando aquellos tres hermanos pequeñitos, que mi madre me encargó cuidase de ellos cuando las amas los dejasen, pues solo tenían el menor cuarenta días, le seguía otro de dos años y otro de cuatro. En el momento de salir el mayorcito de cuatro años colgado a mi cuello lloraba inconsolable por venirse con nosotras; me decía: “Mercedes, que mamá te dijo al irse al cielo que cuidarás de nosotros, que fueses buena, y a mí también me dijo: amar a Mercedes como a mí, ella cuidará de vosotros, hará mis veces, no lloréis; y tan pronto te vas tú también al cielo, ¡llévame contigo!...”»⁵⁷

Esta tristeza y la postura terca de Mercedes la refleja su hermana Pepita en una carta escrita ese mismo día de la llegada, 28 de enero de 1889, a su primo Antolín Hitos: «Acaba de irse la abuelita con tía Prudencia y papá, que nos dejaron aquí de educandas para que aprendiésemos a todo, y una vez educadas volvamos a casa a tomar cuenta de papá y los niños. Esperamos vengas mañana porque Mercedes llora mucho, por la abuelita y papá. Las monjas son tan cariñosas que no pueden ser mejores con nosotras pero si tú no vienes a Mercedes se la llevará la abuelita porque se pondrá mala sin comer y llora mucho. Yo estoy muy contenta y las monjas me quieren mucho porque me dicen soy la más chica y más alegre de las educandas, que estamos veinte.»⁵⁸ El primo Antolín debió ir y consolar a Mercedes, aunque no le pudo arrancar el mal que la embargaba, pues Pepita le vuelve a

⁵⁵ Cuad. 25. Escr. 6, pp. 200-201.

⁵⁶ Cuad. 28. Escr. 7, p.53.

⁵⁷ Cuad. 38.

⁵⁸ Cartas copiadas por la M. Trinidad en el Cuad. 36.

escribir el 12 de febrero: «*Tu visita trocó a Merceditas, y está más contenta, ya estudia y aprende a labores que le gustan mucho. [...] Mercedes está triste, y llora mucho a mamá, hace ocho meses murió ayer. [...] mi querido primo pide a Dios que mi Mercedes se consuele*». ⁵⁹

Las monjas de Santa Inés tenían costumbre de ofrecer a la Virgen de Belén, o del portal de Belén, que tenían en el coro, a las niñas cuando llegaban al colegio. En esta ritual ofrenda, Mercedes empezó a sentir una atracción por el Niño Jesús del pesebre que le cautivó y fue progresivamente aminorando sus penas y dándole paulatinamente un sentido nuevo a su vida. Del encuentro con esta imagen de la Virgen y del Niño y del bien que le reportó esta devoción, hablará después sintiéndose agradecida y dando gracias a Dios por este don:

«Al día siguiente nos llevaron al coro, y nos ofrecieron a la Santísima Virgen y al Niño de Belén. Ah, qué hermoso Niño vi en aquel pesebre bendito, le miraba con tanta atención que no me podía nadie arrancar de su lado, cautivó su hermosura mi corazón y mi alma. Decía a mi hermanita cuando estábamos solas: “Yo no podré irme sin este Niño celestial... Si papá lo comprara nos lo llevábamos, y si no lo quieren dar, yo no me podré ir sin él... He sentido que el Niño robó mi corazón y yo no puedo vivir sin él... Y como lo han subido tan alto no alcanzo, y yo quisiera me lo dejaran sólo para llenarlo de besos y abrazarlo... ¿Y tú no viste que movía los ojos y parecía se sonreía como queriendo le tomásemos en brazos?” Y ella con su natural gracejo me contestó: “Yo vi que era muy rico, pero al besarle el pie vi que era de barro...” Me dio una pena... que me quería reprimir las lágrimas. Yo al besarlo sentía la blandura y calor de un Niño hermosísimo que tanto me robó el amor de mi corazón.

»A la madre Maestra le hablaba del Niño, de su hermosura, de lo que me gustaría tenerle un ratito en mis brazos... Ella me oía con atención y me decía: “El Niño Jesús vendrá a tus brazos cuando quieras ser su esposa, pero ahora que quieres irte con tu papá, ¿cómo vas tú a merecer mecerlo y besarlo y después te marchas...?” ¡Oh, no, madre mía, que si beso a ese Niño yo seré lo que él quiera, o su esposa, o su niñera... y la maestra me seguía el hilo y me decía: “Tienes que pedirselo a su Madre Santísima, la Virgen Santísima, y no sé qué le parecerá”. Y cogiéndome de la mano, me dijo: “Ven conmigo”. Y me llevó al coro y me puso de rodillas delante de la Santísima Virgen, y me dijo: “Ahora pídeselo tú con mucha fe y fervor”. Y me dejó mientras ella me alcanzó el Niño de la capillita, y me lo trajo diciéndome: “Toma, hija mía, el divino Niño que me da la Virgen para que lo beses”... Oh, entonces qué feliz me encontraba con él en mis brazos, le estrechaba..., le besaba y me ofrecí a él para siempre. Entonces sentí fuerzas para sacrificarle mi papá, mis hermanitos pequeños, mi abuela, ya no quería volver al mundo, entonces me sentí consagrada a él para siempre». ⁶⁰

Mercedes y su hermana Pepita se encontraron en el convento de Santa Inés con una veintena de niñas, la mayoría ya adolescentes. Eran de las más pequeñas, por lo que la madre Abadesa las agrupó con otras tres de la misma edad y las puso bajo el cuidado de la hermana sor Rosa Robles. Esta religiosa fue la confidente de Mercedes, la que la orientó hacia la vida religiosa y, sobre todo, la que le inculcó el amor a Jesús y el acercamiento hacia el sagrario.

La muchas atenciones de las monjas y las frecuentes visitas de los familiares, que les llevaban muchos regalos, no bastaban para consolar a Mercedes que seguía firme en la obsesión de volver a casa cuanto antes para ponerse al frente de ella y así evitar que su padre les pusiese madrastra. Sor Rosa, con sentido maternal y una pedagogía intuitiva, fue ganando lentamente a la niña y encauzó sus fuertes ímpetus hacia una religiosidad

⁵⁹ Cartas copiadas por la M. Trinidad en el Cuad. 36.

⁶⁰ Cuad. 25, Escr. 6, pp. 196-197.

auténtica, haciéndole ver que en la lucha y tras la lucha por conseguir algo, siempre debe estar la aceptación de la voluntad de Dios.

El drama interior que venía sufriendo Mercedes era un reflejo de lo que sucedía en su casa paterna. La evidencia de que el padre se casaba con la criada condujo a que los dos hijos mayores se fugasen de casa y fueron a contárselo a Mercedes. Esta, queriendo solucionar el problema, y dentro de su obsesión, acudió a la maestra: «*Madre, querría me educasen pronto y marchar a casa para que mi papá no nos ponga madrastra*». La respuesta fue inmediata: «*Es tarde, hija, y tú estarás hasta que seas mayorcita*».⁶¹

Mas no se dio por vencida Mercedes. En las lecturas a las niñas del Año Cristiano, oyó que san Estanislao obispo había resucitado a un hombre que llevaba catorce años muerto y ella quiso entender que haciendo mucha oración y sacrificio, Dios le concedería que su madre resucitase al cumplirse el año de la muerte. Esto se lo comunicó a su hermana Pepita y las dos hermanitas pusieron manos a la obra. La maestra, sor Rosa, conocedora de todo, las dejaba actuar, si bien seguía y controlaba los pasos, y en alguna ocasión hasta las estimuló, como se verá inmediatamente. En la espera del milagro de la resurrección de su madre estuvieron las dos hermanitas desde primeros de marzo hasta el día de la Ascensión, 30 de mayo de ese año 1889. Lo que hicieron con esta finalidad lo narra, por obediencia, muchos años después la madre Trinidad:

«*Entonces convinimos mi hermanita y yo en hacer mucha penitencia y mucha oración para alcanzar de nuestro Señor resucitara a mi mamá antes que mi papá contrajese el matrimonio, y buscábamos en el jardín las ortigas y nos las metíamos en las medias y en el pecho, y chinos en los zapatos y echábamos a la comida cosas amargas, no bebíamos agua, nos poníamos zarzas en el pecho en forma de cruz y andábamos el vía crucis con cruces que nos hacía caer buscando las horas que podíamos escaparnos, para lo que nos ayudaba la madre maestra sor Rosa.*

»*La maestra sabía todo y nos dejaba porque leyeron en el Año Cristiano la vida de san Estanislao, obispo, que resucitó un muerto de catorce años y nosotras le pedíamos con mucho fervor y lágrimas resucitara a mi madre al hacer el año.*

»*¡Cuántas cosas se nos ocurrieron! El día de comunión, que era jueves y domingo, le decíamos, le pedíamos: ¡Señor y Dios, tú que eres todo poderoso, resucita a mi madre como san Estanislao resucitó aquel hombre... Tú puedes mucho más, dile que venga, que nosotras la esperaremos donde tú le digas a la madre maestra!... Y nos íbamos tan contentas a preguntarle a dónde íbamos a esperarla. Así pasamos tres meses... Que el día de la Ascensión, en mayo, nos dijo sor Rosa: Id al corredor más alto, que le llamaban de "Juanica", rezad el santo Rosario con mucha devoción mirando al Cielo... y si no baja, es porque su mamá estará en el cielo muy contenta con el Señor, que le habrá aplicado vuestras penitencias y oraciones y le ha dado tanta gloria que ya no quiere bajar a la tierra, os espera en el cielo... Nos quedamos las dos muy tristes; aquel día esperábamos el milagro al entrar el Señor en el cielo.*

»*Nos bajábamos las dos muy tristes y al pasar por delante de la Virgen Santísima de Belén, mi hermanita me llamó la atención y me dijo alborozada y llena de entusiasmo: ¿No ves que la Virgen de Belén te da el Niño?»⁶²*

Esto lo confirma su hermana Pepita en carta a su primo Antolín del 10 de marzo de 1889: «*mi Mercedes quiere que hagamos muchas oraciones, vía crucis y penitencia, para alcanzar de nuestro Señor que nos resucite a mamá, porque están leyendo el Año Cristiano y dicen que san Estanislao obispo resucitó un muerto de catorce años... y Mercedes cree que rezando nosotras mucho alcanzaremos que mamá resucite, que nos*

⁶¹ Cuad. 28, Escr. 7, p. 53.

⁶² Cuad. 28, Escr. 7, pp. 53-54.

hace tanta falta. Si cantas misa pronto, aplica la misa por mamá y dile que la esperamos en el coro alto, si el Señor nos oyera, ¡qué te parece!, la alegría que llevaríamos todos!»⁶³

La esperanza de la resurrección de la madre se desvaneció ese día de la Ascensión al comprobar que no bajaba del cielo, pero en Mercedes quedó un poso que supo aprovechar durante el resto de su vida: la oración, el sacrificio, la búsqueda y entrega a Jesús Niño, el encuentro con la Santísima Virgen vista y sentida como madre.

Después de darse por vencida Mercedes de que Dios no le concedía el milagro de la resurrección de su madre, fue perdiendo poco a poco la esperanza de poder hacer algo para evitar que su padre se casase, aunque seguía sin dar el brazo a torcer, como lo manifiesta su hermana, ya mentalizada y aceptando la realidad, en carta del 12 de septiembre de 1889 a su primo Antolín: *«Tardas tanto en venir que mi Mercedes se pone triste; vino Manuel y Carlos a despedirse, llenos de pena porque papá se casa con Victoria y se van de la casa; figúrate estos niños qué pronto se olvidan de los consejos de mamá que nos encargó tanto no diésemos disgustos a papá.*

*»Mercedes dice que si ella fuese grande evitaría que papá se casase. A mí no me parece mal. Pues ella estaba enseñada por mamá a cuidar de casa y de los niños ya tanto tiempo, peor fuese que entrase otra desconocida, a mí me gusta Victoria; porque dice papá, que como mamá está ya muy contenta en el cielo y no volverá más, no puede estar solo con tantos niños en manos de criadas... ¿No te parece a ti bien? Díselo a mi Mercedes que llora pensar que papá no cuide de Manuel y Carlos. Me encarga les aconsejes tú, “como tutor nuestro”».*⁶⁴

Pero ante la impotencia de poder arreglar el problema familiar, Mercedes se fue metiendo, casi sin darse cuenta, en otro mundo. El niño Jesús, como se ha dicho, la seducía, la arrastraba, la llevaba hacia el sagrario, y allí, tras las rejas del coro, por tratarse de un convento de clausura, Mercedes le llamaba, le daba golpecitos para que saliera a estar con ella. Era la oración de una niña enamorada de Jesús bajo las especies sacramentales, que estaba muy convencida de que allí estaba Jesús esperándole y acudía llena de fe y de amor, y se sentía cada vez más feliz en este idilio.

Así fueron pasando los días, las monjas la espiaban, la seguían sus ocurrencias y la alentaban a seguir en ese camino. Y también, cómo no, la preparaban para la comunión, que entonces recibían las pequeñas solo los jueves y domingos, enseñándolas a estar con Jesús y amarle de corazón. Cuánto bien le hicieron, según reconoce la madre Trinidad, aquellas buenas monjas de Santa Inés.

Allí, en Santa Inés, Mercedes empezó a confiar su alma a su primer director espiritual, a don Maximino Fernández del Rincón, canónigo lectoral de la Catedral de Granada entonces, y después obispo de Teruel y de Guadix. Este buen sacerdote, dirigió los primeros ejercicios espirituales que hizo Mercedes, e influyó fuertemente en la dirección espiritual de su alma. Años después, dice la M. Trinidad refiriéndose a este sacerdote: *«Grabó en mi alma la meditación de la Pasión del Señor con tal fuerza y suavidad que de ella recibí la vocación religiosa».*⁶⁵ Fue este un comienzo que nunca abandonaría en su vida. Buscaba directores sabios y santos a quienes confiaba su alma, si bien su instinto la llevaba hacia los más ejemplares y santos, por experimentar que con estos su espíritu quedaba más reconfortado.

Por fin llegó para Mercedes el día tan temido. Su padre se casó con Victoria el 15 de junio de 1890. La noticia se la dieron sus hermanos mayores, Manuel y Carlos, quienes fueron enfurecidos a decir a sus hermanas: *«Papá acaba de casarse con Victoria y*

⁶³ Cuad. 36.

⁶⁴ Cuad. 36.

⁶⁵ Cuad. 3, Escr. 2, p.53.

nosotros nos vamos, no queremos ver otra madre en el puesto de aquella que tenemos en el cielo...»⁶⁶

Ambas hermanas fueron llorando a desahogarse ante la imagen de la Virgen de Belén y allí se lamentaban y la pequeña consolaba a la mayor: «*No llores, Mercedes, ya tiene papá quien lo cuide*». Pero Mercedes seguía en su aflicción y no acertaba a apartarse de allí, y cuando se vio sola, se abrazó a la imagen de la Virgen le dijo: «*Madre mía, yo quisiera un hombre cariñoso y fiel que no se olvide de mí, y que si papá ha hecho esto con mamá, poner otra mujer a sus hijos por madre, yo no quiero más que a ti, madre mía*»- En esos momentos sintió que la Virgen la aliviaba a la vez que le daba su Hijo y le decía: «*Este será tu Esposo a quien te entregarás con todo el amor de tu corazón, y él te dará esa fecundidad espiritual que de tus sacrificios y dolores espera Jesús para su gloria muchas almas que le sigan y amen*».⁶⁷

Fue este un momento crucial en la vida de Mercedes. La desilusión por la boda de su padre reavivó ese amor que venía sintiendo por el Niño Jesús y nació el deseo de ser solo suya. Cristo sin duda la llamaba y ella respondía. La vocación al estado religioso empezaba a ser ya una realidad. Será dos meses después, concretamente el 12 de agosto de 1890, cuando Mercedes siente fuertemente la llamada de Jesús y se ofrece con voto de castidad a él para siempre. Contaba entonces once años y medio. Dejamos que ella hable de ese momento de su entrega:

*«Me aficioné tanto a Jesús que nadie me sujetaba en estar pegada en la reja junto al sagrario, donde me decía [sor María Rosa Robles] que llamándole mucho él vendría a jugar conmigo, y cómo la constancia de aquellas visitas largas y continuas al sagrario me alcanzaron su amor misericordiosísimo, que comulgaba jueves y domingos y sentía dentro de mi alma a Jesús conmigo, hasta que al año y ocho meses, el 12 de agosto, que con gran entusiasmo celebraban la fiesta de la madre santa Clara, tocaban piano y bailaban todas las niñas en el patio jardín del convento después del refresco y cena, yo sentí en medio de aquella fiesta que una fuerza interior me llamaba al coro, iba a jugar con el Niño Jesús, con quien compartía mis recreos... Allí fui... y al llegar al antecoro, un cuadro del Sagrado Corazón que [allí] había, me pareció verlo iluminado y el Corazón entre llamas como una hoguera y sentía una abstracción tan fuerte que subiéndome sobre una silla o no sé cómo conseguí poner mis labios en aquel Corazón todo inflamado. Quedé embriagada en aquel fuego tan ardiente que me consagré a él para siempre, haciéndole voto de castidad. Yo sentí que me prometía ser mi Esposo para siempre y que él me pedía fidelidad y después me daría su gloria, si aquí aceptaba su cruz y sus clavos, y sentí desde entonces que venía a mi corazón con todos los instrumentos de su pasión y me convidaba a subir con él al Calvario».*⁶⁸

Siguiendo esta trayectoria de ser solo para Jesús y con la ayuda de las monjas y de la dirección espiritual, que inició en Santa Inés y no descuidó en el resto de su vida, iba preparándose Mercedes para consagrarse como monja de clausura cuando cumpliera la edad canónica. Todo apuntaba que sería en Santa Inés, pero Dios tenía otros planes.

Ocurrió que aquel colegio que empezó con pocas niñas y pequeñas fue tomando otro cariz. Las compañeras se fueron haciendo mayores y se incorporaron otras también mayorcitas y entre ellas surgieron conversaciones y comentarios típicos de la edad de jovencitas sin vocación religiosa, lo que hería la sensibilidad espiritual de Mercedes que iba muy segura en otra dirección. Quiere salir de ese ambiente y pide a la abuela la saque de allí, la lleve a otro convento, al de las clarisas de la Encarnación, pues sentía que su alma corría peligro. El padre y la abuela creyeron era mejor se quedara en el mundo y el 21

⁶⁶ Cuad. 38.

⁶⁷ Cuad. 38.

⁶⁸ Cuad. 25, Escr. 6, pp. 201-202. Cf. Cuad. 24, Escr. 6, p. 144.

de noviembre de 1892 la abuela la sacó de Santa Inés⁶⁹. Tenía Mercedes entonces trece años y diez meses. Su hermana Pepita permaneció allí por espacio de dos años más.

Vocación capuchina

La abuela llevó a Mercedes a su casa de Monachil, donde permaneció los ocho meses que estuvo en el mundo después de salir de Santa Inés. Así atendía la abuela los deseos de su nieta, que no quería vivir bajo una madrastra en casa de su padre, y al mismo tiempo para dedicarse más de cerca a orientarla en los difíciles años de la juventud.

Mercedes empezó a encontrarse feliz. La casa era contigua a la iglesia, pared por pared, lo que la ilusionaba por sentirse muy cerca del sagrario. Para ella fue como si se encontrase en la iglesia, y allí, en su habitación, pegada al muro de la iglesia, mantenía coloquios con Jesús, como cuando iba a la reja del coro de Santa Inés. La abuela no solo veía bien este modo de proceder de Mercedes, sino que, de acuerdo con su religiosidad, la alentaba, y ambas hacían los actos de piedad acostumbrados, asistían al culto en la iglesia y hacían la visita al Santísimo Sacramento.

Pero el mundo pronto empezó a atraerle. Las muchas atenciones de la familia y el trato con un primo seminarista, por el que su corazón empezó a sentir atracción y afecto, le hizo olvidarse del voto que había hecho en Santa Inés. La lucha interior le vino rápida, ¿la quería Dios para la vida religiosa o para el mundo? Con esta duda fue al párroco de Monachil, don Manuel Carranza, quien la escuchaba con paciencia y buscaba para ella la voluntad de Dios; le mandó hacer los Siete Domingos a San José y en el último le dijo: *«Dios te quiere capuchina, vete allí, que es la trapa y la cartuja que tú buscas; se hace mucha penitencia y viven como sepultadas en vida, tienen clausura y no se las ve nada»*.⁷⁰

El consejo del Párroco fue importante para Mercedes y lo meditó seriamente; pero la decisión definitiva la tomó tras un hecho en que Mercedes sintió con claridad la llamada del Señor. Dice ella: *«Quiso el señor san José darme a conocer que me quería el Señor religiosa en la regla más austera, con un aviso tremendo, haciendo estallar en mi mano un pequeño mauser que tenía mi abuelo en una cajita de papeles, que yo registraba en un estante, y cuando volví del espanto, me vi buena y con perfecta salud y vida para consagrarme a Dios, cuando toda espantada me lloraban muerta. Desde aquel día no quedó en mí la más pequeña duda, ansiaba por verme en mi nido, y supliqué con repetidas instancias me dejaran ir a las capuchinas de San Antón»*.⁷¹

⁶⁹ Cuad. 15, Escr. 6, p. 19; Cuad. 24, Escr. 6, p. 143; Cuad. 25, Escr. 6, pp. 203-204.

⁷⁰ Cuad. 25, Escr. 6, p. 204.

⁷¹ Cuad. 24, Escr. 6, pp. 144-145.

II. SAN ANTÓN (1893-1925)

Entrada en el convento de San Antón

El convento de Jesús y María de clarisas capuchinas de Granada, vulgarmente llamado de San Antón, fue fundado por doña Lucía Ureña en el siglo XVI bajo la Regla de santa Clara según la observante reforma capuchina. Eran monjas contemplativas de estricta clausura; sobresalían por su espíritu de penitencia y pobreza; sus ocupaciones eran la oración coral, incluidos los maitines a medianoche, los trabajos domésticos de mantenimiento y la oración particular en los pocos ratos libres. Vivían de las limosnas que le llegaban, de las rentas de las dotes con que entraban las monjas y de la escasa producción de la pequeña huerta. En Granada eran conocidas como las monjas más austeras y observantes.

Esta observancia y austeridad fue precisamente lo que inclinó a Mercedes a acudir al convento de San Antón a pedir su ingreso. Ella buscaba el sacrificio, sentía ansias de sufrir por Cristo, siendo víctima de amor y reparación.

El lograr la entrada no le fue fácil. Empezó a ser víctima desde que anunció a su familia los deseos que sentía. El padre le negó el permiso, primero con cariño y después con amenazas, pues veía con gusto y con consuelo que aceptara una proposición de matrimonio, que ya preparaban en familia⁷². La abuela y demás familiares tampoco estaban de acuerdo con la determinación de Mercedes, pero terminaron cediendo, si bien querían fuese religiosa en la Compañía de María que entonces fundaban en Santa Fe⁷³.

Después de muchos ruegos y lágrimas, la familia fue aceptando los deseos de Mercedes, y un poco a escondidas del padre, que seguía sin aceptar lo que su hija pretendía, la ayudaron a preparar lo necesario para la entrada en el convento. Con su hermano Carlos, que sentía deseos de marchar a la cartuja o a los capuchinos, el 15 de mayo de 1893 se dirigió a San Antón a pretender la entrada en su rigurosa clausura. Allí, en la iglesia, ante el altar de la Virgen del Amor Hermoso, sintió que la Virgen la miraba con amor y se consagró de nuevo a ella pidiendo le facilitara la entrada si era para ser santa, y si no que no la admitieran⁷⁴.

Las monjas de San Antón pusieron sus dificultades, a las que se añadía el que en este convento se encontraba sor Mercedes de Jesús Crucificado, tía de Mercedes, que como el resto de la familia no estaba de acuerdo de que su sobrina entrase de monja. De todas las dificultades, la que parecía insuperable era que la comunidad tenía ya completo el número de treinta y tres monjas y, siguiendo la tradición, no admitían más. No obstante, por una gracia especial, en atención a la recomendación del P. Ambrosio de Valencina, provincial de los capuchinos, que acababa de darles ejercicios espirituales y se encontraba entonces hospedado en San Antón por estar predicando la novena de la Porciúncula en la Virgen de las Angustias, rompieron la tradición del número y la admitieron⁷⁵.

Resueltos los inconvenientes, Mercedes entró en el convento de San Antón el viernes 28 de julio de 1893. Contaba entonces la edad de catorce años y seis meses. Le acompañaba su padre, quien, a juicio de ella, iba todo disgustado y amenazador, y una hermana de su madre, la tía Prudencia⁷⁶.

⁷² Cuad. 25, Escr. 6, p. 204.

⁷³ Cuad. 24, Escr. 6, p. 134.

⁷⁴ Cuad. 15, Escr. 6, p. 20; Cuad. 25, Escr. 6, p. 205.

⁷⁵ Cuad. 24, Escr. 6, p. 145; Cuad. 25, Escr. 6, p. 205.

⁷⁶ Cuad. 4, Escr. 2, p. 85; Cuad. 12, Escr. 5, p. 93; Cuad. 24, Escr. 6, p. 145; Cuad. 25, Escr. 6, p. 205.

Este momento tan importante en la vida de Mercedes, por el que da el paso de dejar el mundo y entregarse en cuerpo y alma al Señor siendo sola para él, es un momento gozoso para su alma y como tal lo describe: *«Entré en mi bendito convento de San Antón con grandísimo entusiasmo y fervor de hacerme santa y pronto santa. Era 28, viernes, de julio de 1893, a la una del día, y todo me pareció una revelación del cielo. ¡Qué dichosa fue mi alma en medio de aquellas santas y penitentes religiosas, en donde estaba la comunidad en perfectísima observancia. ¡Bendito sea mi Señor Jesucristo que hizo a mi alma tan grandes mercedes!»*⁷⁷ Y en otra ocasión: *«En las capuchinas de San Antón de Granada entré como si me viese en el cielo... Fue tal el gozo y alegría que sintió mi alma al cerrar aquella puerta bendita dejando a mi tan querido padre lleno de dolor, que al llegar al coro me caí en tierra y pegando mi frente con el polvo le dije: ¡Señor mío y Dios mío!, concédeme no dejarnos hasta que me una en el cielo con vos. ¡De aquí al cielo!»*⁷⁸

La abadesa que recibió a Mercedes en San Antón era la madre Bruna de la Soledad Collado, monja de avanzada edad y no poca virtud, quien durante el tiempo que estuvo de abadesa defendió a Mercedes en las dificultades que tuvo por parte de la comunidad para seguir su vocación.

Postulantado

El postulante es un tiempo canónico en la vida religiosa previo a la toma de hábito. Es un periodo de discernimiento, necesario para que el candidato reflexione sobre su vocación y la comunidad pueda probarle. De esta manera se da el primer paso necesario en la normativa eclesiástica para ir buscando la voluntad de Dios sobre el pretendiente.

Mercedes comenzó este periodo el día 5 de agosto de 1893, día significativo para ella por caer en una festividad de la Virgen, Santa María de las Nieves. Este día –dice– *«pedí me cortasen las trenzas de pelo (que le tenía apego, era vanidosa), y se las ofrecí al Señor con alegría antes de empezar el postulante. Y madre Maestra me dijo fuese a ofrecerlas a la madre Abadesa, que le daría mucha alegría de verme generosa. Y Jesús quiso sellarme por primera vez. La Madre con reprensión me dijo: “¿Por qué la madre Maestra permitió esto si las monjas no la quieren?”*»⁷⁹

Quiso Mercedes comenzar así su postulante. Con un gesto de desprendimiento de todo lo mundano ofreció sus trenzas al Señor como señal de que no se reservaba nada; y el Señor le hizo comprender, a través de las palabras de la madre Abadesa, que las ansias que tenía antes de entrar, de sufrir con Cristo, siendo víctima de amor y reparación, comenzaban ya. La humillación que recibió de la Madre fue el comienzo. La lección, bien aprendida, la tuvo presente en sus años de prueba: *«Aquel primer escalón –dice– fue tan áspero que después me recordaba: “¡las monjas no te quieren y tendrás que salir pelada!” ¡Dios mío!, Tú me amas, sí, por ti viviré pegada a tu cruz siendo siempre tu pequeña esclava... Quiero amaros y servirlos siguiendo, Señor, vuestra senda ensangrentada hasta morir; hacerme vuestra pequeña hostia, recíbeme como víctima de reparación y que vuestra esclava se ofrezca a vos en holocausto de reparación y desagravio por los pecados de las almas consagradas que te reciben en pecado mortal».*⁸⁰

Cuando entró Mercedes, la comunidad de San Antón estaba muy envejecida y había muchas monjas enfermas. La causa de este estado era que el número de treinta y tres monjas lo tenían completo desde hacía bastante tiempo, por lo que ya hacía doce años que

⁷⁷ Cuad. 24, Escr. 6, p. 145.

⁷⁸ Cuad. 25, Escr. 6, p. 205.

⁷⁹ Cuad. 32, Escr. 7, p. 184.

⁸⁰ Cuad. 32, Escr. 7, p. 184.

llevaba cerrado el noviciado. Con este panorama se encontró Mercedes al entrar en San Antón. Vivía sin compañeras, sola con la Maestra, madre Sacramento, y el trato con las demás monjas se reducía a las horas de trabajo, donde se encontraba con ancianas o mayores, no había ninguna de su generación.

La madre Maestra desde el primer momento ofreció la buena voluntad de Mercedes a la comunidad, ya que estaba necesitada de juventud que le ayudase en los trabajos. Así se vio Mercedes, desde su entrada en San Antón, envuelta en múltiples quehaceres, para los que no estaba preparada y que con frecuencia eran superiores a sus fuerzas. Pero ella los emprendía *«con tanta vocación –dice– que los trabajos y penitencias que sufría me parecían regalos dulcísimos, y aunque no sabía ni nunca hice trabajos por haber estado en el colegio desde pequeña, me estimulaba tanto ver trabajar aquellas monjas de edad y tan señoras, más que mozas de servicio por amor de Dios, que yo buscaba con ansias de amor, aquellos penosos trabajos de lavar, barrer, repicar la campana, limpiar los suelos, la cocina y lugares más sucios, como el mejor regalo»*.⁸¹ Y con esos deseos de servir al Señor que tenía, *«pronto –dice– aprendí, encontrando siempre en lo más penoso mi mayor dicha de encontrar algo con qué obsequiar a Jesús. Me parecía el cielo los trabajos en la casa de Dios, y los prefería con entusiasmo a los regalos del mundo, que despreciaba con toda la fuerza de mi alma»*.⁸²

En el reparto de los trabajos siempre le tocaban los más duros a Mercedes por ser la más joven. Así, la mandaban *«lavar los claustros de coro bajo, refectorio y enfermería, para que sacase de los agujeros la basura con un palito y luego lavarlo muy bien»*.⁸³ Durante el trabajo hacía sus meditaciones y ofrecía sacar almas del purgatorio y acercar a Jesús los infieles de las misiones; decía a Jesús: *«Mientras las monjas oran, yo, vuestra esclavita, trabajaré por sacaros del purgatorio, de la incredulidad muchas almas»*.⁸⁴ En estos trabajos se sentía tan unida a Jesús que le parecía le ayudaba, como dice le ocurrió un día el tener que *«quebrar los hielos de un lebrillo de ropa que tenía que lavar después de maitines, a las tres de la mañana, el 15 de enero [...] Me mandó madre Maestra fuese con las sacristanas a preparar los purificadores y ropas de sacristía que tenían en el huertopatio, y había escarchado y sentía frío tan grande que miré al cielo que chispeaban las estrellas lindísimas del firmamento... y como si por ellas viese el rostro dulcísimo de Jesús me sentí inflamada de un amor tan extraño y fuerte que sin esperar a las sacristanas me lancé fuera y con el puño empecé a quebrar aquellos vidrios que me parecían espuma de jabón»*.⁸⁵

Pero no todo era trabajo doméstico para Mercedes, la oración ante el sagrario ocupaba sus ratos libres, era una tendencia irresistible este acudir a la cita con Jesús sacramentado, su gran amor, su adorable Jesús... Ella había entrado en San Antón soñando con este continuo encuentro. Tenía muy vivos los gratos recuerdos de su estancia en Santa Inés cuando en sus *«visitas al sagrario –dice–, en donde siempre seguía el consejo de sor María Rosa Robles, daba unos golpecitos en la reja del coro y le decía: ¡Jesús mío, aquí está tu Merceditas!, y esperaba un ratito pidiéndole me diese su amor y me hiciese toda suya... Y él venía a mi alma y me daba aquellos consuelos... que solo él sabe, y que me hizo la vida en aquel colegio de cielo»*.⁸⁶ Y también tenía presente aquellos coloquios que mantenía con Jesús sacramentado tras la pared de su habitación contigua a la iglesia de Monachil durante los ocho meses vividos en ansiedad de decisión y espera para entrar en San Antón.

⁸¹ Cuad. 15, Escr. 6, p. 21.

⁸² Cuad. 15, Escr. 6, p. 21.

⁸³ Cuad. 32, Escr. 7, p. 185.

⁸⁴ Cuad. 32, Escr. 7, p. 185.

⁸⁵ Cuad. 15, Escr. 6, p. 21.

⁸⁶ Cuad. 25, Escr. 6, p. 202.

Para vivir con tranquilidad y sosiego los momentos de intimidad con Jesús sacramentado, pidió una de las tribunas abandonadas y llena de muebles viejos, que era una más de entre las que suelen rodear las iglesias antiguas de monjas de clausura para que las religiosas acudan a hacer su oración individual. En esta tribuna, Mercedes se entregó con intensidad a adorar a Jesús sacramentado, acción que siguió después durante todo el tiempo de su estancia en este convento y que llevó a las fundaciones y dejó en constitución como voto especial para sus hijas las Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios.

*«Como no tenía compañeras –dice– y la madre Maestra veía mis afanes de vivir junto a la Eucaristía, mi vida y aliento, me concedió la madre Abadesa que en una tribuna que tenían llena de muebles viejos, fuese siempre que quisiera de día o de noche. Mi pobre alma, tan sedienta de Dios, corría veloz, aprovechando todos los ratos libres, a beber en aquella divina fuente con el ansia de un amor fuerte como la muerte, que no había nada capaz de detenerme».*⁸⁷

Y haciendo una reflexión e invocación sigue diciendo: *«¡Oh Jesús mío, con qué alegría sacrificaba los momentos, aun de mi descanso, para pasar junto a Jesús mis horas libres, aun privándome del sueño, por recrear mi corazón y mi alma en aquellas íntimas comunicaciones de Dios y mi alma... ¡Qué torrentes de luz inundaban mi alma, que fuera de él quedaba como ciega!, ¡qué amor a las humillaciones y trabajos, que sin él no podía soportar!, ¡qué estima y amor me daba a aquella vida de penitencia y pobreza, que veía practicar con tanta antipatía y violencia! y junto a vos, en aquella tribuna, en donde tantas veces regalasteis mi alma con vuestra divina presencia, os dignasteis enseñarme que solo iría segura a vuestro adorable Corazón, abrazando aquella vida que vos mismo le disteis al seráfico padre san Francisco, y allí repetidas veces me confirmasteis vuestra adorable voluntad de quererme víctima en la vida capuchina, adorándoos en el Santísimo Sacramento en espíritu y verdad, y acercándoos muchas almas».*⁸⁸

Toma de hábito

Pasaron dos años de postulante y la comunidad no daba el hábito a Mercedes, la cual vivía en espera que ese día llegase y muy ocupada en el mucho trabajo de limpieza y de servicio en las oficinas, por lo que apenas si pisaba el noviciado. Por ello alguna monja empezó a preguntarle si había entrado para criada o para monja. Entonces, Mercedes comprendió que debía pedir el santo hábito y así lo hizo. La respuesta fue negárselo porque le parecía a la comunidad que no tendría fuerzas para llevar las vigiliass y ayunos establecidos en las Constituciones, pues había enflaquecido y sentía debilidad de estómago⁸⁹.

La reacción de Mercedes fue acudir a la Virgen a pedirle fuerzas y que la enseñara a trabajar e impedir que la echasen de San Antón, donde ella se encontraba feliz con los trabajos y austeridades de vida que le daban ocasión de llevar la pasión de Jesucristo grabada en su alma⁹⁰.

A este rechazo se unía su tía sor Mercedes de Jesús Crucificado que, *«siendo de gran virtud, fue –dice– mi mayor tormento».*⁹¹ Esta religiosa, debido a la rigurosa observancia del silencio que se observaba en San Antón, sin recreos ni sala de labor, no tenía ocasión

⁸⁷ Cuad. 25, Escr. 6, p. 207.

⁸⁸ Cuad. 25, Escr. 6, p. 208.

⁸⁹ Cf. Cuad. 25, Escr. 6, p. 207.

⁹⁰ Cf. Cuad. 25, Escr. 6, p. 207.

⁹¹ Cuad. 25, Escr. 6, p. 208.

de hablar con su sobrina, por lo que un día, aprovechando una programada visita de la abuela, dijo a Mercedes en el locutorio: «*Prepare sus cosas que se va con la abuelita, porque su caridad no tiene cabeza y antes que se enferme o inutilice, que la tengan que echar por enferma, se va con su padre y le ahorra la criada y la lavandera*». ⁹²

Sorprendida Mercedes, contestó bruscamente a la tía, por lo que la abuela la reprendió y la amenazó con quitarle la pensión de una peseta diaria y se negó a darle la dote que le había prometido si se empeñaba en quedarse allí. Y al despedirse, cuando fue la madre Maestra a buscarlas, con mucha soberbia dijo a la tía: «*¡Si mi madre viviese, no trataría usted tan mal a su sobrina que solo desea santificarse!*» ⁹³

Tras este acontecimiento, Mercedes acudió a la tribuna donde oraba hecha un mar de lágrimas. «*El Señor –dice– se desagradó tanto de mi soberbia, que se ocultó, y, a pesar de buscarlo arrepentida, aquella turbación interior le desagradó tanto a Jesús, que estuve todas las horas allí seca como un palo y sin poder desechar aquella pena horrible de desconfianza y despecho. No sabía qué hacer. Al día siguiente no me atrevía a comulgar, a pesar que quise desechar el consentimiento a aquel tropel de tentaciones que venía sufriendo desde el día anterior y toda la noche. Vino la madre Maestra y me mandó comulgar. A pesar que yo le manifesté todos mis pecados, insistió que comulgase bajo su responsabilidad, y con muchos actos de contrición recibí la sagrada Comunión con más fe, amor y humildad. ¡Con cuánto amor me esperaba el Señor!*» ⁹⁴

Muy confortada por el Señor en la comunión, dio cuenta a la madre Maestra y pidió hablar con la madre Abadesa, a quien le rogó le concediera quedar de hermana de obediencia o lega, para lo que sentía atractivo, pues una vez que la abuela le había negado la dote entendía ser esta la voluntad del Señor.

La madre Abadesa, madre María Bruna, que siempre la había defendido y la defendería después para que se quedase en San Antón, le dijo: «*No, de ningún modo te consentiré nunca seas religiosa lega, pues creo no cumplirías los designios de Dios, que te quiere para mayores pruebas y trabajos... Si Dios te quiere, te dará dote, y no necesitas el de tu abuela. Si se disgusta, tú procura que Jesús esté contento de ti siempre*». ⁹⁵

Se cumplió el plazo del mandato de esta anciana Abadesa y eligieron, el 17 de septiembre de 1895, a la madre María Gabriela, que tenía mucho interés de que Mercedes saliese de San Antón. Por ello, ese mismo día habló con el señor Arzobispo, que acababa de presidir la elección, para que la despidiese, ya que ella no se atrevía a hacerlo por tener allí una tía y deber la comunidad muchos favores a su abuela.

El señor Arzobispo, que entonces era monseñor José Merino Mazón, llamó a Mercedes y, después de aconsejarle amablemente, le dijo que le parecía debía salir de clausura aquella misma tarde. Intervino entonces la Abadesa saliente, la madre María Bruna, y le pidió la dejase unos meses, y el Secretario del señor Arzobispo les dijo que la dejaran, que él al día siguiente le mandaría el permiso por escrito.

Así pudo Mercedes continuar en San Antón, pero llena de dudas y sufrimiento. Ella quería quedarse; la Abadesa y otras monjas, entre las que se encontraba su tía, le decía que se fuese; los confesores tampoco se ponían de acuerdo, pues unos le decían que se fuese a otro convento y otros, como el padre Ambrosio de Valencina, le decían que Dios la quería en San Antón. A todo esto se añadía el que con la elección de madre Abadesa habían renovado los cargos y le pusieron por maestra a la madre Antonia ⁹⁶, privándose de los desahogos que tenía con su anterior Maestra, la madre Sacramento. Pero el más grave

⁹² Cuad. 25, Escr. 6, p. 209.

⁹³ Cuad. 25, Escr. 6, p. 209.

⁹⁴ Cuad. 25, Escr. 6, p. 209.

⁹⁵ Cuad. 25, Escr. 6, p. 210.

⁹⁶ Cuad. 7, Escr. 3, p.151.

inconveniente que sufría era la falta de dote, que le fue negada por la abuela para que saliese de San Antón.

Ante este inconveniente, Mercedes optó una vez más por quedarse, aunque fuese de lega o de sirvienta, en su querido convento de San Antón. Pero ni por esas, no la querían de ninguna manera. Le estorbaron la dote que le daba don Valentín Agreda⁹⁷ y le prepararon una bonita salida: marchar al convento de clarisas de la Encarnación de Guadix, recién fundado por el obispo de esa diócesis, Mons. Maximino Fernández del Rincón, y donde era abadesa su tía María Paz, o a las capuchinas de Toledo. Ambos conventos estaban dispuestos a admitirla.

Después de mucho pensarlo, y no encontrando otra salida, Mercedes determinó escoger el convento de capuchinas de Toledo, por ser de clausura y de más rigurosa observancia. Pero antes de dar el paso definitivo, consultó al padre Ambrosio de Valencina, y este santo religioso, que tanto la había defendido ante la comunidad y ayudado espiritualmente, le dijo: *«Hijita mía, Dios quiere hagamos oración especial para alcanzar nos dé a conocer su voluntad sobre tu vocación. He venido diciéndote siempre perseveres fiel aquí a pesar de las luchas del demonio, porque entendía ser ésta su voluntad santísima, pero he aquí, hijita mía, que la madre Abadesa me habla y ruega te diga pidas tú irte, porque las monjas no te quieren, y como no quieren aumentar el número y tienen a la vista una señorita que les agrada mucho, están esperando te marches tú para recibirla. ¡No me acabo de convencer... que sea esta guerra del demonio o voluntad de Dios que te marches! Haz tres días de riguroso retiro delante del sagrario y con la frente pegada al suelo dile a Jesús: Señor, ¿qué quieres de mí? Escucha atentamente. Y yo haré la misma oración»*.⁹⁸

Mercedes pidió permiso para este retiro, que le fue concedido, y al tercer día, dice, estaba dispuesta a ir donde quisieran llevarla, y, estando en la acción de gracias después de la comunión, oyó que le decían: *«no te marcharás, tienes dote, que es para ti»*.⁹⁹ Nadie había oído nada y la madre Maestra, a quien consultó, la mandó al confesor y capellán del convento, don Francisco Fernández Alcántara, a quien llamó para que Mercedes le dijese lo que le pasaba.

El Confesor le dijo: *«ya previne a madre Abadesa y a madre Sacramento que, aunque yo no te dijese nada, te enterarías que tienes dote (que querían fuese para una monja de las que no tienen dote)»*.¹⁰⁰

En efecto, la marquesa de Blanco Hermoso, doña María Dolores Escobedo y Castejón, había dejado en testamento al convento de San Antón una dote que se presentó por marzo de 1896 y que estaban manipulando la Abadesa y la madre Sacramento, para aplicarla a otra candidata cuando Mercedes saliese. La comunidad no sabía nada de esta dote y al enterarse protestó y surgieron nuevos problemas e interpretaciones. Tuvieron que intervenir los albaceas, que eran los jesuitas, que aclararon era para una joven con vocación que tomase el hábito y profesase. Entonces no había ninguna otra en el postulante, solo estaba Mercedes, por lo que no cabía duda que la dote debía ser para ella si se demostraba la vocación con la petición y el voto favorable de la comunidad.

Mercedes había pedido y seguía pidiendo la admitiesen, y la madre Abadesa, ante la evidencia de los hechos, la sometió a la votación secreta de la comunidad, el día 28 de octubre de 1896¹⁰¹. Eran veintiocho monjas de coro con derecho a voto y el resultado fue de veintiséis a favor y dos en contra.

⁹⁷ Cuad. 4, Escr. 2, p. 87.

⁹⁸ Cuad. 4, Escr. 2, p. 86-87.

⁹⁹ Cuad. 4, Escr. 2, p.88; Cuad. 7, Escr. 3, p. 146 y 148; Cuad. 11, Escr. 5, p.46.

¹⁰⁰ Cuad. 7, Escr. 3, p. 149; En el Cuad. 11, Escr. 5, p.46 dice: *«Efectivamente hace meses tiene dote, pero M. Abadesa lo quiere para otra, y nos encargó no dijéramos nada hasta que marches a Toledo»*; cf. Cuad. 4, Escr. 2, p. 88.

¹⁰¹ Cuad. 35.

De esta forma todo quedó resuelto y Mercedes pudo acercarse a recibir el santo hábito de capuchina el día 21 de noviembre, fiesta de la presentación de la Virgen María, de 1896.

Días antes hizo los ejercicios espirituales que toda religiosa debe hacer previamente a la toma de hábito. Se los dio su director espiritual el padre Ambrosio de Valencina y durante ellos le dijo: «¡Pobre peregrina! ¡Qué largo y penoso camino te espera para llegar a donde Jesús te quiere! Tempestades horribles... noches tenebrosas... soledades espantosas en las que llena de miedo te sentirás en los dientes de las fieras... ¿Qué hará entonces mi pobre peregrina? ¿Quieres que te lo diga, hijita querida?... Pon tu atención a mis palabras: recibe diariamente la sagrada Comunión y con este divino pan no desfallecerán nunca tus débiles fuerzas (entonces no estaba establecida la Comunión diaria y desde aquel día no dejé de hacerlo siempre que podía); toma en tu mano el báculo de la cruz; abrázate con cariño a ella; confía en su fortaleza, que apoyada como báculo te defenderá y sostendrá; y eleva tus miradas a la estrella María Santísima, tu madre, de quien no apartarás tus miradas para invocarla, amarla y imitar su vida admirable... ¡Oh entonces, hija de mi alma!, camina segura que después de subir al calvario con el divino Esposo padeciendo sus agonías, serás resucitada con él en el cielo...»¹⁰²

Durante la ceremonia de la toma de hábito le cambiaron el nombre de Mercedes por el de sor Trinidad del Purísimo Corazón de María. La partida de este acto dice:

«En el convento de Jesús María de capuchinas de esta ciudad de Granada, en el día veinte y uno de noviembre de mil ochocientos noventa y seis, como a las cinco de la tarde, tomó el santo hábito de esta Comunidad sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, que nació el veintiocho de enero de mil ochocientos setenta y nueve, siendo bautizada con el nombre de María de las Mercedes el treinta del mismo mes en la iglesia parroquial de la Encarnación de Monachil; hija legítima de don Manuel Carreras Chamorro, natural de Martos, provincia de Jaén, y de doña Filomena Hitos Linares de Monachil, provincia de Granada; entró en la clausura el día veinte y dos de julio del año mil ochocientos noventa y dos¹⁰³, habiéndole investido el santo hábito la reverenda Madre que suscribe, después de haber precedido en uno y en otro acto la aprobación por medio de votos de la reverenda Comunidad y la correspondiente licencia del dignísimo Prelado, Excmo. e Illmo. Sr. D. José Moreno Mazón que a petición de la referida madre Abadesa se dignó dar comisión al M. R. P. Fr. Francisco de Benamejí, exprovincial de los PP. Capuchinos de la provincia de Toledo, Guardián del Convento de San Lucas de Barrameda y Superior en comisión de esta residencia de Granada, el que bendijo la cuerda y el santo hábito y practicó las demás ceremonias, que previene el ritual de la Orden. Y para que conste lo firmo en este mi referido Convento el día veinte y uno de noviembre del año mil ochocientos noventa y seis».¹⁰⁴

Así empezó a cumplirse lo que el padre Ambrosio le vaticinó al finalizar los tres días de retiro: «Hijita mía, en el momento de la santa Misa pedía por ti al Señor me diese a conocer su adorable voluntad, he sentido mucho consuelo porque el Señor te quiere capuchina de verdad y que hagas verdaderas capuchinas para su gloria. ¡Quietecita hija mía! Aunque te hagan chispas déjate estar, aquí te quiere el Señor capuchina».¹⁰⁵

Noviciado

¹⁰² Cuad. 2, Escr. 2, p. 11-12.

¹⁰³ En el original primero puso *mil ochocientos noventa* y añadió entre líneas y *dos*. A pesar de la corrección la fecha parece sigue confundida, pues en los escritos las M. Trinidad siempre pone como fecha de su entrada en San Antón el día 28 de julio de 1893 (Cuad. 4, Escr. 2, p. 85; Cuad. 24, Escr. 6, p. 145; Cuad. 25, Escr. 6, p. 205; Cuad. 33, Escr. 7, 209).

¹⁰⁴ Granada, Conv. de San Antón, Libro de toma de hábitos, profesiones y defunciones, partida 44.

¹⁰⁵ Cuad. 4, Escr. 2, p. 86-87.

Al tomar el hábito Mercedes, ya con el nombre de sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, inició el año canónico del noviciado. Su alma estaba gozosa y tranquila al haber conseguido entrar en la primera etapa de su vida religiosa. Tenía el hábito que durante tres años y cuatro meses estuvo esperando con suma inquietud. Empezaba a sentirse ya verdadera esposa de Cristo, aunque sabía que todavía le quedaba un año de prueba para alcanzar la profesión que la consagraría total y para siempre a su amado Esposo. A las pruebas que pudieran esperarle durante el año de noviciado no temía, estaba ya muy probada durante el largo postulanteado y caminaba segura de que con la ayuda de Jesús sacramentado y de la Santísima Virgen, podría llevar los trabajos y observancias conventuales.

Durante este año de noviciado, sor Trinidad se entregó de lleno a una oración intensa e ininterrumpida, que nacía en la intimidad con Jesús sacramentado, en aquella tribuna de los muebles viejos desde donde veía el sagrario, pues como novicia solo podía entrar en el coro durante los actos comunitarios; y después continuaba esta oración en el servicio a la comunidad. Fue en definitiva este tiempo una continuación de su postulanteado, pero con mayor sosiego, pues veía con más claridad lo que Dios le pedía y así se entregaba y se ponía en sus manos con entera seguridad de cumplir la voluntad divina.

En esa oración, en la que se abstraía de todo lo terreno para encontrarse toda y sola con Jesús sacramentado, su Amado, pasaba todo el tiempo del día y de la noche que podía. Era su adoración en la que pedía por los demás, se sentía y se ofrecía como víctima por los que ofendían a Jesús y hacía sus propósitos de llevarle almas para que le adorasen. Nacía así en esos coloquios, ya desde el noviciado, lo que más tarde sería su vida y su obra.

Tan feliz se encontraba en el noviciado que recordándolo en uno de los aniversarios escribe: *«Festividad de la Presentación de Nuestra Señora María Santísima y XXXIX aniversario que tomé el santo hábito de Capuchina de Jesús María de Granada, la primera vez que solemnemente subí al altar a consagrarme a Dios, pues en este acto me dio el Señor unas luces extraordinarias... y me favoreció con una cantidad de amor tan fuerte... que todo el año de noviciado estuve como fuera de mí... no sé cómo me admitieron a la profesión, pues creo vivía más en Dios que en la tierra... y mi santa maestra suplía mi inutilidad con mucha caridad»*.¹⁰⁶

Esta fuerte oración la llevaba a las ocupaciones conventuales con la mayor naturalidad y sencillez. Veía en los trabajos la voluntad divina que le pedía, le animaba y le ayudaba a realizarlos, y por eso, como un acto de amor continuado de aquel de su adoración, se entregaba a servir a la comunidad en la que veía a Dios y en ella le amaba.

A sus ocupaciones de barrer, fregar, lavar la ropa, que la traía muy ocupada por ser la única joven de la comunidad, se añadía la ayuda a otros servicios, cuyas encargadas la requerían. De estas ayudas sacaba especial satisfacción cuando la mandaban a ayudar en la sacristía, la oficina preferida por considerar que lo que hacía era directamente para el culto divino. La ayuda a la enfermería era otro de sus trabajos preferidos, pues sentía atender a Cristo en las ancianas y enfermas, que no faltaban en aquel convento de personal envejecido. Con estas miras no era extraño que los muchos trabajos no la tuviesen agobiada, pues con amor, y sobre todo con amor divino, es fácil sobrellevar las cargas y sufrimientos, pues renace la alegría de imitar a Cristo que nos amó hasta la muerte y muerte de cruz.

Haciendo referencia al trabajo en la enfermería durante su noviciado y al impulso que le movía a realizarlo, escribe muchos años después, hacia el año 1942:

«Cuando me siento próxima a morir, me viene a la memoria la doctrina de san Pablo que desde el noviciado me aconsejaba aquella santa madre maestra sor Antonia cuando

¹⁰⁶ Cuad. 6, Escr. 3, p. 109.

me veía deseosa de director, me decía: “Tome su caridad de director a san Pablo y la enseñará mucho, y preparará su alma para el amor que Jesucristo nuestro Señor pide de su corazón de leoncilla”.

»Esto, creo, me decía por el deseo vehemente que sentía en servir a las enfermas y ancianas necesitadas de consuelo y ayuda, y ellas tan fervorosas me agradecían aquellos pequeños servicios con oraciones, que me hacían verlo en cada enferma a Jesucristo paciente, y me encendía en fervor cuando me hablaban de Dios nuestro Señor. ¡Las maravillas con que premia lo que se hace por los enfermos!... Y de decir verdad, no encontré dificultades ni penas en la vida pensando que en cada obra, por indiferente que fuese, la recibía el Señor como prueba de amor, y con ilusión y amor del alma repetía: mi Señor y mi Dios, recíbelo todo, mi obrar y sentir... que a ti lo hago y a ti te lo ofrezco... Y cuántas veces venía a fortalecerme y consolarme haciendo de mis trabajos y humillaciones en la vida religiosa mi mayor felicidad, pues vivía más en el cielo que en la tierra».¹⁰⁷

Profesión religiosa

Cumplido el año de noviciado, la Comunidad admitió, por votación secreta, a sor Trinidad para que hiciese su profesión solemne. Ella esperaba ese momento para consagrarse a Dios por los votos de obediencia, castidad y pobreza hasta la muerte. Y lo esperaba como una inmolación, muriendo a sí misma para vivir como víctima ofrecida a su amado Esposo en favor de los hombres y en reparación de las ofensas a Jesús sacramentado.

Este sentido de ofrenda como víctima lo tuvo presente en toda la vida y así lo manifiesta al decir a sus hijas: «La profesión religiosa es la muerte de sí misma para vivir con Cristo crucificado, como ya decía san Pablo: “No vivo yo: no más yo, Cristo sólo en mí” (Gal 2,20). “¡Sed uno!”; nos dice Cristo Jesús (cf. Jn 17,21-23). La solución no es posible sino suprimiendo a uno de los dos. Por eso san Pablo dice: “morid” (cf. 8,13) y san Juan nos dice: “Conviene que yo mengüe para que él crezca” (Jn 3,30). Y esta doctrina, tomada en la misma fuente del divino Maestro, que nos dejaron sus discípulos, es, hermanas y madres carísimas, la que os ruego apliquéis a vosotras mismas, es la que desde un principio nos mostró el divino Maestro: “Quiero que copiéis en vosotras mi vida de víctima haciéndoos una hostia conmigo”».¹⁰⁸

Sor Trinidad quiso disponer bien su alma antes de emitir los votos religiosos. Con esta intención acudió al padre Ambrosio de Valencina, quien la venía ayudando espiritualmente y la había defendido ante la comunidad para que no saliera de San Antón. Le dio cuenta de su alma en la confesión y le preguntó qué quería el Señor de ella. Y este santo religioso le contestó: «Que te hagas santa de verdad, ahora quiere Jesús de ti que te santifiques aquí; que si la casa amenaza caer, te apartes y sigas tu camino; comunión diaria será tu alimento; abrazada a la Cruz, tu báculo; la estrella María, tu luz y guía... y ¡adelante!, que para llegar hasta donde Jesús te llama pasarán 40 años».¹⁰⁹ Y también le dijo: «hoy eres la esposa de Cristo en la cruz, esposa crucificada..., no te separes de la cruz, que ella te dará dulzuras inexplicables que gustar, si perseveras y eres fiel».¹¹⁰ Estos consejos los guardó Sor Trinidad en su corazón y los tuvo muy presentes en su vida.

La memoria de la profesión de sor Trinidad del Purísimo Corazón de María que se recogen en el libro de profesiones del convento de San Antón dice:

¹⁰⁷ Cuad. 7; Escr. 3, p.151-152.

¹⁰⁸ Cuad. 11, Escr. 5, p. 62.

¹⁰⁹ Cuad. 3, Escr. 2, p. 66; Cuad. 32, Escr. 7, p. 193.

¹¹⁰ Cuad. 4, Escr. 2, p. 88.

*«En este convento de Jesús y María de Capuchinas de Granada el día veinte y seis de noviembre de mil ochocientos noventa y siete, fiesta de los Santos Desposorios de san José con la Santísima Virgen, profesó solemnemente, pasado el año de probación, sor Trinidad del Purísimo Corazón de María Carreras Hitos; hija legítima de don Manuel Carreras Chamorro, natural de Martos, provincia de Jaén, y de doña Filomena Hitos Linares, difunta, natural de Monachil provincia de Granada; hizo sus votos de profesión en manos de la reverenda madre Abadesa que suscribe, previa la votación de la Comunidad y la licencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de esta Archidiócesis, don José Moreno Mazón, que se dignó dar comisión al Rdvo. P. Superior de la residencia de PP. Capuchinos de esta Capital, Ildefonso de Cuenca del Campo, el que bendijo los velos y corona, practicando las demás ceremonias que previene el ritual para esto casos. Esta religiosa fue agraciada con el dote que la Excma. Señora Marquesa de Blanco Hermoso, doña María de los Dolores Escobedo Callejón, dejó a esta Comunidad en su testamento otorgado en Madrid. Este dote fue dejado por dicha Señora a perpetuidad y actualmente se encuentra constituido en papel del estado cuyos títulos se encuentran en poder de la referida comunidad. Y para que conste firmo la presente partida en este nuestro Convento a treinta de noviembre de mil ochocientos noventa y siete».*¹¹¹

El compromiso que contrajo por la profesión lo guardó sor Trinidad con fidelidad durante toda su vida, fue fiel hasta la muerte.

Profesa en el convento de San Antón

Sor Trinidad había vivido durante los cuatro años y cuatro meses de postulante y noviciado un tanto alejada de la realidad de la comunidad de San Antón. Por constitución, durante ese periodo tenía que vivir en un recinto separado de la comunidad, llamado noviciado, y el paso a otras dependencias del convento era restringido. Al ser ella la única postulante y novicia, solo podía tratar y hablar con la madre Maestra; con el resto de la comunidad el trato que mantenía se limitaba al tiempo de trabajo en algún servicio cuando para ello la requerían, y el trabajo en el convento se hacía en riguroso silencio, a no ser en la enfermería, donde se permitía hablar con las enfermas para poder darles una atención mejor.

Estas condiciones hacían que sor Trinidad, cuando profesó y se integró con plenos derechos en la comunidad de San Antón, estuviese un tanto ajena a la realidad de vida comunitaria, y máxime teniendo en cuenta que anteriormente se había centrado en la oración, en el trabajo y en la aceptación del sufrimiento al sentirse rechazada.

Pronto comprendió que se encontraba con una comunidad de monjas mayores, muy observantes de la Regla de santa Clara y rigurosas en las penitencias y mortificaciones. Esto agradaba y edificaba a sor Trinidad, pues era precisamente lo que buscaba al elegir este convento cuando se sintió llamada por Dios a la vida religiosa. Pero como las rosas tienen sus espinas, así también ella las encontró. No se sintió defraudada por esto, venía probada por el sufrimiento y con la firme disposición de aceptar la cruz y en ella ser víctima de reparación.

Así, al año de su profesión, concretamente el 19 de octubre de 1898, la comunidad tenía la elección de abadesa, elección que según lo establecido en las Constituciones se celebraba cada tres años. En torno a la elección surgieron entre las monjas intereses muy humanos y, a veces, encontrados. Sor Trinidad participaba por primera vez en la elección

¹¹¹ Granada, Conv. de San Antón, Libro de toma de hábitos, profesiones y defunciones, partida 73.

de abadesa y se vio envuelta en estas dificultades que no comprendía y veía que disturbaba la paz, caridad y sosiego espiritual de las monjas.

Esto, que se fue repitiendo en las sucesivas elecciones, hizo pensar mucho a sor Trinidad. Y en sus reflexiones le surgió la idea que, para evitar estos hechos, no muy acordes con la caridad fraterna, sería mejor que los conventos de capuchinas estuviesen unidos y regidos por una Abadesa general al estilo de sus hermanos los capuchinos, que se gobernaban por un Superior general. Con esto podría lograrse también un noviciado común para todos los conventos y se evitarían los inconvenientes que ella sufrió en el postulante, a la vez que las postulantes y novicias podrían tener una formación más adecuada y conforme con la vida capuchina de clausura.

El padre Ambrosio Valencina, a quien sor Trinidad acudía a dar cuenta de su conciencia y pedirle consejo, la animó a pedir esta reforma. Y ella, obediente a su director espiritual, se dirigió a Su Santidad León XIII, a través de cardenal Merry del Val, pidiendo la reforma. Después, en una visita que el Sr. Nuncio en España, Mons. Arístides Rinaldini, hizo en 1903 al convento de San Antón, le suplicó: *«¡Señor!, queremos alcanzar la gracia de Su Santidad León XIII se nos conceda a las monjas el mismo gobierno de los frailes. Una Madre general para todas las capuchinas, que con su Consejo nos den las abadesas locales, sin que nosotras, pequeñas, ignorantes, que venimos a ser enseñadas, tengamos que elegir».*¹¹²

Esta reforma que pedía, y que en el fondo viene a ser lo que hoy son las federaciones de monjas de clausura, la expuso ya sor Trinidad en sus primeros años de vida religiosa y más tarde la defendió a ultranza en su época de fundaciones de conventos. Mas no pudo conseguir nada en este sentido, era muy pronto para que esto fuese posible y tuvo que contentarse con lo que la Iglesia en aquellos momentos le daba: una congregación, que aceptó humildemente, considerando que la obediencia a la Iglesia era lo mejor, pues siempre veía la voluntad de Dios cuando hablaba la Iglesia.

Sor Trinidad llegó al convento de San Antón con una fuerte tendencia a hacer oración ante el sagrario a donde acudía intuitivamente y en donde permanecía el mayor tiempo posible con Jesús. Ya se vio cómo a raíz de su Primera Comunión quería llevar los niños al sagrario y cómo acudía en Santa Inés a la reja del coro, desde donde veía el sagrario y llamaba a Jesús. Esta devoción o atracción a estar delante del Santísimo sacramento la siguió cultivando cada vez con más profundidad en los años de postulante y novicia en aquella tribuna de los muebles viejos, a donde siguió acudiendo después de profesar.

Es fácil comprender que la constancia a la cita al pie del sagrario, para la que no desperdiciaba ningún rato libre, la iba llevando a una profundidad en la oración, en el coloquio amoroso que mantenía con Jesús, que la llevaba a una contemplación o adoración en espíritu y en verdad, como a ella le gustaba decir. Aquí encontraba su felicidad amando a su Esposo y ofreciéndose a él como víctima reparadora. Llegó hasta el extremo de que esta adoración era el centro de su existencia; toda su actividad se movía en torno a la adoración a Jesús sacramentado y sin esta adoración no sabía ni podía vivir.

Siguiendo en esta línea, pronto llegó a la conclusión que sería muy provechoso para las monjas capuchinas implantar en los conventos la adoración perpetua. Consultó al padre Ambrosio Valencina, y este buen director de su alma la animó a pedirlo y a seguir en esta línea luchando con tesón hasta que lo consiguiera.

¹¹² Cuad. 23, Escr. 6, p. 103; cf. Cuad. 14, p. 117-118. En el Cuad. 23 la M. Trinidad da como fecha de la petición a León XIII el año 1897 y la petición al Sr. Nuncio el 1898; la primera fecha no parece segura pues su profesión fue el 26 de noviembre de 1897 y la primera elección a la que asistió el 19 de octubre de 1898. En el Cuad. 14 da otras fechas: Petición a León XIII el año 1895 y petición al Sr. Nuncio 1903; la primera fecha resulta inverosímil, pues era postulante, la segunda puede ser cierta y es la que se ha dado como punto de referencia.

Sor Trinidad no echó en saco roto estos consejos, que coincidían con lo que ella sentía en el fondo de su alma cuando postrada ante Jesús sacramentado oraba. Lo pidió repetidas veces a su comunidad de San Antón y las monjas consideraron que la adoración sería una carga que impediría la observancia regular.

Pero no por ello dejó de insistir en este punto, pues sentía un impulso interior muy fuerte que le exigía no se diese por vencida ante la dificultad, y así, convencida de que Jesús se lo pedía, siguió firme en la brecha.

Y, en efecto, parece ser que Jesús se lo manifestaba de vez en cuando, como una advertencia para que no se amilanase ante la dificultad y siguiese luchando contra vientos y mareas.

Así le ocurrió en el año 1905 en una visita que hizo a la madre Abadesa don Vicente Casanova y Marzol, entonces párroco de Nuestra Señora del Buen Consejo de Madrid y después obispo de Almería, arzobispo de Granada y cardenal de la Iglesia. Mas dejemos que ella misma narre lo que le sucedió:

«Por el año 1905 vino don Vicente Casanova a decir la santa misa en nuestro convento de San Antón (siendo abadesa la madre Amalia del Pilar) por encargo que le hizo el señor Obispo de Madrid, don José Salvador Barrera, antiguo confesor y amigo de la madre Amalia del Pilar.

»En efecto, don Vicente Casanova, entonces párroco de Madrid, cumplió el encargo de su Obispo viniendo a celebrar en nuestra iglesia y desayunar en el locutorio; por entonces le servía a la madre Abadesa como de secretaria particular la que suscribe, y me encargó la Madre fuese a saludarlo mientras desayunaba en el locutorio, y después de cumplir con los encargos del Obispo, nos manifestó el amor y simpatía que tenía a las capuchinas por tenerles mucho cariño a las de Madrid, de quien había sido acólito, capellán y confesor.

»La Madre le invitó, si quedaba algún día más en Granada, volviese al día siguiente a darnos la sagrada comunión y decir la santa misa, y, en efecto, lo hizo con gran consuelo de mi alma; aquella comunión fue muy fervorosa, no sé qué sintió mi alma de extraordinario... Como siempre tuve vehementes ansias que las religiosas de San Antón tuviésemos la adoración perpetua, me pareció que en los momentos de elevar la sagrada Hostia en la santa misa me decía el Señor: “Este Prelado os concederá la adoración a Jesús sacramentado”. Se lo dije a la madre Abadesa, y me dijo: “No seas tonta, hija mía, es que sueñas... si este Señor no es más que párroco de Madrid”... Creía el ciego que veía y es la gana que tenía... rendí mi juicio y creí como me decía la Madre, aunque lo que sentí de secreta devoción no se me borró nunca...»¹¹³

Este hecho vino a ser como una premonición y así lo consideró después la madre Trinidad, pues don Vicente fue el que les concedió la adoración.

La mucha oración de sor Trinidad ante el Santísimo no iba en menoscabo de las observancias conventuales ni del trabajo comunitario, sino más bien al contrario. Estaba ya muy acostumbrada a estos menesteres después de su largo postulanteo y del noviciado. Pero ahora iba adquiriendo un matiz muy especial. Antes, en el periodo de prueba, los trabajos y las observancias tenían en ella la finalidad de mostrar que era capaz de realizar todo lo que se le podía pedir a una aspirante a capuchina, buscaba que no la echasen de San Antón. En cambio, después de la profesión, los trabajos y observancias los empezó a orientar de una manera distinta: los orientaba desde la adoración.

En la adoración se entregaba a amar a Jesús y de este amor caritativo para con Dios iba naciendo en su alma el amor caritativo sobrenatural para su prójimo: su comunidad y sus hermanas monjas principalmente. De aquí esa fuerza increíble que sacaba para cualquier trabajo, y en especial para la atención a las ancianas y enfermas, ya que veía en las

¹¹³ Cuad. 1, Escr. 1, p. 76-77: cf. Cuad. 3, Escr. 2 p. 65.

hermanas a las que atendía el rostro de Cristo que le pedía amor. Con estas miras todo le iba siendo cada vez más sencillo, se iba desprendiendo de lo terreno y todo lo humano lo enfocaba desde un punto de vista sobrenatural. Y como fruto inmediato de este enfoque de su vida en ella no cabían críticas ni murmuraciones; las contrariedades las enfocaba como una permisión de Dios para su santificación, era un regalo de Dios que le ponía a su alcance la cruz para que fuese víctima con Cristo en pro de las almas y para alcanzar el perdón de sus pecados personales.

La madre Amalia María del Pilar, que fue abadesa en tres mandatos seguidos, desde 1898 hasta 1908, tomó como secretaria particular suya a sor Trinidad, lo que la llevó a tener que tomar contacto con los trabajos de gobierno y a un trato con personas ajenas, aunque próximas a la comunidad.

Esta actividad sobreañadida no fue en detrimento de su adoración particular, sino que desde ella también servía a Cristo en esta nueva faceta de trabajo. Esta forma de actuar empezó a ser captada por sacerdotes y seglares que se sentían atraídos por el trato afable, tan lleno de Dios, que sor Trinidad les daba y empezó a repercutir en bien de la comunidad.

La comunidad captaba y apreciaba los muchos y buenos servicios de sor Trinidad, así como su gran espíritu de mortificación y observancia a la Regla y Constituciones, y la tenían en gran consideración; pero en cuanto a la implantación de la adoración perpetua en el convento no la apoyaban, temían cargar con un nuevo compromiso. En este punto solo la abadesa estaba de su parte.

Abadesa en el convento de San Antón

Los años que sor Trinidad estuvo como secretaria particular de la madre Abadesa le sirvieron para tomar contacto con el gobierno de la comunidad y para mantener trato con sacerdotes y seglares. En estas relaciones se fue acreditando como una monja inteligente y prudente. A estas cualidades, muy acordes para el mando, se unía su buena disponibilidad en ayudar a las monjas y su notorio espíritu de sacrificio y observancia. Esto hizo que la comunidad, al cumplir el tercer mandato de abadesa la anciana madre Amalia María del Pilar, considerase que sor Trinidad podía ser una buena abadesa a pesar de contar solo con 29 años y, por ello, no alcanzar la edad canónica requerida para este cargo.

La fecha de la elección de abadesa se fijó para el día 19 de julio de 1908 y fue elegida sor Trinidad. El Sr. Arzobispo, que presidía la elección, la confirmó en el acto con lo que, a su vez, quedó dispensada de la edad canónica. El acta de la elección es del tenor siguiente:

«En la ciudad de Granada, a diez y siete de julio de mil novecientos ocho, el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Don José Meseguer y Costa, Arzobispo de esta Diócesis, acompañado de los señores don Francisco Fernández Alcántara, presbítero, capellán del convento de Madres Capuchinas de esta Ciudad y don Paulino Cobos González, presbítero, capellán del convento de Religiosas del Santo Ángel Custodio de esta referida Ciudad, en calidad de Escrutadores, y de mi el infrascripto Secretario de Cámara y Gobierno de este Arzobispado, se constituyó en la Iglesia del Convento de Religiosas Capuchinas, Orden de San Francisco de esta Ciudad para elegir Prelada, por haber cumplido su trienio la Muy Rvda. M. Sor Amalia María del Pilar. Hecha oración ante el Santísimo Sacramento y congregada la Comunidad en el Coro bajo, la exhortó S. E. I. a proceder en esta elección con absoluta rectitud de miras, pospuesto todo humano respeto. En seguida se procedió a la Elección y escrutinio en la forma de Derecho, resultando canónicamente electa, la Muy Rvda. M. Sor Trinidad del Corazón de María, quien fue confirmada por S. E. I. recibiendo de sus manos la Regla y Constituciones, el sello y las llaves de la Clausura, y de la

Comunidad la debida obediencia, mientras se cantaba el tedéum. Acto seguido S. E. I. hizo la visita de altares, entrando después acompañado de los mencionados Sres. Escrutadores y de mí el Secretario, habiendo encontrado todo con el aseo y limpieza y en debida forma. Exhortó nuevamente a la Comunidad y a cada una de las Religiosas en particular al más exacto cumplimiento de los santos votos y en especial al de obediencia a la nueva Prelada, dándose por terminado el acto de todo lo que yo el infrascrito Secretario Certifico.- José, Arzobispo de Granada.- Ante mí, D. Ramón Moreno, Canciller Secretario».¹¹⁴

Al enterarse el padre Ambrosio de la elección, dijo a la madre Trinidad: «*Hijita, sé fiel al Señor y trabaja como una santa en dar al Señor lo que te pide... no sea que el Señor te castigue como al siervo perezoso que enterró el talento... El Señor ha querido vea antes de morir lo que él se dignó revelarme; acuérdate que él te hizo capuchina, porque te quiere santa y que hagas capuchinas adoradoras*».¹¹⁵ Estas fueron las últimas palabras que este religioso capuchino dirigió a la madre Trinidad. La avanzada edad y la muerte privó a la madre Trinidad de la ayuda y sabios consejos que este director de su alma le daba. Desde el cielo siguió ayudándola. Ella, en su caminar por la tierra, no olvidó el bien que este religioso hizo a su alma y tuvo presentes sus consejos.

La ausencia del padre Ambrosio de Valencina pronto fue suplida por don Juan Cuenca, un joven sacerdote canónico de Granada, que acababa de llegar de Roma y que en los ambientes curiales y granadinos estaba adquiriendo gran prestigio. Este sacerdote fue un compañero en el camino con la madre Trinidad, a la que ayudó espiritualmente y también materialmente en las primeras fundaciones.

La madre Trinidad, como abadesa de San Antón, gozaba de prestigio. Había conseguido ayudas materiales de bienhechores y era consultada por personas de distintas condiciones sociales. En cuanto a la comunidad, había logrado una mayor piedad y el ingreso de buenas vocaciones. Todo marchaba bien, pero se iba acercando el final del primer mandato y la madre Trinidad con su excesiva prudencia se estaba olvidando de la reforma de la comunidad y de la implantación de la adoración perpetua que le pedía el Señor y tanto le había aconsejado el padre Ambrosio y le seguía aconsejando su nuevo director espiritual don Juan Cuenca.

Los días 18, 19 y 20 de 1912 celebraron en San Antón el VII Centenario de la aprobación de la Regla de Santa Clara, con exposición del Santísimo Sacramento en forma de jubileo. A las 12 de la noche del día 19 se celebró una misa solemne y, después de comulgar, la madre Trinidad recibió una llamada del Señor: «*Quiero trabajos por cercarme el tabernáculo de almas penitentes, consagradas, a adorarme día y noche en este sacramento de amor que instituí para consuelo y vida de las almas y me tienen abandonado, aun aquellas que me están consagradas*».¹¹⁶ Esta llamada fue fundamental en su vida y a ella hace referencia con frecuencia en sus escritos.

A partir de este momento empezó con nuevos bríos a trabajar para poner en práctica la reforma y la implantación de la adoración al Santísimo Sacramento. Vio también como una prueba de la petición que Dios le hacía, el hecho de que el día 13 de agosto de ese año 1912, la comunidad la reeligiera abadesa de San Antón. Así, convencida de que Dios lo quería y con la ayuda de su director don Juan Cuenca, puso manos a la obra.

Hizo las peticiones oportunas al arzobispo de Granada, monseñor José Meseguer y Costa, quien acogió bien la reforma pedida y le mandó escribiese el contenido de la reforma como adiciones a las Constituciones.

¹¹⁴ Granada, Convento de San Antón, Libro de Elecciones y Confirmaciones de MM. Abadesas.

¹¹⁵ Cuad. 4, Escr. 2, pp. 8-89.

¹¹⁶ Cuad. 4, Escr. 2, p. 93; Cf. Cuad. 1, Escr. 1, p. 75; Cuad. 6, Escr. 3, pp. 81-82.

Para llevar acabo esta reforma, el señor Arzobispo comisionó al capuchino padre Francisco de Orihuela, obispo titular de Equino y dimisionario de Santa Marta, el cual entró con este cometido en San Antón el 14 de septiembre de 1913¹¹⁷.

A pesar de la prudencia y buen espíritu del Obispo, no pudo lograrse el fin primordial de la reforma: cambiar el color gris del hábito por el color marrón o castaño, usado por los padres capuchinos, y la implantación de la adoración perpetua, pues un grupito de monjas, capitaneadas por la madre María Josefa de San Luis, lo estorbaron. Para ello acudieron al señor Arzobispo quejándose de todo: que la madre Trinidad quería y escuchaba más a los seglares que a la comunidad, que la comida era austera, que les daba trato duro... y, sobre todo, que con el cambio del hábito y la imposición de la adoración perpetua iba a destruir la comunidad.

El señor Arzobispo, tras estas acusaciones, temeroso de males mayores suspendió la reforma y retiró las licencias al Obispo de Equino.

De este problema se hace eco el Obispo de Equino en carta a la madre Trinidad del 6 de enero de 1914, de la que se transcribe: *«Con santa alegría y paz prosigamos el camino sembrado de espinas hasta el fin. La estrella divina, nuestra dulce Madre, la conducirá a aquel pequeño Belén de la Eucaristía. Allí adorarán en espíritu y en verdad al Mesías en el pan de los ángeles y con vuestra caridad irán muchas almas de buena voluntad que crean; y no tema, hermana querida. [...] El [Señor] la conducirá al sitio que ya le tiene destinado, si ahí no escuchan este aviso de Dios, que me llevó sin yo saberlo a vuestra casa a decir a vuestra caridad que el buen Jesús la quiere para coleta capuchina; que haga Capuchinas como él le mostrará, que interpretando el grito del Seráfico Padre San Francisco: “¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!” , llevemos almas... muchas almas... a su solitaria Prisión... Lloremos el olvido e ingratitud de muchas almas, y consolándole con nuestras penitencias y vida capuchina, le adoremos día y noche en la santa Eucaristía como le ha sido mostrado. [...] Yo en este año pasaré para el cielo y desde allí le prometo ayudarla como Jesús y María quisieren. Vuestra caridad no olvide lo que Jesús le pide, y si ahí no la escuchan, sacuda el polvo de la sandalia y vaya donde Jesús, María y José quieran».*

La madre Trinidad quiso ver en este fracaso la voluntad de Dios que a través del Prelado le decía que no quería emprendiese la reforma. Aceptó la humillación del fracaso y se dedicó de lleno a la oración y a servir a la comunidad, pensando era lo único que en esos momentos Dios le pedía, y así se sentía feliz.

El servir a la comunidad y a cada uno de sus miembros fue una de las virtudes que más practicó la madre Trinidad, y dentro de este servicio nunca rehusaba los mayores y mas humildes trabajos. Y así, teniendo el convento necesidad de limpiar un gran estanque, se puso ella a hacerlo. Era el 31 de agosto de 1915 y el mucho calor del día, junto con el gran esfuerzo realizado, le hizo sudar mucho. A esto se unió el que, sin darle tiempo a asearse y mudarse de ropa, llegó su hermano con unas cargas de aceite para el suministro de la comunidad y salió a atenderlo y dejar el aceite en su sitio. En consecuencia, cogió un fuerte resfriado que rápidamente pasó a pulmonía tan aguda que los médicos pronosticaron una muerte próxima, por lo que le dieron la extrema unción. Pero el Señor no la llamaba todavía, era un aviso para que no olvidase lo que tenía encomendado. Así lo vio y lo dice la madre Trinidad:

«Aquel primer día de septiembre del año 1915, cuando por varios médicos me daban por desahuciada y me preparaban a morir, la extrema unción santa, inundada mi alma de consuelos divinos, bañada con la sangre de Jesús al sentir el santo óleo en mis labios y en

¹¹⁷ Cuad. 6, Escr. 3, p. 74. En el Cuad. 3, Escr. 2, p. 64, la M. Trinidad da la fecha de 17 de septiembre de 1914. Se mantiene la primera por parecer más verosímil y por encontrarse dos cartas del obispo de Equino, fechadas el 17-12-1913 y 6-01-1914, que hacen referencia a esta visita.

mis ojos, pregunté al sacerdote que me administraba los Sacramentos (que me parecía el mismo Jesús Maestro divino de mi alma): ¿Tiene el Señor algo conmigo que me detiene? “Pregúntelo a él”, me contestó el padre. Un momento de dolor inundó mi alma al pensamiento de no haber hecho toda la penitencia que mis pecados necesitaban expiar. Oh Jesús dulcísimo, vuestra misericordia y los dolores de vuestra divina Madre al pie de la Cruz sean en este momento mi salvación. En aquel momento, el temor de no haber correspondido a lo que sentía me pedía el Señor de acercarle almas consagradas a la adoración del Santísimo Sacramento, almas víctimas que reparasen los pecados de los hombres, etc.

»Entonces me ofrecí como él sabe y le dije: “¡Señor mío y Dios mío, si me das vida, yo cumpliré tus encargos y trabajaré por seguiros como los preladados me lo indiquen, sin ser yo la que escoja el lugar, ni orden de las cosas. ¡Fíat! Cumpliré vuestra voluntad santísima hasta que me digas: ¡Basta!”»¹¹⁸

Este fue otro de los grandes mensajes o inspiraciones que la madre Trinidad recibió del Señor y tuvo muy presente en toda su vida, como añade seguidamente: *«Y hasta hoy voy como los ciegos, cogida a la mano de mis preladados, voy por donde Dios nuestro Señor me va señalando el camino. Pasé el mar de persecuciones en España durante los veinte años que salí de mí misma y me entregué a él para siempre».*¹¹⁹

Después de la enfermedad quedó tan débil que los médicos juzgaron y dieron informe de que la madre Trinidad, dado su estado físico, no debía continuar como abadesa. De la misma opinión era su confesor, que por estas razones le había mandado presentar la renuncia, como de hecho lo hizo cuando le faltaba algo menos de un año para cumplir el mandato y el señor Arzobispo se la concedió.

Las nuevas abadesas en el convento de San Antón

Las monjas de San Antón se reunieron para elegir abadesa el 9 de noviembre de 1915. Fue electa la madre María Josefa de San Luis Ruiz Fuentes, que era la que más se oponía a la madre Trinidad por creer que la reforma ponía en peligro la estricta observancia de la Regla y las tradiciones que se guardaban en el convento.

Esta Abadesa, desde el comienzo de su mandato, postergó a la madre Trinidad: no la consultaba, no la dio ningún cargo e incluso la prohibió ejercer los que le correspondían como exabadesa; la humillaba y calumniaba diciendo a las religiosas y a los que acudían al convento que todo lo que había hecho la madre Trinidad estaba mal y contra los derechos del convento y de las monjas; llegó hasta querer expulsarla y buscó medios para ello.

Estos menosprecios, humillaciones y calumnias no desalentaron a la madre Trinidad. Ella todo lo sufría con amor a Cristo, y en su alma había alegría y paz, se encontraba feliz en esta situación, que aceptaba como una permisión de Dios para que ella purgase sus culpas y ofreciese estos sufrimientos como víctima al pie de la cruz para reparar las ofensas cometidas contra Jesús sacramentado.

La actitud de la Abadesa empezó a disgustar a la mayoría de las monjas, que comprendían que el modo de tratar a la madre Trinidad era injusto y muy falto de caridad. Los bienhechores del convento, que en gran parte lo eran por la madre Trinidad, al enterarse de lo que pasaba, retiraban sus donativos. La situación llegó a tal estado que las monjas acudieron al señor Arzobispo para que destituyese a la madre abadesa. Y el señor Arzobispo, después de valorar la gravedad del problema, le hizo presentar la renuncia cuando solo llevaba siete meses en el cargo.

¹¹⁸ Cuad. 14, Escr. 5, pp. 119-120. Cf. Cuad. 1, Escr. 1, p. 78; Cuad. 24, Escr. 6, p. 160.

¹¹⁹ Cuad. 14, Escr. 5, p. 120.

Por esta causa la comunidad se reunió el 6 de julio de 1916 y eligieron para abadesa a la madre Aurora de Jesús Durán, quien, aunque no era partidaria de la reforma, se sirvió para su gobierno de la experiencia y de los consejos de la madre Trinidad.

Nueva llamada para la adoración

Cuando la madre Trinidad creía que el Señor ya no quería la reforma y la adoración por el fracaso referido y sufría por ello, si bien lo aceptaba, el Señor nuevamente vino a ella. Era el 6 de febrero de 1916, se encontraba en oración ante el Santísimo, que estaba expuesto por celebrarse en el convento el jubileo circular, sintió una llamada de Dios que vino a decirle que el mandato que había recibido anteriormente seguía en pie, pero que no se haría en San Antón, sino en otro convento.

*«El 6 de febrero de 1916 –dice la madre Trinidad refiriéndose a ella–, esta religiosa sufría la mayor prueba de su Superiora, que la quería expulsar del convento por horribles calumnias. Ella se sentía morir bajo el peso de las tribulaciones y de la enfermedad, el demonio la probó queriéndola ahogar. Había jubileo circular en su iglesia y ella permanecía medio muerta en la adorable presencia de Jesús, y de la una a dos de la tarde, en la tribuna que da a la capilla de san José, quedó privada de sentido por unos minutos y vio claramente cómo el Señor la conducía por una senda escabrosísima a un campo espacioso en el que se levantaba un trono de adoración, rodeado de una comunidad capuchina, como ella manifestó a su confesor, convencida ser revelación de Dios que no era en aquel convento donde el Señor quería la adoración, sino en aquel donde le mostraba, siendo consagrado a su madre la Santísima Virgen. Cuando volvió de aquella suspensión, se encontró en vísperas, sin saber cómo ni quién la colocó en el coro. Se rezaba de feria II (pues era lunes) y en el salmo 115, v. 16, “O Domine, quia ego servus tuus”, quedó otra vez en la misma forma, entendiendo que Dios le pedía el sacrificio de dejar aquella su comunidad que tanto amaba, para que fundase un convento que le hiciera voto de adoración por la consagración que hizo al ingresar en aquel convento, a su dolorida Madre, a la que tomó por su misma madre y de la que recibió singulares favores. ¿Cómo...? Le fue oculto por entonces, que todo era obscuridad y tinieblas, solo descansaba en el corazón de la Purísima Madre».*¹²⁰

Poco tiempo después surgió la posibilidad de una fundación de capuchinas adoradoras del Santísimo Sacramento, que doña Rosario Solís de Pérez de Herrasti, condesa de Padul quería hacer en el convento de San Francisco de la Alhambra o en un palacio de la Cuesta de Gómez, en Granada, para la madre Trinidad¹²¹.

La propuesta era halagüeña y todo parecía que había llegado el momento de la implantación de la adoración. La Condesa correría en esta fundación con todos los gastos de la obra y dejaba pingües rentas para el sustento de veinticinco monjas. Don Juan Cuenca, confesor de la madre Trinidad, acogió la propuesta de esta fundación con entusiasmo y se entregó a la negociación para que legal y materialmente todo quedase a punto.

La alegría de esta propuesta pronto se difuminó. La madre Trinidad dice¹²² que le pareció ver a san Francisco que la reprendía por aceptar una fundación con tanto boato y riqueza y que impediría se llevase a cabo.

La madre Trinidad no quería dar crédito a esto y le parecía una chifladura suya. Mas, estando en esto, llegó don Juan Cuenca a comunicarle que la fundación no se haría. Había

¹²⁰ Cuad. 4, Escr. 2, p.95; Cf. Cuad. 1, Escr. 1, p.74; Cuad. 6, Escr. 3, p. 82.

¹²¹ Cuad. 1, Escr. 1, pp. 81-82.

¹²² Cuad. 1, Escr. 1, p. 82.

surgido una dificultad: el Sr. Arzobispo, escuchando a las monjas de San Antón, dijo a los Sres. Condes que a la fundación no iría la madre Trinidad, y éstos no lo aceptaron y se limitaron con entregar 25.000 pesetas para la fundación que se hiciese.

Así quedó frustrada esta fundación y con ello rotas de nuevo todas las esperanzas sobre la reforma y la adoración.

De nuevo abadesa en el convento de San Antón

Terminó el mandato de abadesa la madre Aurora de Jesús Durán y fue elegida, el 16 de julio de 1919¹²³, la madre Trinidad. Era la tercera vez que la ponían al frente de este cargo. Aceptó, dice, las cargas de la prelación a ruegos del capellán y confesor ordinario, pensando en obrar con amor y caridad por santificarse y por ayudar a santificarse a las monjas. Y añade: «*el Señor me hizo sentir grandes mercedes y gracias que me unían íntimamente más a su adorable Corazón con la sagrada Eucaristía*».¹²⁴

Esta unión era la constante permanente en la vida de la madre Trinidad, que se acentuaba con motivo de cualquier acontecimiento. Así, con esta elección sintió como una nueva llamada que le hacía entender que Jesús quería la adoración y se dio con un nuevo impulso a la oración, disponiéndose a no escatimar esfuerzo en cumplir la voluntad divina. Esto lo deja manifiesto en una nota que escribió al terminar la lectura de las calendas del día 23 de diciembre de 1920 y que depositó, según acostumbraba, en las pajas del pesebre a las 12 de la noche del día 24, que dice:

«¡Jesucristo vida de mi alma, mi sumo y único bien, vuestra es esta poca nada que vos criasteis!... Y vos solo sois el todo de mi alma que se consume en deseos de amaros más y ser de todos servido y glorificado... Busco vuestra gloria con ansias de amor y muchas almas que os conozcan y a vos solo amen. Pero si este deseo de mi corazón no os agrada, quitármelos vos y dirigirme vos mismo por el camino de la perfecta unión con vuestra adorabilísima voluntad, que busco como el ciervo herido la fuente de agua para saciar su sed.

*»Bien conocéis, Señor, cuánto os amo, a pesar que tanto os ofendí... pero desde que vuestra bondad hirió mi corazón, no quiero otra cosa que amaros... y llevar muchas almas a vos, aunque para ello os haya desagradado alguna vez con mi rudeza y falta de entendimiento. Pero de tal manera me siento unida a vos, que no quiero más que lo que vos queráis, ni más salud, ni enfermedad, ni gozar, ni sufrir... Pero que viniendo vos, Señor, que sois mi Padre, vida de mi alma, el mejor de todos los padres, todo lo recibiré como los más ricos dones y dulces caricias de vuestra infinita misericordia, que tantas veces me libró del infierno y de la muerte. ¡Hiriéndome me sanasteis, Señor! y con la cercana muerte me disteis la vida que tengo que es vuestra, y gustosa os la ofrezco para que la recibáis, trabajando aquí por vos, o muriendo en vuestros paternales brazos para unirme siempre a vos Dios mío, para ser siempre vuestra, cumpliendo en todo vuestro divino querer, incluso en no ver realizados aquí los deseos de vuestra adoración, haciéndoos voto de no querer más que el vuestro. ¡Dios mío ayúdame! Así sea».*¹²⁵

Este desbordamiento interior trascendía y animaba a las monjas, a los sacerdotes y seglares que esperaban el momento de la implantación de la adoración. A su favor contaba también con fervorosas vocaciones que habían entrado en San Antón buscando la sombra

¹²³ La M. Trinidad en el Cuad. 4, Escr. 2, p. 96, pone como fecha de la elección el 16 de julio de 1920. Este año ciertamente está confundido, pues consta en el libro de “Libro de elección y confirmación de abadesas” de San Antón que fue en 1919.

¹²⁴ Cuad. 1, Escr. 1, p.84.

¹²⁵ Cuad. 41.

de la madre Trinidad y dispuestas a integrarse en la reforma y la adoración perpetua a Jesús sacramentado donde y cuando llegase el momento. Entre estas vocaciones se encontraban dos de sus sobrinas, sor Esperanza del Santísimo Sacramento y sor Inés del Niño Jesús.

El 9 de diciembre de 1920 moría en Granada monseñor José Meseguer Costa sin que durante su episcopado se hubiese podido establecer la adoración en San Antón o en otro convento, y esto a pesar del interés que mostró para ello. Su sucesor monseñor Vicente Casanova y Marzol, sería quien aprobaría las pretensiones de la madre Trinidad.

El Arzobispo aprueba la adoración perpetua

Al enterarse la madre Trinidad que el obispo de Almería, don Vicente Casanova y Mazol, había sido nombrado Arzobispo de Granada el 7 de marzo de 1921, renació en ella la esperanza de que el momento de la reforma y de la implantación de la adoración había llegado. Tenía motivos suficientes para pensarlo, pues, como se dijo antes, había manifestado que don Vicente les daría la adoración, y esto lo había dicho en 1905, cuando era un párroco de Madrid y no se hablaba de él para obispo y menos para arzobispo de Granada.

A esto se añadía que entre los sacerdotes que la animaban y ayudaban se encontraban don Ricardo Pérez Recha, párroco en Almería y muy allegado al preconizado Arzobispo que lo llevó con él a Granada, y el administrador apostólico en sede vacante de Granada, don Jesús María Reyes. Estos dos sacerdotes anteriormente se habían comprometido a ayudarla y así lo venían haciendo con anterioridad a este nombramiento.

Animada con estas valiosas ayudas y con mucha confianza y fe en el Señor, nada más enterarse de la elección, tomó contacto con el señor Arzobispo y le pidió la reforma y la implantación de la adoración. El preconizado Arzobispo *«le contestó afablemente que cuando viniese a Granada y conociera bien el asunto le concedería lo que pedía»*.¹²⁶

Don Vicente Casanova tomó posesión de la archidiócesis de Granada el 1 de diciembre de 1921. Muy pronto visitó el convento y estimuló a la madre Trinidad a seguir trabajando para lograr que las capuchinas de San Antón aceptasen la adoración.

Pero las dificultades surgieron nuevamente porque las monjas de San Antón seguían pensando que la adoración permanente sería una carga pesada y difícil de sobrellevar, por lo que la madre Trinidad manifestó al señor Arzobispo que el espíritu de la comunidad era bueno y fervoroso pero que no quería innovaciones, y le rogó no tocarse allí la reforma por haber fracasado varios intentos y la estremecía turbase la paz sin conseguirlo.

El señor Arzobispo respondió a la madre Trinidad: *«No tema usted tanto a que se turben, la que se resista y oponga la echamos fuera [...] usted ayúdeme, y vamos a hacer unas capuchinas nuevas con la adoración al Santísimo Sacramento que usted desea, según tengo entendido de usted en varias cartas recibidas en Almería»*.¹²⁷

Cuando empezaron a trabajar sobre la reforma surgieron dificultades y algunas graves, por lo que el Sr. Arzobispo le dijo: *«Hija mía, no es voluntad de Dios se haga fundación por ahora. Vamos a hacer aquí lo que podamos y no piense en otra cosa; ofrezca todos sus deseos al Señor con entero entregamiento de su voluntad en la del Señor, no queriendo otra cosa que su divino querer»*.¹²⁸

Una vez más quiso ver la madre Trinidad que Dios no quería la reforma, y así también se lo decía su confesor que le mandó no se preocupase de fundación ni hablase de ella. Lo mismo le venían a decir los sacerdotes y religiosos a quienes consultaba; y don Ricardo

¹²⁶ Cuad. 1, Escr. 1, p. 76; cf. Cuad. 4, Escr. 2, p. 98.

¹²⁷ Cuad. 24.

¹²⁸ Cuad. 1, Escr. 1, p.78.

Pérez Recha, que tanto la venía ayudando desde que llegó con el Arzobispo a Granada, le dijo: «*Madre no es voluntad del Señor cuando el Prelado lo prohíbe, no piense usted más en ella, la adoración que usted desea no la quiere el Señor por ahora*». ¹²⁹

Sumida en este dolor, se entregó al Señor diciéndole: fiat... Y el Señor vino a ella el 23 de octubre de 1923, estando el Santísimo expuesto por celebrarse el jubileo circular, y se le presentó –dice– «*en la cruz desgarrado y lleno de sangre y heridas y me dijo con acento de dolor y amorosa queja: “Y ni mi sangre te mueve a compasión... Tú que tanta me has hecho derramar con tus infidelidades y pecados... ven y bebe en mis llagas... y con esta sangre escribe al Prelado, que él entenderá mi voluntad, es el escogido por mi Corazón para llevar a cabo lo que te vengo pidiendo tantos años: quiero conventos de capuchinas adoradoras que uniendo la oración y adoración a la penitencia y vida de abstracción y recogimiento se consagren a la continua adoración de mi amor sacramentado abandonado en el tabernáculo. ¡Tengo sed de almas!... No cierres la puerta a cuantas soliciten vivir esta vida con verdadero espíritu y amor. Yo seré vuestra custodia y amparo. No temas, yo estaré contigo, siempre que tú perseveres unida a mi voluntad y abismada en el conocimiento de tu nada y a mí solo atribuyas todo lo bueno y grande que quiero hacer con vosotras desde el momento que os consagréis a reparar y adorarme en la sagrada Eucaristía en espíritu de víctimas con verdadero amor y sacrificio voluntario de abnegación”*».

«*Salí –sigue diciendo– decidida a escribir al señor Arzobispo lo que me pareció quería el Señor manifestado tantas veces y de tan distintas maneras, pero aquel día me comunicó un valor y decisión, que sin consultar a nadie quería hacerle una manifestación humilde y sencilla al señor Arzobispo, segura que él me haría ver la voluntad de Dios; y si todo era ilusión me resignaría a obedecer sin volver a ocuparme más de adoración ni en el convento ni en fundaciones*». ¹³⁰

Escribió la carta y cuando se la daba a don Ricardo Pérez Recha para que la transmitiese al señor Arzobispo, éste se presentó y se ofreció a ayudarle en sus deseos siempre que conociera en ellos la voluntad de Dios y le dijo: «*No es necesario me dé la carta ya he contestado a ella. Ahora usted escriba las Constituciones que le parezca debe abrazar la comunidad, caso que veamos se puede implantar aquí la adoración, y yo las estudiaré*». ¹³¹

Obedeciendo lo mandado, la madre Trinidad escribió las Constituciones, o mejor dicho, las adiciones a las Constituciones en orden a la reforma capuchina con la implantación de la adoración perpetua. Pocos días después el señor Arzobispo le ordenó le enviara una solicitud pidiendo a Roma la adoración. Con esto volvió una vez más la inquietud a algunas monjas que no querían esta carga, y todo quedó en suspenso. ¹³²

Por fin, el señor Arzobispo determinó que la adoración se implantaría en una nueva fundación, en la ermita de la Virgen de los Dolores, vulgarmente llamada del Espino o Pincho, de Chauchina. Para iniciar las obras del futuro convento contaba con la cantidad de 10.000 pesetas que le habían entregado don Antonio Martínez Vitoria y su esposa doña Juana Vargas ¹³³, quienes después serían los grandes benefactores de este humilde y primer convento fundado por la madre Trinidad. A esta cantidad inicial se añadieron las 25.000 pesetas que había dejado la condesa de Padul con la finalidad de que se empleasen en una fundación ¹³⁴ y otros donativos que fueron llegando.

¹²⁹ Cuad. 4, Escr. 2, p. 99.

¹³⁰ Cuad. 1, Escr. 1, pp. 78-79; cf. cuad. 4, Escr. 2, p. 99.

¹³¹ Cuad. 1, Escr. 1, p. 80; cf. cuad. 4, Escr. 2, p. 99.

¹³² Cf. Cuad. 1, Escr. 1, p. 81.

¹³³ Cf. Cuad. 4, Escr. 2, pp. 99-100; Cuad. 1, pp. 86-88.

¹³⁴ Cf. Cuad. 4, Escr. 2, pp. 101; Cuad. 1, Escr. 1, pp. 81-82.

III. PRIMERAS FUNDACIONES (1925-1933)

Fundación en Chauchina

Una vez que el Arzobispo de Granada tomó la decisión de que la fundación se haría en Chauchina, mandó a la madre Trinidad elevar las preces a Roma: «*Terminados los santos ejercicios el 8 de septiembre del año 1922, se presentó el señor Arzobispo al locutorio, llamó a la madre Abadesa que le entregó las segundas Constituciones (adiciones) y después de darle cuenta de conciencia, dijo: "Haga usted las preces para la fundación en Chauchina y no lleve usted viejas, sino jóvenes, de mejor espíritu"*». ¹³⁵

La madre Trinidad, como abadesa de las capuchinas de Jesús y María de Granada, San Antón, pidió a Roma que seis u ocho religiosas pudiesen trasladarse a una casa que le ofrecían en Chauchina para formar una comunidad de capuchinas. La Sagrada Congregación de Religiosos por rescripto del 2 de diciembre de 1923 concedió que se pudiesen trasladar las religiosas pedidas por un periodo de tres años, y pasado este tiempo pudiesen volver o quedarse definitivamente en el nuevo convento. El Arzobispo de Granada ejecutó este rescripto con fecha 27 de dicho mes y año.

Poco antes de enviar las preces a Roma la madre Trinidad rogó a don José Alonso, coadjutor de Santa Escolástica, que era un entusiasta de las obras eucarísticas, le comprase 15 marjales ¹³⁶ de terreno junto a la ermita de Nuestra Señora de los Dolores, vulgarmente llamada del Espino o Pincho, para empezar la edificación del nuevo convento ¹³⁷.

Una vez enviadas las preces a Roma empezaron los preparativos para la edificación del convento en Chauchina. Don Juan Cuenca corrió con las gestiones; los esposos don Antonio Martínez Victoria y doña Juana Vargas fueron los mecenas. Después de estos preparativos y ya recibido el permiso de fundación, el Arzobispo bendijo la primera piedra el 24 de abril de 1924, fiesta de san Fidel de Sigmaringa, y «*el 3 de mayo de ese año empezaron las obras bajo la dirección de don José López Muñoz con arreglo a los planos del ingeniero y fundador señor don Antonio Martínez Victoria*» ¹³⁸.

Según iban avanzando las obras pensaron que el número de monjas para formar el nuevo convento eran insuficiente y por ello la madre Trinidad pidió cuatro monjas más. Roma concedió esta ampliación por rescripto del 2 de diciembre de 1924 y el Arzobispo lo ejecutó el 27 de dicho mes y año ¹³⁹.

Por el mes de marzo de 1925 estaba ya terminada la construcción de la iglesia y una parte del convento, suficiente para establecer una pequeña comunidad de unas dieciocho monjas con sus celdas, dormitorio, coro, refectorio, cocina, torno, locutorio y confesonario. Las monjas pedían el traslado a Chauchina y la inauguración del convento para las fiestas de san José, pero el Arzobispo les dijo que para octubre. Así quedaron las cosas, cuando el Viernes Santo, que ese año cayó el 10 de abril, se presentó inesperadamente a las cinco de la tarde en San Antón el señor Arzobispo, quien acababa de ser nombrado Cardenal el 30 de marzo de ese año, acompañado de su Provisor, entró en la clausura y leyó a la comunidad los rescriptos de Roma y el oficio firmado por las doce monjas escogidas de entre las que se habían ofrecido voluntariamente para la nueva fundación.

Seguidamente dirigiéndose el Arzobispo a las monjas «*las exhortó a la caridad y unión que debía reinar entre las dos comunidades, dándoles a las que salían sus ropas y todo lo*

¹³⁵ Cuad. 24.

¹³⁶ El marjal es una medida agraria equivalente a 100 estadales granadinos o cinco áreas y 25 centiáreas.

¹³⁷ Cf. Cuad. 4, Escr. 2, p. 102.

¹³⁸ Cuad. 4, Escr. 2, p. 103.

¹³⁹ De este Rescripto como del anterior hay fotocopia en el Archivo de la Causa de Canonización.

necesario como buenas hermanas; recibió la renuncia de la Abadesa, diciéndole, entregase las llaves y cuentas a la Vicaría, que desde aquel momento quedaba de Presidenta, y las aconsejó mucho se ayudaran mutuamente, viendo en la nueva fundación una gracia singularísima del Señor que manifestaba cuánto le agradaba aquella comunidad cuando de ella sacaba una fundación con tan altos fines, en unos tiempos tan indiferentes y relajados, y dispuso que al día siguiente a las tres de la tarde, Sábado de Gloria 11 de abril de 1925, fuese el señor Provisor y don Ricardo Pérez (con otras dos señoras, tías de don José López Muñoz) con un auto, a acompañar a las religiosas a Chauchina, procurando avisar al señor Cura de Chauchina para que lo prepararan todo para el Sábado Santo a las cinco de la tarde, encargándole al señor Provisor preparara comida y cuanto necesitaran en la despensa para que quince días comiesen por su cuenta, y bendiciéndolas a todas y lleno de bondad se despidió hasta el siguiente día».¹⁴⁰

El día 11 por la mañana dejaron las monjas todo preparado para la partida. «Amaneció – dice la madre Trinidad– el Sábado Santo, 11 de abril, preparando las camas y ropas, entre lágrimas y penas se despedían unas con cariños y otras con amenazas, ¡un día de grande angustia! El Señor alentaba el corazón para el gran sacrificio, había que separarse de unas hermanas que nos recibieron y educaron, otras que recibimos y ayudamos, una iglesia hermosísima de continuos y hermosos cultos, un convento lleno de todo, acomodado y edificante, besábamos sus muros y parece se abrían para escondernos de nuevo, la continua reflexión que nos hacían: “Se van a un pueblo donde no las quieren, a una casita que no caben, sin acabar, a morir de hambre y de aburrición...” Cuando tantas calamidades nos anunciaban parecía veíamos a la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulcísima y adorada madre, que abriendo su manto nos acogía a todas diciéndonos: “No temáis, yo seré vuestra madre y amparo”. ¡Qué valor y ánimos nos daba esta fe en nuestras almas, dispuestas a mil martirios, por seguir la fuerte inspiración de la gracia!»¹⁴¹

A la hora señalada llegaron a San Antón el señor Provisor, don Juan Villar, don Ricardo Pérez Recha y don Antonio Martínez Victoria para realizar el traslado. También acudieron doña Ángeles y doña Josefa Muñoz, tías del capellán de San Bernardo, que habían sido designadas para acompañar a las monjas.

En estos momentos del traslado y entrada de las monjas en Chauchina se notaba la ausencia de don Juan Cuenca, el canónigo granadino que tanto empeño puso para la fundación. Se encontraba enfermo y por ello imposibilitado para la participación de estos memorables actos.

Al abrirse la puerta de San Antón para la salida, la madre Trinidad mandó a las once monjas que la acompañaban a la nueva fundación, se hincasen de rodillas ante la madre Presidenta y pidió a ésta les diese la bendición¹⁴².

Poco después de la llegada a Chauchina llegó el señor Cardenal y les puso la clausura.

El documento oficial de este acontecimiento fue inserto en los libros de nombramiento de abadesas de ambos conventos y fue firmado por el señor Arzobispo Cardenal en ambos libros.

«El día once del mes de abril del año de mil novecientos veinticinco en virtud de dos Rescriptos de la Santa Sede expedidos por la Sagrada Congregación de Religiosos, el primero con fecha dos de diciembre de mil novecientos veintitrés y el segundo el día dos de diciembre de mil novecientos veinticuatro, con el fin de hacer una nueva fundación religiosa en el pueblo de Chauchina de esta Archidiócesis de Granada fueron trasladadas de este convento las religiosas que a continuación se expresan: Rvda. Madre Sor Trinidad

¹⁴⁰ Cuad. 4, Escr. 2, p.105.

¹⁴¹ Cuad. 4, Escr. 2, p.106-

¹⁴² Cuad. 4, Escr. 2, p.107.

del Corazón de María; Sor Patrocinio de San José; Sor Concepción de la Santa Cruz; Sor María del Sagrado Corazón; Sor María Luisa de la Ascensión; Sor Jacoba de San José; Sor Esperanza del Santísimo Sacramento; Sor María Paz del Santísimo Rosario; Sor Inés del Niño Jesús; Sor Ana María; Sor Sacramento; Sor Adoración de la Preciosa Sangre.- Y para que conste la firma su Emcia. Rvma. en Granada a once de abril de mil novecientos veinticinco, de que yo el Secretario certifico.- + Vicente Cardenal Casanova Marzol, Arzobispo de Granada.- D. Pedro Casanova, Secretario».¹⁴³

La madre Trinidad organizó inmediatamente la vida comunitaria en el nuevo convento y empezó a recibir a las jóvenes que estaban esperando la fundación para ingresar en la vida religiosa. Así en la primera semana entraron ya cuatro postulantes, por lo que se imponía que cuanto antes se regulase la vida comunitaria con madre abadesa al frente de ellas. Con esta finalidad el cardenal Casanova dispuso que las monjas procedieran a la elección de madre abadesa el 23 de mayo, lo que se hizo, según consta en el acta, de la forma siguiente:

«En el pueblo de Chauchina, el día veintitrés del mes de mayo del año mil novecientos veinticinco el Emmo. Sr. Cardenal D. Vicente Casanova y Marzol Arzobispo de Granada, acompañado del Ilmo. Sr. D. Juan Villar Sanz Provisor y Vicario General del Arzobispado, se personó en la iglesia del convento de religiosas capuchinas de este pueblo de Chauchina, y después de breve oración ante el Sagrario, su Emcia. Rma. ocupó el sitial al efecto preparado ante la reja del coro bajo, procedió a la elección de la primera Abadesa de esta comunidad recayendo la elección por unanimidad de votos en la muy Rvda. Madre Sor Trinidad del Corazón de María Carreras Hitos, la que fue canónicamente confirmada por su Emcia. Rvma. haciéndole entrega de la Regla, sello y llaves de la clausura. Cantándose seguidamente el Te Deum, prestando, mientras tanto, la comunidad a la nueva Abadesa la debida obediencia, terminándose con las preces y oraciones de Ritual.- Y no habiendo otra cosa que hacer se dio por terminado el acto levantándose la presente acta que firma Su Emcia. Rvma., de que certifico.- + Vicente Cardenal Casanova Marzol, Arzobispo de Granada.- D. Juan Mar».¹⁴⁴

Concluido el primer trienio de abadesa, la comunidad la reeligió, el 1 de junio de 1928 para un nuevo trienio, el cual no terminó por ser mandada por el cardenal Casanova a abrir un nuevo convento en el santuario de Nuestra Señora de Gádor (Berja-Almería) el 22 de septiembre de 1930.

Con las buenas perspectivas que iba tomando la comunidad de Chauchina se emprendió pronto la reforma capuchina pretendida. La Regla de Santa Clara en la mas estricta observancia era el ideal de la vida emprendida. Esta referencia estimulaba a las monjas al ejercicio de la caridad fraterna, al esmero en la oración del Oficio divino, al trabajo, a las penitencias conventuales y a una oración personal muy entregada a Dios y a la Virgen bajo la advocación de los Dolores, en cuya ermita estaban acogidas. Este sincero género de vida atraía a muchos que acudían en busca de oraciones y consuelo espiritual, y que en agradecimiento dejaban sus donativos. Entre los que acudían no faltaban jóvenes señoritas que sintiendo vocación religiosa se enamoraban de este austero género de vida y pedían su entrada.

Siguiendo el plan trazado, e impulsado y controlado por el cardenal Casanova y Marzol, el 8 de diciembre de 1925 las monjas cambiaron el hábito gris que vestían, por el pardo o castaño con cordón blanco usado por los padres capuchinos¹⁴⁵. La adoración perpetua era

¹⁴³ Libro de elecciones y confirmación de MM. Abadesas de San Antón y de Chauchina; el de San Antón sin paginar y el de Chauchina en la p. 3. De los dos rescriptos a que se hace referencia se encuentra copia en el Archivo de la Causa de Canonización.

¹⁴⁴ Libro de elecciones de Abadesa del convento de Chauchina, p. 4-5.

¹⁴⁵ Cuad. 4, Escr. 2, p.119-120.

básica para la fundación y la madre Trinidad elevó las preces a Roma. La Sagrada Congregación de Religiosos respondió concediendo la adoración por rescripto del 10 de mayo de 1926 y el señor Cardenal lo ejecutó el 22 de dicho mes y año en los siguientes términos:

*«En virtud de las facultades que se Nos conceden por el precedente rescripto de la Sagrada Congregación de Religiosos n.º. 70/26, por el tenor de las presentes venimos en conceder nuestra licencia y autorización a la Comunidad de Religiosas de Chauchina, para que puedan establecer en su Iglesia la adoración solemne y diurna del Santísimo Sacramento, por tiempo de cinco años; al tenor de las preces elevadas por dicha Comunidad a la Santa Sede».*¹⁴⁶

Y las Constituciones fueron aprobadas por rescripto de 12 de julio de 1927 por la Sagrada Congregación de Religiosos, como experimento por siete años. y ampliado el plazo por cuatro años más, esto es, hasta el 12 de julio de 1936, por rescripto del 6 de marzo de 1934.

Proyecto de enseñanza

El arzobispo de Granada, don Vicente Casanova y Marzol, propuso a la madre Trinidad que las monjas en el convento que iban a fundar en Chauchina se tendrían que ocupar también de la educación de niñas. Esta tarea era entonces una necesidad para que las niñas que carecían de recursos, y esto de manera especial en los pueblos pequeños como era el de Chauchina, tuviesen oportunidad de acercarse a una formación humana y cristiana. Esto no era algo nuevo para las monjas de clausura, pues algunos conventos ya tenían sus pequeños colegios y de algunos de ellos, dado el éxito que alcanzaron, pasaron a ser o se transformaron en una congregación de enseñanza.

Esto no era bien visto por algunos padres capuchinos y franciscanos, como lo muestra la respuesta a la consulta que hace la madre Trinidad al padre Antonio Martín, O.F.M., vicario general, que lleva fecha del 18 de junio de 1923: *«Madre: mi opinión es que no acepten fundación alguna con obligación de enseñar a niñas, o sea de tener colegio. A parte de que les costaría mucho conseguirlo de Roma, les traería gravísimos inconvenientes, como enseña la experiencia. Bastante lo sienten, en general, las monjitas que tienen colegios si son de clausura.*

»Por otra parte, ya que las pobres capuchinas no tienen colegios en España, sería una nota algo discordante, fundar una comunidad de clausura con enseñanza.

*»Este es mi parecer ingenuo, sencillo, leal y fraternal; no obstante, ustedes hagan lo que mejor les parezca y Dios nuestro Señor las inspire».*¹⁴⁷

Pero a pesar de esta autorizada opinión y otras por el estilo, la madre Trinidad recibió con espíritu de obediencia este mandato de su prelado y lo aceptó como venido y querido de Dios:

«Allí se nos exige algo de enseñanza, y nos llenamos de miedo. ¡Las capuchinas del desierto de penitencia, salir ahora a enseñar la doctrina de tu ley... cuando nunca hubo mayor deseo de morir escondida! Pero... ¡hemos oído, Señor mío, la voz de la obediencia, imitando a tu Precursor, después de vivir en el desierto, vino a anunciar a las naciones tu venida y preparar tus caminos con la penitencia!

»¡Tú dirás, Maestro divino, el camino que deben seguir tus víctimas formadas en el desierto de penitencia tantos años... y solo saben seguirte amándote... hasta querer

¹⁴⁶ Copia en el Archivo de la Causa de Canonización.

¹⁴⁷ Carta original en el Archivo de la Causa.

*consumirse en el divino fuego de la Eucaristía e inmolarsé allí junto a ti, Hostia Santa, vida y fortaleza de mi alma!»*¹⁴⁸

Y suplica al Señor: «*Concédenos llevar a vuestra santa ley las almas de los niños que por obediencia nos encomienden, que el fuego de vuestro espíritu caldee sus corazones, alumbre sus inteligencias, y legiones de almas te conozcan, amen y sirvan, y vayan a ti a beber en abundancia la vida verdadera de tu santo amor, que les lleve a la bienaventuranza...*»¹⁴⁹

Dentro del espíritu de obediencia, la madre Trinidad elaboró un proyecto de colegio para Chauchina en el que intenta aunar la vida contemplativa con la enseñanza, evitando que ésta fuese en detrimento o menoscabo de aquella¹⁵⁰. Este proyecto viene a ser un reflejo de lo que ella vivió en las clarisas de Santa Inés de Granada.

No hay constancia de que este proyecto se llevase a la práctica en Chauchina. Parece que la marcha que tomó esta fundación no dio lugar para ello, como tampoco después en los primeros años de la fundación de Gádor (Berja). Además, la muerte inesperada del cardenal Casanova y Marzol el 12 octubre de 1930, junto con los acontecimientos políticos que poco después sucedieron, llevó al olvido esta posible ocupación de las monjas, al menos por el momento.

Fundación en Berja

Tan rápidamente progresó la fundación de Chauchina que al poco tiempo no cabían en sus muros las vocaciones que llegaban. De aquí que el cardenal Casanova pensase en abrir otro convento. «*La obra iba adelante –dice la madre Trinidad– y las vocaciones se aumentaban, y cuando hizo el número de 30, S. E. R. nos dijo: “Hay que buscar un nuevo palomar, un santuario de Nuestra Señora. La Santísima Virgen se ve las quiere y las prefiere, y ya me han pedido vayan a otro, ya las vendrán a buscar; mi permiso lo tienen si les conviene las proposiciones que le hará un señor Canónigo, me lo dicen”. La Abadesa le puso dificultades de parecerle pronto aquella salida, estaban en formación y temía separarlas, pero S. E. R. insistió: “Tienen ustedes por madre a la Madre de Dios y cuidará de su obra. Tenga fe que ellas seguirán a usted siempre”*».¹⁵¹

Esto ocurría en las Navidades de 1929 y el 19 de enero de 1930 llegó a Chauchina don Francisco González, canónigo magistral de Granada, a comunicar a la madre Trinidad que había hablado con el señor Cardenal para que fuesen a fundar en el santuario de Nuestra Señora de Gádor, a unos dos kilómetros de Berja (Almería).

Para esta fundación el señor Nuncio de S. S. en España dio rescripto el 3 de febrero de 1930 que fue ejecutado por el cardenal Casanova el 13 de dicho mes¹⁵².

Las obras del convento de Gádor se hicieron con rapidez. Las sufragó la vizcondesa de Termens, colaborando también el pueblo de Berja, que quería honrar a su patrona restaurando el antiguo convento de mínimas, del que solo se conservaban los muros.

Aunque no estaba concluida la restauración en su totalidad, sí estaba habitable el convento para poder acoger a catorce monjas, que se trasladaron el 22 de septiembre de 1930 desde Chauchina; al frente de estas monjas iba la madre Trinidad¹⁵³.

Dos días después, fiesta de la Virgen de la Merced, el cardenal Casanova y Marzol inauguró el convento e impuso la clausura. En la inauguración el señor Cardenal ofició de

¹⁴⁸ Cuad. 2, Escr. 2, p. 16.

¹⁴⁹ Cuad. 2, Escr. 2, p. 15.

¹⁵⁰ Cf. Cuad. 2, Escr. 2, pp. 15-26.

¹⁵¹ Cuad. 3, Escr. 2, pp. 70-71.

¹⁵² Cuad. 27, Escr. 7, p. 18.

¹⁵³ Cf. Cuad. 34.

pontifical y dirigiéndose al pueblo que había acudido les dijo: «*Os he traído lo mejor de lo mejor de mi Diócesis, para que os atraigan del cielo las bendiciones de Dios*»¹⁵⁴; y a las monjas: «*Cuando este convento esté lleno, iremos a otra parte*»¹⁵⁵.

Esta fue la última actuación y la última ayuda que el cardenal y arzobispo de Granada don Vicente Casanova y Marzol pudo prestar a la naciente fundación de la madre Trinidad. Poco después, durante un viaje a Roma, murió en Zaragoza el 12 de octubre de 1930. Uno de los asuntos que llevaba a Roma en este viaje era el presentar personalmente las nuevas Constituciones de la fundación o reforma capuchina al Santo Padre para pedir su aprobación definitiva.

La madre Trinidad fue la primera abadesa de Berja y al parecer fue reelegida el 7 u 8 de noviembre de 1934, cuando estaba empeñada en la fundación de Braga, según se deduce de una carta de la madre Trinidad de 12 de noviembre de 1934 dirigida a don Luis Gómez¹⁵⁶.

Este convento, como el de Chauchina, pronto se vio lleno de monjas adoradoras del Santísimo Sacramento y con esperanza de abrir nuevos conventos entre los que había una propuesta para Santander y una petición para fundar en China que le hacía monseñor Teodoro Labrador Fraile, O.P., obispo titular de Fussala y vicario apostólico de Funing (China)¹⁵⁷.

¹⁵⁴ Cuad. 3, Escr. 2, pp. 70-71; cf. Cuad. 13, Escr. 4, p. 162.

¹⁵⁵ Cuad. 13, Escr. 4, p. 162.

¹⁵⁶ Las actas de las elecciones de Berja de esta época no se conservan, pues se perdieron con los demás documentos del convento en la Guerra Civil española de 1936.

¹⁵⁷ «*Me piden con mucho interés una Fundación de Capuchinas Eucarísticas para China. ¡Qué hacer cuando su S.S. me lo recomienda según el escrito que me envía monseñor Labrador, Obispo de Fussala, Vicario Apostólico de Funing-China!*», M. Trinidad en carta a la Srta. Sofía Sánchez Alfambra del 4-12-1932.

IV. NUEVAS FUNDACIONES (1933-1949)

Problemas tras la proclamación de la II República española

Para comprender el rumbo que tomó la vida de la madre Trinidad y su Obra, al poco tiempo de la fundación de Gádor (Berja), conviene tener presente los acontecimientos históricos de la España de entonces que la condicionaron a emprender un camino que nunca había soñado.

Desde hacía un tiempo se palpaba en España un clima antirreligioso con algunos brotes de virulencia que estaban más o menos controlados por el Gobierno. Pero al llegar la Segunda República el 14 de abril de 1931 y la salida del Rey Alfonso XIII de España, comenzó una persecución a las instituciones eclesiásticas y a los católicos. Esta situación afectó de modo especial a los religiosos y religiosas. Comenzó para ellos un auténtico calvario, pues las chusmas revolucionarias marxistas y anticlericales los tomaron como presa fácil, e iniciaron con ellos sus desmanes incontrolables que estaban indirectamente apoyados por la pasividad del Gobierno republicano, que ni siquiera intentó ponerles freno.

El clima enrarecido por esta situación explotó en Madrid el 11 de mayo de 1931 con la quema de conventos y persecución de los religiosos. Estos hechos revolucionarios, respaldados por la frase de Azaña: *todos los conventos de Madrid no valen la vida de un republicano*, fue la clave para que al día siguiente los atropellos de Madrid se repitiesen en otros lugares de España.

Ante esta situación, la vida consagrada recibió un fuerte golpe. La amenaza era tan grande que muchos padres sacaron a sus hijos de los conventos cuando éstos no habían alcanzado la mayoría de edad; hubo religiosos y comunidades enteras que salieron de España para refugiarse en otras naciones. A las monjas de clausura los obispos le tenían aconsejado que no pusiesen dificultad a las que no teniendo votos perpetuos quisieran salir del convento; que por el momento no admitiesen a postulantes; que retrasasen los votos a las novicias; que a las profesas temporales al cumplir el periodo de los votos, los renovasen y no pasasen a los perpetuos, y que todas estuviesen preparadas con traje seglar para salir inmediatamente cuando recibiesen orden para ello. Eran estas medidas cautelares que la jerarquía tomaba en espera de ver el rumbo que tomase la grave situación política española para tomar otra decisión.

Esta situación afectó a las comunidades de Chauchina y de Berja, y especialmente a esta última, por contar con personal más joven.

Al convento de Berja llegaron muy pronto amenazas, que alarmaron a la comunidad. Hubo padres que se llevaron a sus hijas menores de edad, por lo que la comunidad que nacía floreciente de buenas vocaciones, que prometían, de la noche a la mañana se vio disminuida y con pocas esperanzas humanas de futuro.

En carta del 13 de mayo de 1931, da cuenta la madre Trinidad a su confesor y director espiritual, don Juan Cuenca, de lo que sucede en Berja, a la vez que le comunica sus ánimos y el propósito de seguir adelante en la brecha: *«Padre mío: Aquí hemos pasado un día amargo. Ayer en Berja unos borrachos dijeron venían a quemar el convento y santuario, y hoy el alcalde y varios señores han venido y nos aseguran no pasará nada; que el Cerrillo dijo anoche, que los que se atrevieran a acercarse a su Virgen que con la espiocha y las hoces mataba a los que vinieran. Sin embargo, los hermanos de sor Ángeles estaban a las ocho aquí con el auto a por ella. ¡Nos contaron horrores!... Y sor Ángeles no quería irse sola y se empeñó en llevarse a sor Luisa que estaba para morir de susto, y se marcharon las dos con todo el dolor de mi alma. Esta tarde viene la madre de sor Carmen a por ella, y mañana se irá con la de Dilar la de Monachil y la novicia de Chauchina. Las*

demás y una servidora no nos moveremos hasta ver incendiado el mundo; en estas montañas hay cuevas y cortijos, todos nos lo ofrecen con muy buena voluntad y no me voy aunque me quede sola, que no me quedo porque ninguna quiere irse. Pienso padre mío, que aquí estaremos más seguras en cualquier parte que ahí, esta gente es buena y saben que somos pobres. Quiero morir al pie de mi Virgen con el Santísimo Sacramento.

»Nos vestiremos de seglar, y estaremos preparadas a marchar al cortijo vecino caso de ver un peligro eminente. ¡Es tan hermoso morir con Cristo! Por mí no venga nadie, que no me marchó, procuraré salvar a las que se quieran ir con su familia, las dejo. Yo no me voy mientras no me lo mande el Prelado por obediencia, porque sé doy a usted gusto en ello.

»Le agradecería participe como pueda mi resolución a mi familia, a mis hijitas del alma que las tengo en mi corazón, especialmente a madre Paz, que se cuide, y mejorcita la espero, así no, porque el viaje es penosísimo. Al señor Magistral dígame usted quiero escribirle. La Vizcondesa se marchará mañana, la obra seguirá mientras la dejen hacer. A don José López y don Ricardo dígaselo por si va Carlos o Antonio que no se preocupen de mí, que cuiden de esas que van y están ahí. Y yo agradecidísima espero los días de paz o el cielo. Su hija agradecidísima que espero me dé noticias. Ahora, con menos monjas y el mismo trabajo, no me queda tiempo para nada.

»Sor Trinidad

»Las tempestades me animan, creyendo es cuando se ama a Dios y me mejoro...»¹⁵⁸

La situación en que se encontraba el convento de Berja también queda reflejada en una carta del padre Eusebio del Rebollar, que escribe desde Sevilla el 14 de junio de 1931 y que es respuesta a otra carta de la madre Trinidad: «Me llama grandemente la atención estén todavía ahí las religiosas fuera de su convento: Sevilla, es lo peor de España y donde hay más peligro y, sin embargo, aquí todas las religiosas están en sus conventos y algunas escuchando con frecuencia los golpes de los comunistas en la puerta del convento y ellas dentro y muchos conventos tienen en la puerta tropas guardándolas; aquí, ni en los días de más peligro en que salieron casi todas las religiosas, no salieron nuestras capuchinas. Vea la manera de reunir ahí en ese convento a sus religiosas y tengan presente todas que si ellas cuidan de Jesús, nada, nada, nada les pasará. Llámelas con bondad, que regresen, pues en sus casas y en el mundo corren mucho peligro de perder el espíritu y hasta la vocación»¹⁵⁹.

Cómo resolver el problema

La madre Trinidad nunca se acobardó ante los muchos problemas que le vinieron en el transcurso de su larga vida, «las tempestades –decía a su confesor, como se acaba de verme animan, creyendo es cuando se ama a Dios y me mejoro...» Por ello jamás se sintió fracasada, pues cuando las cosas no le salían como era de esperar, siempre las veía bajo un sentido sobrenatural y se decía: es la voluntad de Dios; Dios me pide el sacrificio, la humillación; me quiere víctima...

Y, para acertar en el cumplimiento de la voluntad de Dios, consultaba sobre lo que debía hacer para salvar los dos conventos, y, sobre todo, acudía a la oración ante Jesús sacramentado en busca de la ayuda divina y se ofrecía como víctima puesta en manos de Dios.

Así pudo, con gran fe y esperanza, afrontar la dificultad con paz de espíritu y prepararse y preparar a las monjas para el caso que tuviesen que abandonar el convento, lo que dejó

¹⁵⁸ Carta original en el Archivo de la Causa.

¹⁵⁹ El original en el Archivo de la Causa.

escrito en unas normas que titula: “Reflexiones sobre nuestro porvenir en las actuales circunstancias. Amenazas de exclaustración y revolución antirreligiosa y masónica”¹⁶⁰.

Pero no terminó con estas normas la inquietud y el trabajo de la madre Trinidad por salvar a sus hijas y la vida religiosa que habían emprendido. Sabía que hay que colaborar con la Providencia divina, y con afán se puso a buscar un refugio para sus hijas, siguiendo para ello los pasos de otros religiosos y religiosas que se habían trasladado al extranjero con la misma finalidad.

Su primer intento fue ir a Italia, pero lo que le ofrecían era imposible afrontarlo en cuanto a lo económico. Le pedían, según consta en carta del padre franciscano Mariano Fernández García desde Chiavari (Génova-Italia) del 26 de julio de 1931: edificar o comprar casa; un gran capital, con cuyas rentas pudiesen vivir, pues al ser de clausura no podían esperar grandes limosnas y para vivir de su trabajo tendrían que pasar muchos años; y en cuanto a las vocaciones le añadía, que poco podían esperar¹⁶¹.

Ante la inviabilidad del traslado a Italia, la madre Trinidad pensó en París. Conocía allí al padre Rafael, que se encontraba ejerciendo su ministerio sacerdotal en la Misión Española. Este religioso franciscano se preocupó de buscarle casa, limosnas y trabajo, así como de los permisos, como se desprende de seis cartas que se conservan dirigidas a la madre Trinidad¹⁶², en las que también se habla de un intento de ir a Portugal, sin que este extremo quede esclarecido.

Viaje para fundar en el extranjero

La madre Trinidad, acompañada de la madre Patrocinio y de sor Ángeles, salía de Berja el 14 de julio de 1933 camino de París. Iba con la intención de fundar un convento que sirviese de refugio a las religiosas de Chauchina y de Berja. La prevista fundación la tenía preparada el padre Rafael, como se ha indicado antes.

Tenían previstas dos paradas: una en Granada y otra en Madrid. En Granada para visitar al Obispo Auxiliar y Vicario General en sede vacante y para unirse al sacerdote don José Alonso, que acompañaría a las tres monjas en el viaje; en Madrid para obtener los permisos del señor Nuncio Apostólico en España y arreglar los pasaportes. Sobre la marcha decidieron hacer una parada en Cabra para visitar a la Vizcondesa de Termens, la gran benefactora del convento de Berja y que le ayudaba en este viaje.

Al partir de Cabra, encontraron en el tren a un sacerdote, que iba a Madrid y era el Vicario de Melilla, don Sebastián Carrasco, el cual tenía referencia de las capuchinas de San Antón por haber visitado este convento antes de que la madre Trinidad saliera a fundar a Chauchina. Este sacerdote viendo que iban un tanto desorientadas, les proporcionó alojamiento en las religiosas del Servicio Doméstico y les facilitó la audiencia con el señor Nuncio.

Ya en Madrid, el día 22 de junio, la madre Trinidad y sus dos compañeras fueron a visitar al señor Nuncio, quien las recibió con amabilidad, pero muy extrañado de que fuesen solas y sin carta de presentación. Las escuchó atentamente y no les dio el permiso que pedían para ir a París, las envió a Portugal para que, en este país, bajo la orientación de los padres jesuitas, ejecutasen el proyecto que tenían entre manos.

Este encuentro con el señor Nuncio fue clave en el futuro de la Obra. La madre Trinidad lo narra con sencillez en sus notas o crónica del viaje: *«Nos preguntaba amablemente quiénes éramos y a qué veníamos, extrañándose fuésemos tan solas, sin que nadie nos*

¹⁶⁰ Cuad. 2, Escr. 2, pp. 27-34.

¹⁶¹ El original en el Archivo de la Causa.

¹⁶² Los originales en el Archivo de la Causa.

diese carta ninguna de presentación. Le manifesté cómo deseábamos hacer una fundación en París, y antes de acabar nos dijo: “No, no, hijas de mi alma, a París no, de ninguna manera, vayan a Portugal y allí la vida es más barata y el país muy tranquilo, estarán muy bien...” Yo le dije no conocíamos a nadie, y en París unas señoras nos lo daban todo.

»Y con carácter más enérgico repitió: “A París de ninguna manera, vayan a Portugal, y díganles a los padres jesuitas que yo las envío, que cuiden de ellas”. Después de casi una hora preguntando por las dos comunidades con muchos pormenores e interés, nos bendijo, diciéndonos: “Tienen mi permiso y bendición para ir a Portugal, a Italia o América, etc., donde Dios las lleve, menos a París”. Nosotras, muy rendidas y humildes, le prometimos obedecer, le rogamos mirase por nosotras, etc., y salimos muy consoladísimas del paternal cariño con que fuimos acogidas... pero sin saber a qué padres jesuitas acudir, porque aquí no conocimos a ninguno.»¹⁶³

La madre Trinidad acogió las palabras del Nuncio como la voz de Dios. No dudó en abandonar el camino hacia París, donde contaba con lo necesario para iniciar la fundación, y dirigirse hacia Portugal, a lo desconocido, a tratar con los jesuitas españoles allí refugiados que no conocía. Inmediatamente se puso en movimiento: la condesa de Monteforte tomó contacto con los jesuitas de Oporto y le prometió pagarle la casa en esta capital; a través de las religiosas del Servicio Doméstico de Madrid, encontraba hospedaje en las mismas religiosas de Oporto; los pasaportes los arreglaron como seglares, figurando en la cédula personal como señoras de compañía de doña Carmen Termens; alguna nueva limosna también le vino, de la que envió a Berja una cantidad para pagar el pan.

Mas no tardó mucho en surgirle un contratiempo. El Obispo Auxiliar y Vicario General en sede vacante de Granada le había dicho a la madre Trinidad que le esperasen en Madrid donde haría una parada camino de San Sebastián. Una carta comunicaba a la madre Trinidad que el 24 diría la misa a las ocho de la mañana en la parroquia de San Marcos. Allí fue a oír la misa, y al saludar al Obispo, le dijo que volviera a las siete de la tarde de ese día. Volvió a la hora señalada y al contarle lo tratado en la vista con el señor Nuncio y los preparativos para ir a Portugal, el señor Obispo se extrañó y le dijo que volvieran al Nuncio a insistir sobre la licencia para París, pues él había hablado con él por la mañana del tema. Por obediencia, volvió la madre Trinidad al señor Nuncio, quien no la recibió con la amabilidad de la vez anterior: «El 25 volvimos –dice– al señor Nuncio y nos recibió un poco más serio; nos dijo que el señor Obispo le había hablado de lo que yo deseaba, y se mostró más opuesto, hasta el punto de decirnos: “Si van a la fundación buscando lugar de refugio tienen mi permiso, si es otra cosa, les retiro el permiso... Estoy enterado de todo por el señor Obispo, que dice tiene usted pedido a Roma... y creo no se lo concederán”».¹⁶⁴

Esta segunda visita al señor Nuncio desanimó a las compañeras hasta tal punto que la madre Patrocinio con lágrimas le dijo a la madre Trinidad: «Madre, vamos a Berja... ¿no ve lo que nos ha dicho el señor Nuncio?» A lo que la Madre respondió: «Si vuestras caridades quieren irse a Berja, las envío enseguida y yo me voy a Portugal, que creo haber entendido del señor Nuncio nos da permiso en las condiciones indicadas, que deseo cumplir en todo para gloria de Dios»¹⁶⁵. Después de estas palabras, las dos compañeras se animaron y prometieron seguir el camino donde Dios quisiera llevarlas.

El día 31 de julio de 1933 salieron de Madrid para Salamanca, donde recibirían los pasaportes arreglados para pasar a Portugal. Estas gestiones se adelantaron al facilitar los trámites una señorita residente en las religiosas del Servicio Doméstico que tenía amistad

¹⁶³ Cuad. 8, Escr. 4, pp. 30-31. Cf. Cuad. 3, Escr. 2, p. 73.

¹⁶⁴ Cuad. 8, Escr. 4, p.34.

¹⁶⁵ Cuad. 8, Escr. 4, p.34; Cf. Cuad. 8, Escr. 4, p.34.

con el Cónsul portugués. Así pudieron partir para Oporto, donde llegaron el día 4 de agosto al atardecer.

En esta acogida y facilidad que encontró en Salamanca vio la madre Trinidad la mano de Dios que le señalaba cuál era su voluntad, y lo dejó escrito:

«¡Cuántas pruebas del amor y misericordia del Corazón amorosísimo de Jesús Sacramentado recibimos!... ¡Y cuánta es su divina Providencia con nosotras desde que nos decidimos a emprender el viaje a Portugal, sin más ideal... que seguir a Jesús Hostia a donde él nos coloque!, pues humanamente hablando, vamos desorientadas de todo y con poquísimos recursos para instalarnos en un país extraño... Pero llevamos dentro de nuestros corazones al Todopoderoso que nos sacó de ese bendito palomar, para que coloquemos otro nido de palomicas que le arrullen y adoren por el triunfo de nuestra Religión en España... y nos saca a país extraño desde donde él quiere que ofrezcamos nuestros trabajos y sacrificios para conservar esos dos palomarcitos sin que le toquen las uñas sangrientas del infernal gavilán... ¡Oh hijas mías, y cómo Jesús dulcifica así a vuestra pobre madre las angustias inexplicables de vuestra separación!»¹⁶⁶

Primeros pasos en Portugal

Aunque iban a fundar, como reconoce la madre Trinidad en el texto antes citado, *«desorientadas de todo y con poquísimos recursos»*, a Oporto llegaron con cartas de recomendación para las religiosas del Servicio Doméstico, donde se hospedaron, y para los padres jesuitas, para que les ayudaran en los pasos de la fundación. Las religiosas al llegar las pusieron al corriente de las dificultades que podían encontrar unas monjas de clausura en una ciudad como Oporto; lo mismo le dijeron el día siguiente los jesuitas y las encaminaron para Braga, ciudad muy religiosa y con un Arzobispo amante de la vida contemplativa.

Fundación en Braga

No dudó la madre Trinidad en marchar a Braga. El consejo de los padres jesuitas fue suficiente para que ese mismo día que habló con ellos –el 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves– tomase el primer tren que salía de Oporto a la 2,30 de la tarde para llegar a Braga esa misma tarde a las 7,30.

Al día siguiente fue con sus compañeras a visitar al señor Arzobispo, que las acogió con benevolencia y mandó a la madre Trinidad preparase las preces, que él informaría favorablemente, para pedir la fundación a Roma.

Con la alegría de la buena acogida del señor Arzobispo marchó la madre Trinidad a visitar y presentar las cartas de recomendación a los padres jesuitas, donde encontró al padre Isacio Morán, quien en adelante sería su confesor y le ayudaría de modo especial en la elaboración de las Constituciones.

Las preces para pedir la fundación, informadas favorablemente por el señor Arzobispo, salieron para Roma el 12 de agosto de 1933¹⁶⁷, lo que muestra el gran interés del señor Arzobispo por esta fundación.

Tarea inmediata después de haber cubierto estas previas e imprescindibles gestiones era buscar una casa adecuada para llevar la vida comunitaria conventual. Esto le urgía también porque las religiosas del Servicio Doméstico, que las habían acogido con amor y le estaban

¹⁶⁶ Cuad. 8, Escr. 4, p. 37.

¹⁶⁷ Cf. Cuad. 8, Escr. 4, p. 43.

ayudando en todo, se habían comprometido a tenerlas por unos quince días, plazo que se iba cumpliendo, y la madre Trinidad no quería abusar de la hospitalidad. De las casas que vieron ninguna le pareció apropiada para la clausura, pero ante la premura del tiempo, se quedaron con una llamada “Casa dos Coimbras em São João do Souto”, en la plaza de Santa Cruz, en la que entraron el 17 de agosto. «Aquí –dice– no podremos estar mucho tiempo; además de ser muy cara, está muy dominada y vistosa, y yo querría una casita escondida y retirada donde podamos dedicarnos por completo a nuestra vida de adoración y recogimiento. Confío que si el Señor nos quiere aquí nos dará los medios. Veremos cuando lleguen las Preces de Roma dónde ponemos el nido»¹⁶⁸. Y, en efecto, brevísima fue esta estancia pues el día 28 del mismo mes pasaron a otra algo más adecuada en la rua do Alcaide número 21.¹⁶⁹

Dados estos pasos, se apreciaba que la fundación estaba en marcha. La madre Trinidad no tenía la menor duda de que el permiso llegaría pronto de Roma; empezó a captar alguna vocación portuguesa y a hacer las oportunas gestiones para llevar de España las monjas necesarias para iniciar esta tercera fundación. Estas gestiones no fueron fáciles, pues por cartas se le ofrecían dificultades para entenderse con las monjas que quería llevar y las que le ofrecían, y el ir a buscarlas personalmente no le resultaba fácil, porque desde el 27 de agosto de 1933 la madre Trinidad sufría fuertes dolores de ciática que le impedía el viajar, y también porque era necesaria su presencia en Braga hasta que llegase el rescripto de Roma.

Estando en esta lucha sobre el personal, llegó el 24 de diciembre de 1933 el rescripto de Roma aprobando la fundación y casi al mismo tiempo un telegrama del señor Obispo Auxiliar y Vicario General en sede vacante de Granada que decía a la madre Trinidad: «Véngase inmediatamente con las compañeras y reintégrense a su convento de Berja, aunque tengan concedido el permiso de fundación.» A la vista de este telegrama el Arzobispo de Braga dijo a la madre Trinidad: «Ustedes no deben irse, está concedida la fundación que yo pedí, y ya no son de aquella diócesis, “fican” aquí.»¹⁷⁰

Al día siguiente recibió otro telegrama de Granada negando enviar la lista de las monjas pedidas. En vista de lo cual, el señor Arzobispo mandó a la madre Trinidad marchar a buscarlas.

El día 1 de enero de 1934 con la vizcondesa de Termens salía la madre Trinidad en taxi para España, pero, al pasar por Lisboa, tuvo que quedarse enferma en las Terciarias Misioneras de María y después continuar el viaje en tren.

Estos contratiempos y las dificultades surgidas para el traslado de las monjas, retrasó considerablemente el establecimiento de la comunidad en Braga. El permiso de la salida de las monjas lo dio el nuevo arzobispo de Granada, don Agustín Parrado García, el 8 de noviembre de 1934, y al dárselo no le quiso aceptar la renuncia al cargo de abadesa de Berja que al parecer la acababa de elegir: «Esperábamos al Sr. Arzobispo –dice la madre Trinidad– para la elección y visita canónica [...] Vino el 7, y el 8 cumplimos con el plan trazado por su Excia. Rogué humildemente a S. E. R. que teniendo que ir con las religiosas a la fundación de Portugal, le rogaba aceptara la renuncia; y me prometió hacerlo; después me dijo que no creía ser ésta la voluntad del Señor, que las religiosas todas pedían siguiera en el cargo, aunque fuese a Braga una temporada hasta dejar establecida aquella casa».¹⁷¹

Así pudieron salir, el 24 de noviembre de 1934, ocho monjas del convento de Berja para fundar el de Braga, donde llegaron el día 30 de dicho mes.

¹⁶⁸ Cuad. 8, Escr. 4, p. 48.

¹⁶⁹ Cf. Cuad. 8, Escr. 4, pp. 50 y 52.

¹⁷⁰ Cf. Cuad. 3, Escr. 2, p. 74.

¹⁷¹ Carta a don Luis Gómez, Berja 12 de noviembre de 1934. El original en el Archivo de la Causa.

La casa que tenían alquilada, en la rua do Alcaide número 21, era una vivienda normal para una humilde familia, por lo que alquilaron una más amplia en la rua de Dom Pedro V, nº. 59-61. El día 8 de diciembre de 1934, fiesta de la Inmaculada, inauguraron la capilla, tuvieron misa y quedó reservado el Santísimo Sacramento. Así quedaba constituida formalmente la fundación y comunidad de Braga. Las monjas que vinieron a esta fundación fueron: madre Trinidad, madre Paz, sor Concepción, sor Eucaristía, sor Clarita, sor Teresita, sor Jacobita y sor María de Gracia.

Pronto empezó la madre Trinidad a recibir vocaciones y la casa se le quedó pequeña. Al mes ya tenía seis postulantes y dos más que le llegaron de España, por lo que se vio en necesidad de tomar en alquiler otra casa mayor, en Santa Tecla, a las afueras de la ciudad rodeada de campo y con algo de huerta. Era lo apropiado para el convento de clausura que quería fundar. A esta casa llegaron el día 15 de enero de 1935 las ocho monjas y las ocho postulantes. El señor Arzobispo, el sábado siguiente día 19, inauguró el convento y estableció la clausura.

Pero no quedó definitivamente asentada la comunidad en esta casa de Santa Tecla. Surgió un problema: el dueño de la casa quería venderla, así que no les quedaba otro remedio que comprarla o marcharse. Pedía por ella 70 contos, que equivalían de 20 a 25 mil pesetas. La madre Trinidad no contaba con ese dinero y angustiada escribió el 12 de julio de 1935 a don Luis Gómez pidiéndole la comprase para él y se la dejase a ellas. Don Juan Cuenca llegó ese verano a Braga y se encargó de las gestiones de la compra. Se encontró con que el dueño de la casa había subido el precio de la casa hasta 200 contos, unas 65.000 pesetas, por lo que habló con el capellán y con los expertos del Obispado y convinieron comprar una casa-colegio de niños de segunda enseñanza que vendían por 80 contos en la rua São Gonçalo número 24, cerca de la avenida central, y a primeros de septiembre hicieron el trato pagando los 10 primeros contos al firmar el contrato y comprometiéndose a pagar el resto en enero y en junio del año siguiente.

La madre Trinidad organizó las obras de acomodamiento de esta nueva casa y preparó el traslado para el 1 de octubre de 1935¹⁷², pero no estuvo presente cuando pasaron a São Gonçalo, pues días antes, el 19 de septiembre de 1935, partió para España a resolver unos asuntos que le urgían sobre las Constituciones y que le llevarían a Roma en el mes de noviembre; y también para conseguir fondos para pagar el resto de la casa. La base principal de estos fondos procedió de las dotes de las monjas que fueron a fundar a Braga. La inauguración del convento fue el 12 de octubre de 1935.

En la rua São Gonçalo quedó organizado un convento con estricta clausura y la adoración. En él puso el noviciado, que empezó desde sus comienzos a ser común para todos los conventos, según lo tenía diseñado en las Constituciones que esperaba le aprobasen en Roma.

No fue nombrada la madre Trinidad abadesa de este convento, pues seguía siéndolo de Berja al no serle admitida la renuncia por el Arzobispo de Granada; la abadesa nombrada fue la madre Consuelo de Jesús, pero no con la autonomía que antes tenían las abadesas, sino con una subordinación a la Fundadora que actuaba ya como Superiora General.

¹⁷² En carta a la madre Paz del Santísimo Rosario del 20 de septiembre de 1935 desde Barca de Alba, donde hizo una parada en su viaje a España, le dice: «*Como hoy quitarán el locutorio no recibáis visitas. Arreglaos en el torno y en el confesonario. Mientras podáis guardar la clausura cuanto pueda ser. Recen de día los maitines hasta que se muden, tal vez estando la parte alta limpia y arreglada se podía ir M. Vicaria con dos o tres formalicas, sin salir a parte ninguna para nada ni para confesar (que nos conocen en todas partes y no dice bien las salidas a la calle... y ir enviando con las rapacicas las ropas y cosas más delicadas temprano o de noche. Saque la cartilla y pague a Clemente, carnicero y panadero, que coman bien patatas y carne, cuidando no se pierdan las gallinas ni nada.*» El original en el Archivo de la Causa.

El auge vocacional con que empezó el convento de Braga hizo pensar en nuevas fundaciones. Así en el año 1935 el obispo de Orense le ofrecía para fundar en su diócesis el monasterio de San Esteban de Rivas del Sil, y una señora una casa en Guimaraes.

Separación de Chauchina

El convento de Chauchina fue el primer convento fundado por la madre Trinidad y donde por primera vez implantó la adoración al Santísimo Sacramento. Nació como eran los conventos de clausura: con plena autonomía, aunque manteniendo con la familia religiosa capuchina una relación de afecto, de unión espiritual...

El segundo convento que fundó en el santuario de Gádor, Berja, tuvo las mismas características jurídicas que el de Chauchina. No obstante, entre estos dos conventos existía una relación de ayuda muy estrecha, hasta el punto que parecía un mismo convento, pues entre ambos había intercambio de personal y de ayuda en cuestiones materiales.

Cuando salió la madre Trinidad al extranjero buscando un refugio en prevención de lo que pudiese ocurrir en España tras los acontecimientos antirreligiosos y las amenazas que sufrían los religiosos, lo hizo para las dos comunidades. Y es que entonces estaban tan unidas, que la madre Trinidad aprovechó el paso por Granada para llevar a Chauchina una religiosa, a sor Adora, y a hacerles una visita. En esta visita no pudo entrar en la clausura por no llevar permiso del Prelado para ello y tuvo que estar con las monjas en el locutorio, donde comió tras las rejas. Para ella fue doloroso el no poder compartir la mesa en el refectorio con sus hermanas y darles el abrazo fraterno de despedida. *«¡Qué recibimiento – dice refiriéndose a esta visita– tan fraternal y cariñoso el de aquellas hijas tan amadas de Dios y del corazón de su pobre madre! ¡Cómo nos pedían entrásemos dentro! ¡Y qué sacrificio tener que comer con rejas de hierro, teniendo nuestros corazones tan estrechamente unidos! En Jesús Hostia el amor se identifica y se hace más grande y fuerte nuestra unión. Nos despedimos ofreciéndoles volver con licencia para estar unos días dentro antes de nuestro regreso a Berja, y en la iglesia donde estuvimos a despedirnos de nuestra madre bendita de los Dolores y pedir la bendición a nuestro Amor sacramentado, sentíamos los suspiros y ansias de aquellas almas que ofrecían gustosas sus sacrificios a Jesús en unión de los nuestros, que al despedirse de aquel primer nido de palomas eucarísticas dejé mi corazón sobre el ara santa donde quería inmolarme totalmente con Jesús, mi única y verdadera vida de mi alma, como su pequeña víctima».*¹⁷³

Al principio de la estancia de la madre Trinidad en Braga las relaciones con Chauchina eran similares a las de Berja, ambos conventos seguían unidos y con la esperanza e ilusión de la nueva fundación que a la vez les podía servir de refugio en caso de necesitarlo. Pero la relación de Chauchina con la madre Trinidad se fue enfriando, ya no contestaban a sus cartas. ¿Qué había pasado?

No lo que se ha dicho después, es decir, que se separaron porque el convento de Chauchina quería vivir en estricta clausura mientras que la madre Trinidad orientaba hacia la vida activa. Esto por entonces estaba muy lejos del pensamiento de la Madre como fácilmente se aprecia en sus escritos y también en lo que fue el convento de Braga en su primera etapa, es decir, hasta el cambio a congregación que le ofreció Roma y que ella aceptó por obediencia.

Lo que pasaba era que la madre Trinidad para la fundación de Braga quería llevar monjas de ambas comunidades. Esto no agradó a la abadesa de Chauchina, pues veía debilitarse su autonomía y dejó de colaborar en la fundación, actitud que estaba respaldada

¹⁷³ Cuad. 8, Escr. 4, p.17.

por algún sacerdote y por el señor Obispo Auxiliar y Vicario General de Granada en sede vacante, que era partidario que la madre Trinidad dejase Braga y volviese a Granada. Así vino la fricción que terminó en la separación.

Esta separación fue para la madre Trinidad una gran cruz que llevó con mucha caridad y ante la que reaccionó espiritualmente. La vio como una prueba permitida por Dios y la aceptó como víctima ante el Calvario en unión con María al pie de la Cruz. Así fue su reacción desde el primer momento y lo manifestó en un escrito del 22 de diciembre de 1934 dirigido a las monjas de Berja en el que les dice: *«Comprendo la razón con que os quejáis del comportamiento de nuestras hermanas de Chauchina. Si ellas siguen el camino señalado y adoran al Señor en espíritu y en verdad, no temáis se equivoquen, están confiadas a la amorosa protección de nuestra madre dulcísima de los Dolores. Vosotras seguir fieles al Señor y amaos las unas a las otras, si no ya en el trato, que quieren cortar, en vuestras oraciones pedir siempre por ellas como hermanas nuestras tan queridas, las que esperamos ver en el cielo alabando al Señor. [...] Después de la meditación que cada día hacemos en la pasión de nuestro dulcísimo Salvador que tan hermosos ejemplos nos dio en su vida santísima... ¿cómo no aprovecharnos ahora de tan hermosa ocasión para aceptar esta prueba amarguísima de vernos despojadas de la Casa-Madre en donde la Santísima Virgen en sus Dolores santísimos nos llevó a ofrecernos en la adoración a la divina Víctima con ella en reparación y desagravio de las muchísimas ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento? [...] Si el Señor me pide que aquellas primeras hijas que con vosotras me siguieron voluntariamente con promesas de seguirme hasta el fin se separan... ¿no será ese el cáliz que Jesús me pedía bebiese?... Si él así me lo pide, él cuidará de ellas y me concederá lo que tanto le he pedido, que ninguna de cuantas abracen y observen la vida que os mostré desde el principio se aparte jamás del divino Maestro, ni salga de su escuela y que nuestra Madre dulcísima sea siempre vuestra Madre Superiora y Maestra que las lleve a Jesús, abogue en mi juicio para que perdonados los pecados, como yo las perdono y amo con toda mi alma, les conceda el Reino de Cristo; que con todas las veras de mi alma pido a la Santísima Trinidad por la Sangre preciosísima de Jesús, y los Dolores de su Madre María Santísima, nuestra dulce madre, y del bendito padre san José, nuestro celestial patrono y administrador y abogado, y el seráfico padre san Francisco, y madre santa Clara, nos conceda reunirnos todas con él en la Patria verdadera del cielo».*¹⁷⁴

Esta fue la reacción de la madre Trinidad ante este problema e hizo todo lo posible por encontrar la unión, sin poder lograrla. De sus labios no salieron palabras ofensivas y en sus escritos y cartas se expresó en el mismo sentido de su reacción en el primer momento. Y es que en su corazón no nació el rencor hacia esa comunidad que se le separó; su amor por ella continuó durante toda su vida.

Viaje a Roma

La madre Trinidad emprendió la fundación de Braga sin tener aprobadas las Constituciones, dado que, como se dijo, el cardenal Casanova murió cuando las llevaba a Roma. Esto le trajo no pocos problemas. Por ello, con la ayuda del padre Isacio Morán, redactó una vez más las Constituciones en las que seguía manteniendo los puntos iniciales de que la Obra fuese una Orden de monjas contemplativas, dedicadas fundamentalmente a la adoración de la Eucaristía, gobernadas por una Superiora General y con noviciado

¹⁷⁴ Cuad. 8, Escr. 4, pp. 63-66.

común para todos los conventos. Terminado el trabajo, y después del asesoramiento oportuno, las envió a la Sagrada Congregación de Religiosos para su aprobación.

La respuesta tardaba en llegar y pensó marchar a Roma en busca de la aprobación, pues por las vocaciones que le llegaban veía la necesidad de abrir pronto otros conventos. Consultó, y unos la aconsejaron quedase quieta y esperase, y otros que marchase cuanto antes a Roma. Entre estos últimos se encontraba el obispo de Cádiz, don Ramón Pérez, que desde tiempos atrás venía protegiendo la Obra de la madre Trinidad. Este Obispo casi le ordenó emprender el camino recomendándola en Roma a su sobrino, el jesuita padre Ulpiano López, que estaba de profesor en la Gregoriana.

Confiada en los consejos y apoyo de este Obispo emprendió el viaje. Hizo parada en Madrid para conseguir el permiso y las credenciales del Nuncio, pero no pudo hacer esta gestión por encontrarse el señor Nuncio enfermo en Ávila. Esto le impedía la partida, pero la madre María de la Virgen Dolorosa, superiora de las reparadoras de Madrid, donde se hospedaba, la animó a marcharse, prometiéndole que ella, que conocía al señor Nuncio, le mandaría las cartas al padre Ulpiano y las tendría cuando llegase a Roma. No obstante, antes de partir, consultó a un jesuita que le dijo que para ir a Italia le bastaba el permiso que tenía para salir a Portugal. Fiada en estas promesas y consejo, partió de Madrid para Roma.

A Roma llegó el día 10 de noviembre a las 7,30 de la mañana. Por la tarde de este día fue a visitar al padre Ulpiano, quien le dijo que no había recibido ninguna carta y le riñó por haber emprendido el viaje en esas condiciones. No obstante, intentó resolver el problema y le mandó fuese a visitar al padre Torre, que era confesor del cardenal Segura. Al día siguiente por la mañana fue a la iglesia del Gesù, donde este padre tenía el confesonario, y después de hacer la confesión le expuso el problema. Durante tres días sucesivos estuvo estudiando una solución con el padre Torre y otros jesuitas y la conclusión era que no se podía hacer nada y máxime cuando Chauchina, la Casa-Madre, se le había separado. Esta fue también la causa por la que el cardenal Segura, que se encontraba en Roma, se desentendiese del asunto.

Después de esta infructuosa gestión, se vio la madre Trinidad con todas las puertas cerradas. No encontrando solución, se refugió en la oración, y puesta en manos de Dios se dispuso a regresar a España, ya que no encontraba otra cosa que hacer allí. Pero antes de emprender el viaje de regreso acudió a la basílica de San Pedro, pues la superiora donde se hospedaba le había dicho que hablase con el penitenciario español. Allí acudió la mañana del 16 de noviembre de 1935, fecha importante para ella, pues se encontró con el padre franciscano Esteban Marcos, quien con paciencia la escuchó y le abrió el camino ante la Sagrada Congregación de Religiosos.

La solución que le daban era que, tal como planteaba la cuestión, sería imposible darle viabilidad a las Constituciones dentro del marco jurídico, y le sugerían que la forma más conveniente era la de una congregación en la que las monjas estarían gobernadas por una Superiora General que dispondría del personal según las necesidades de los conventos, y se dedicarían a la adoración y a obras de apostolado, entre ellas la enseñanza.

Triste quedó la madre Trinidad con este nuevo encauce de la Obra. ¿Sería ésta la voluntad de Dios? ¿Tal vez lo que el cardenal Casanova le pedía antes de la fundación de Chauchina de abrir un pequeño colegio para niñas y que no se intentó realizar, sería lo que ahora la Iglesia le pedía? No entendía la madre Trinidad y, como era su costumbre en estos casos, se refugió en la oración.

Estando en este mar de dudas, y sin ver claro si lo que ahora le sugerían era lo que Dios tantas veces le venía pidiendo, el padre Esteban Marcos le dijo que antes de marchar a España pasase por Asís. Ni corta ni perezosa, el día 21 de noviembre visitó las tumbas de san Francisco y santa Clara. Iba con la ilusión de pedir a sus santos Padres le hiciesen ver

claro qué era lo que Dios le pedía. Y allí, ante el sepulcro de santa Clara, estuvo tres horas sumida en oración. Al terminar era otra, había encontrado lo que Dios le pedía por medio de la Iglesia. Santa Clara quería que aceptase lo que le sugerían y desde este momento siguió en esta línea.

Conforme ya con el cambio que le propusieron en Roma, llegó a Braga el 26 de noviembre de 1935. La comunidad ya estaba establecida en el nuevo convento de la rua São Gonçalo número 24. Comenzó con entusiasmo a trabajar en las Constituciones según la orientación que había recibido de la Sagrada Congregación de Religiosos. Esto suponía para ella un gran esfuerzo, ya que su vida y su pensamiento iban por otro camino, hacia la vida contemplativa, y ahora se veía obligada a planificar para sus monjas un apostolado de vida activa. La lucha interior de no abandonar la adoración la llevó a un término intermedio o vida mixta, ya tratada y estudiada teológicamente siglos antes por santo Tomás de Aquino, el cual resalta la excelencia de la vida mixta y concluye diciendo que *es más perfecto el comunicar a otros lo contemplado que contemplar exclusivamente*¹⁷⁵.

Así, la madre Trinidad, sin renunciar a los pilares fundamentales de su inspiración o carisma –la adoración al Santísimo Sacramento, la dependencia de los conventos de una Superiora general y un noviciado común–, siguió con sumisión y obediencia lo que le sugería la Sagrada Congregación de Religiosos y aceptó un apostolado o vida activa orientado principalmente a la educación de niñas y abierta a otras actividades según las necesidades y requerimiento de la Iglesia. Todo ello dentro de un marco de espiritualidad mariana y franciscana.

Pero dejó bien claro que la contemplación era la parte principal y esencial en esta fundación, y que el apostolado era parte secundaria y subordinada a la contemplación. «*Me lo tenía pedido el Señor –dice–, que de la vida de adoración hecha en espíritu y en verdad derivara la activa de enseñanza gratuita u obras, de las cuales no se dejase como principal fin la adoración y secundario la activa, dos vidas hermanas dirigidas por la mayor, contemplativa*». ¹⁷⁶

Y para que esto quedase bien claro, la madre Trinidad dejó en la Congregación fundada por ella el voto específico de adoración al Santísimo Sacramento.

Un segundo viaje realizó la madre Trinidad a la Ciudad Eterna en 1947. Iba a fundar convento en Formia, aprovechando una oportunidad que le ofrecía el padre Esteban Marcos. Como es de suponer, se interesó por el asunto que tenía pendiente de la aprobación definitiva de las Constituciones y asistió a una audiencia privada con el Papa. De esta audiencia dice:

«*Toda preocupada pensaba ¡cómo expresaría mis necesidades y deseos al Santo Padre! Lo encomendé a nuestra madre santísima, hablase ella por mí. ¡Oh Corazón Inmaculado y purísimo de nuestra madre María Santísima, ella manifestó mis deseos al Santo Padre, y como si estuviese preparado por ella... sin que nosotras hablásemos, nos contestó al decirle a lo que nos dedicábamos: “Mucha vida interior, mucha vida interior, mucha vida interior (dijo tres veces con los brazos en cruz y sus ojos elevados al Cielo) y mucho amor a la Iglesia”. Nos bendijo paternalmente encargándonos una bendición especialísima a todas nuestras religiosas de nuestra Congregación, a sus familias y bienhechores, etc. Besamos su pie y salí llena de gozo. Como si bajara del cielo salí de la audiencia privada del Papa, y me duró la impresión dulcísima que la Santísima Virgen nos daba por el Vicario de Jesucristo en la tierra las normas a seguir, nuestra vida eucarística de contemplación para hacer fecunda la misión altísima de acercarle las almas inocentes de las niñas pobres abandonadas a Dios con abundantes frutos*». ¹⁷⁷

¹⁷⁵ *Maius est contemplata aliis tradere quam solum contemplari* (II-II, q. 188, a. 6).

¹⁷⁶ Cuad. 19, Escr. 6, p. 55.

¹⁷⁷ Cuad. 10, Escr. 5, p. 31.

La Guerra Civil española

Lo que tanto temía la madre Trinidad llegó. La Guerra Civil española estalló el 18 de julio de 1936. Ella estaba en el convento de Braga con un grupo de monjas. Pero, ¿qué era de las monjas que quedaron en España? Al principio todo fueron conjeturas temiendo lo peor; luego, poco a poco se fueron aclarando los acontecimientos. El convento de Chauchina quedó en zona nacional, por lo que no hubo que temer, todas estaba a salvo; el de Berja, quedó en zona roja y corrió la suerte de tantos conventos que tuvieron la mala suerte de quedar entre los perseguidores de la Iglesia.

¿Qué había pasado? ¿Cuál era la suerte de las monjas? ¿Seguían con vida o las habían matado? Fueron días dolorosos por falta de noticias. Por fin empezaron a tomar contacto con personas huidas de los rojos y poco a poco supieron que todas estaban acogidas en familias de Almería.

Empezó una nueva etapa para la madre Trinidad, sus gestiones por rescatar a las monjas y llevarlas a la seguridad de la zona nacional y después a Braga. Viajó a Gibraltar para desde allí rescatarlas. Una vez conseguido el objetivo, empezaron a llegar, en diciembre de 1937, las monjas a Granada donde se encontró con un nuevo problema: las monjas de Chauchina no quisieron acoger, ni siquiera temporalmente, a las cuatro primeras monjas rescatadas y tuvo que acudir a la hospitalidad del monasterio de las jerónimas de Santa Paula, donde se alojaron temporalmente. Estas fatigas fueron compensadas con la alegría de que todas salieron con vida y pudo llevarlas al convento de Braga y a las casas de Oporto y de Orense.

Al terminar la guerra, se encontró con el convento de Berja destruido. En él los revolucionarios comunistas y socialistas habían asentado sus reales y habían arrasado todo lo sagrado y quemado la imagen de la Virgen de Gádor.

¿Qué hacer con este convento? Lo habían dejado totalmente inhabitable, por lo que los amigos y protectores de la madre Trinidad le aconsejaban el cierre definitivo y marchar a fundar a otro lugar más propicio. La vizcondesa de Termens la llevó, el 29 de julio de 1939, a Berja para que se convenciera in situ de que no merecía la pena volviesen las monjas, pues allí ya no quedaba nada, y pensar rehacer de cero el convento en aquel sitio y en la posguerra, resultaría muy difícil.

Llegó la madre Trinidad al santuario de Gádor en Berja, comprobó los grandes desperfectos, subió al camarín, que estaba sucio y vacío, oró en este lugar donde tantas veces había rezado a la Virgen de Gádor y al bajar tenía tomada una decisión: volverían sus hijas a vivir en el santuario cuidando de la Virgen y rezando por sus hijos, en especial por los que la habían profanado.

«Hoy 29, –escribe dirigiéndose a la Virgen– llegamos aquí, madre, a lo que tantos años fue tu ermita y sólo quedan las paredes. Cuando bajamos del camarín no veía ni andar, ni acertaba qué decir a cuantos me esperaban, desanimada y entristecida. Pero la Santísima Virgen de Gádor había cambiado mi corazón y me pedía orásemos e hiciésemos penitencia por su pueblo ingrato a quien quería salvar por medio de la penitencia y la oración de sus hijas, las Capuchinas Eucarísticas, que hiciesen fuerza nuestras plegarias y oraciones para aplacar la divina justicia... ¿Cómo no fiarme de la que me las había salvado a todas, librándolas del infierno de los enemigos implacables de Cristo?

»Sí, madre mía, os lo prometo... Volverán tus hijas y yo con ellas a consolaros, desagrararos y haceros compañía, aunque el pueblo nos rechace, [me] fío de ti, madre, eres consuelo de los que en ti esperan. ¡Sed tú nuestra madre siempre!»¹⁷⁸

¹⁷⁸ Cuad. 24, Escr. 6, pp. 173-174.

Expansión de la obra

La madre Trinidad después de su viaje a Roma sentía la necesidad de abrir nuevos conventos, ya no solo porque le aumentaban las vocaciones, sino porque era una exigencia de la Sagrada Congregación de Religiosos para aprobarle las Constituciones.

Así inició unas fundaciones orientadas ya hacia la vida activa. Por ello abandonó la terminología de “convento” y adaptó el de “casa”, prescindió de la rigurosa clausura, empezó a aceptar colegios y otras obras, pero siempre siendo fiel a la adoración al Santísimo Sacramento como centro de la vida comunitaria. Y como es natural, estas fundaciones las realizó en España y Portugal, pero dejó abiertas las puertas a otros países, y de hecho aceptó las fundaciones de Italia y de Méjico, aunque ella personalmente no pudo acudir a esta última.

Las casas que la madre Trinidad abrió después de aceptar su obra como Congregación fueron:

En Portugal: Oporto, Laveiras-Caxias, Lisboa y Alentejo.

En España: Orense (Sobrado del Obispo y Melias), Granada, Madrid (calle Bueso Pineda y calle Don Ramón de la Cruz) y Bilbao.

En Italia: Formia.

En América: Méjico.

Casa de Oporto

Oporto en aquellos años en que los viajes se hacían por ferrocarril era un lugar de paso entre Braga y España. A esto se unía la necesidad que tenían de abrir nuevas casas para poder obtener la aprobación de Roma. Por ello la madre Trinidad se decidió a fundar en Oporto y allí se dirigió en agosto de 1936.

Para empezar la fundación, los padres franciscanos la recomendaron a doña María José Pestaña, quien las acogió en su espléndida casa, con capilla anexa, en la rua Gonçalo Cristoval número 371, esquina con la rua Almada, por donde tiene entrada exterior la capilla. Esta señora les permitía permanecer gratuitamente con ella por unos dos meses, hasta que encontrasen otra casa.

Muy pronto la vizcondesa de Pisqueira les ofreció gratuitamente una vivienda en la rua do Rosario número 31, piso 3º. Se trasladaron a este piso el día 15 de septiembre de 1936 con las licencias del señor obispo de Oporto, quien le donó los ornamentos para la capilla¹⁷⁹. Pero esta casa les resultaba pequeña y alquilaron otra en la rua 5 de Outubro número 200, donde pasaron en enero de 1939 y abrieron un pequeño colegio para niñas huérfanas.

Cuando pudieron compraron la casa donde actualmente viven desde octubre o noviembre de 1948 en la rua Santa Isabel número 23.

Casas de Orense (Sobrado del Obispo y de Melias)

La madre Trinidad a su vuelta de Roma en 1935 pasó por Orense con vista a fundar en esta capital. El señor Obispo acogió con agrado la propuesta y le ofrecía el monasterio de San Esteban de Rivas del Sil. No fue posible que las monjas fuesen entonces, pero la madre Trinidad no perdió de vista fundar en Orense a donde volvió con esta finalidad el 6 de febrero de 1937. Aceptaron la ofrenda del señor Obispo de un palacio en Sobrado del

¹⁷⁹ Cuad. 27, Escr. 7, p.19.

Obispo y casi al mismo tiempo aceptó una casa con finca en Melias. Esta casa después de habitarla durante un corto periodo de tiempo la dejaron por no reunir las condiciones para la vida religiosa.

Casa de Granada

En orden a la aprobación de las Constituciones era muy conveniente tener casa en Granada por ser esta Diócesis la originaria de la Congregación. El señor Arzobispo le ofreció con esta finalidad el convento de Sancti Spiritus en el Albaicín, donde entraron las monjas el día 1 de mayo de 1939. En este convento permanecieron hasta el 13 de junio de 1945 en que pasaron al Carmen de Conchita Barrecheguren, en la Alhambra.

Casas de Laveiras-Caxias y de Lisboa

Por septiembre de 1941 se encontraba la madre Trinidad en Lisboa cumpliendo un encargo delicado que le había encomendado el cardenal patriarca de Lisboa don Manuel Gonçalves Cerrejeira. Se trataba de restaurar las Clarisas del Desagravio. Oficialmente este encargo lo recibió el día 22 de dicho mes.

Esta difícil y complicada misión le sirvió a la madre Trinidad para ganar la confianza del señor Cardenal Patriarca, lo que le sirvió para la aprobación de las Constituciones que se encontraban en Roma con grandes dificultades que no se podían vencer, y con una carta recomendaticia del Cardenal Patriarca de Lisboa todo se arregló y las Constituciones fueron aprobadas.

Esto también le sirvió para fundar en 1942 la casa de Laveiras-Caxias, y después en 1943 la de Lisboa, en la rua Penha de França número 243.

Casas de Madrid

Gran interés tenía la madre Trinidad en fundar en Madrid y por fin lo pudo hacer en 1944 comprando una casa que dejaban las Hermanitas de los Pobres en la calle Bueso Pineda número 21, que quedó inaugurada el 24 de mayo de ese año.

Más tarde, el 3 de febrero de 1947, abrió otra casa en la calle Don Ramón de la Cruz, que fue donde murió la madre Trinidad y que después cerraron por no ser propiedad de la Congregación y por haber dejado de tener sentido la finalidad de la apertura.

Casa de Bilbao

En Deusto, Bilbao, por mediación de los jesuitas, ofrecieron a la madre Trinidad unas escuelas gratuitas. A mediados de septiembre de 1945 acudió a estudiar las posibilidades de la oferta e inmediatamente la aceptó y fundó casa en esta ciudad.

Casa de Formia (Italia)

La madre Trinidad, por indicación del padre Esteban Marcos, fundó una casa en Formia el año 1947, que después fue trasladada a Roma y cerrada en 1954.

Casa de Torres del Río (Navarra)

La última fundación que hizo personalmente la madre Trinidad fue en el año 1948 en Torres del Río (Navarra). Fue una fundación que se cerró después de su muerte.

Casa de Méjico

La ilusión que tenía la madre Trinidad de fundar en América la vio hecha realidad el 19 de septiembre de 1948, cuando salieron de España las primeras religiosas para fundar en Méjico, donde llegaron por barco el 12 de octubre de ese año.

Casa de Viana do Alentejo

Esta fue una fundación en la que no pudo participar directamente la madre Trinidad a causa de la enfermedad que la llevó a la muerte, pero tuvo la satisfacción de que se abriera el 19 de enero, poco antes de su partida al cielo.

Aprobación de las Constituciones

Es imprescindible para toda institución religiosa tener unas Constituciones aprobadas por la Iglesia para poder regirse los miembros y al mismo tiempo tener un amparo legal.

El lograr este objetivo fue una lucha constante de la madre Trinidad en sus años de fundadora. Varias redacciones de Constituciones tuvo que escribir, ya en San Antón por mandato de los arzobispos José Meseguer Costa y Vicente Casanova y Mazol; después en Braga volvió sobre estas redacciones.

Pero las ideas básicas de la madre Trinidad de que los conventos de clausura por ella fundados tuviesen un noviciado común y fuesen gobernados por una Superiora General que nombrase con su consejo a las superiores locales y pudiese mover a las monjas de un convento a otro según las necesidades, no eran concebibles por aquellos años por no existir cobertura jurídica que lo contemplase (no había salido aún la constitución apostólica “Sponsa Christi”, en la que se contemplan las federaciones de monjas de clausura). El otro punto, la adoración al Santísimo Sacramento como fin fundamental de la fundación, no le ofrecía ninguna dificultad.

En un primer viaje a Roma pudo orientar definitivamente su Obra según se lo pedía la Iglesia, y esto después de larga oración ante el sepulcro de santa Clara donde recibió la luz de que lo que le ofrecían era lo que quería Dios. El carisma se encauzaba por una vida mixta en la que se mantenía la contemplación a través de la adoración al Santísimo Sacramento, como fin principal de la fundación, y se añadía una actividad de apostolado, como parte secundaria pero inseparable al fin principal.

Así orientadas las Constituciones, la Santa Sede aprobó temporalmente la Obra de la madre Trinidad, como Congregación religiosa con el nombre de “Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios”, el 31 de octubre de 1942.

Por la buena marcha de la Congregación, que iba creciendo en casas y en religiosas con frutos copiosos para el bien de la Iglesia, el Papa Pío XII la aprobó definitivamente con el nombre de “Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios”¹⁸⁰ y confirmó las Constituciones con algunas modificaciones y añadiduras, por decreto del 10 de enero de 1949.

¹⁸⁰ La nomenclatura de la fundación de la madre Trinidad no fue uniforme en todos los tiempos: al principio se llamaban Capuchinas Clarisas o Clarisas Capuchinas; después Capuchinas de la Santísima Eucaristía Esclavas del Señor Víctima y de la Madre de Dios; en la aprobación temporal Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios, y en la aprobación definitiva Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios.

Fin de la carrera

El dolor y la enfermedad estuvieron muy presentes en la vida de la madre Trinidad. Ella supo aprovecharse espiritualmente de estos sufrimientos viviendo muy unida a la cruz de Cristo con la Virgen Dolorosa y ofreciéndose como víctima en remisión de sus pecados y en reparación de las ofensas de los hombres al amor de Cristo en el sacramento de la Eucaristía.

De niña una pulmonía la llevó al borde de la muerte; en San Antón los dolores de estómago la atormentaron durante el postulanteo y después; siendo abadesa de San Antón, de nuevo una pulmonía la llevó una vez más al borde de la muerte; le siguieron constantes dolores de espalda, problemas cardiacos y una ciática que de vez en cuando la dejaba inmovilizada; finalmente un cáncer doloroso la llevó a la muerte el Viernes Santo 15 de abril de 1949.

Parece extraño que con un cuerpo tan maltratado por la enfermedad pudiera hacer lo que hizo la madre Trinidad. ¿De dónde sacaba el ímpetu, esa fuerza vigorosa para emprender todo trabajo? En su adoración a Jesús sacramentado, según ella refiere, recibía las fuerzas para seguir en la brecha con entusiasmo e ilusión de servir a su Amado. Vistas así las cosas, se entiende que su espíritu, muy lleno del amor de Dios, dominara a su cuerpo enfermizo, y si algo humanamente parecía imposible que en ese estado de salud pudiese realizarlo, el bondadoso Dios le suplía y hacía que ese cuerpo desgastado y maltratado pudiese actuar haciéndolo posible. ¿Por qué no pensar en el milagro? Desde la fe, es posible y consolador pensarlo. Dios no falla, la fe y el amor hacen milagros.

Así ocurría con alguna frecuencia que cuando tenía necesidad de hacer algún viaje y se encontraba humanamente postrada por la tormentosa ciática que la retenía en cama sin poder moverse, emprendía el viaje y podía trabajar el asunto que llevaba entre manos. Ella decía que Dios y la Virgen le ayudaban; los médicos y sus hijas que parecía un milagro.

Llegó por fin su última enfermedad, el cáncer doloroso fue la cruz final de su vida por la que se abrazó fuertemente a Cristo sumida en el amor. Y en estas circunstancias de vida y de muerte, llena de dolores corporales y no menos llena de amor sobrenatural, Dios le regaló la satisfacción de recibir la noticia de la aprobación definitiva de su Obra, la Congregación de las Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios. El 10 de enero de 1949 un telegrama recibido de Roma le decía: «*Aprobadas definitivamente las Constituciones*». Al leerlo exclamó: «*Nunc dimittis*.» Así vio terminada su carrera y comunicó la alegría que sentía a sus hijas con estas palabras evangélicas. Su alma quedó tranquila al sentir que Dios le había aceptado los muchos trabajos y sacrificios para llegar a este momento; ya sólo le quedaba en este mundo la preparación para el encuentro definitivo con su Amado; su cuerpo ya no contaba, su amor se intensificaba llenándolo todo.

Siguieron tratamientos médicos, intervención quirúrgica, radioterapia... Todo inútil. El cuerpo no respondía más. Se perdieron las esperanzas de curación y la trasladaron a la casa de la calle de Don Ramón de la Cruz de Madrid el 19 de marzo para que pasase sus últimos días al calor de sus hijas; días después, el Jueves Santo, recibió por última vez la Comunión y al día siguiente, Viernes Santo, 15 de abril de 1949, a las 12 de mediodía entregó su alma a Dios.

Sus restos mortales fueron enterrados en la Sacramental de San Justo y trece años después, fueron trasladados a la Casa-Madre, en la calle Bueso Pineda número 21. Dios quiso que su cuerpo, al ser exhumado, se encontrase incorrupto e incorrupto se conserva.

Tras su muerte quedaba una vida llena de bien. Muchos se beneficiaron de su amor a la Eucaristía; muchos la admiraron; muchos la imitaron y siguieron y siguen imitándola. Hoy su espíritu está vivo en sus hijas, las “Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios”, que

impulsadas por su ejemplo adoran diariamente a Jesús sacramentado y se entregan al apostolado de la educación y a otras obras eclesiales.

Hacia los altares

La fama de santidad de la madre Trinidad ya comenzó en vida. A ella acudían sacerdotes, religiosos y seglares pidiendo oraciones y consejo. Nadie marchaba de su presencia defraudado. Los que la conocieron la admiraban por su sentido sobrenatural, por su mucha oración, por su pobreza, su caridad... Su trato arrastraba hacia a Dios.

Esta fama fue ponderada en su muerte. A despedirse de ella acudieron a la capilla ardiente sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares entre los que se oía la voz unánime: *es una santa*; y le rezaban y algunos pasaron objetos religiosos por su cuerpo en señal de devoción. Los funerales se celebraron en la iglesia de la Concepción, elegida por la amplitud del templo, ya que esperaban, como así sucedió, un número elevado de asistentes.

Hoy esta fama sigue viva y de manera especial entre sus hijas, entre los niños que se forman en sus colegios, entre los antiguos alumnos y entre los que mantienen relación con las Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios. A su sepulcro acuden fieles a rezarle, a pedir favores y también a dar gracias por los favores recibidos. De diversas partes llegan noticias de favores obrados por intercesión de la madre Trinidad.

Desde el día de la muerte, las religiosas Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios y otras personas pensaron en la canonización, por lo que se esmeraron en depositar sus restos en una sepultura independiente para facilitar la recogida de los restos cuando llegase el tiempo oportuno. Con estas miras de canonización, al cumplirse los trece años de la muerte, concretamente el 11 de abril de 1962, trasladaron los restos a la Casa-Madre de la Congregación, en la calle Bueso Pineda número 21, de Madrid. Al encontrarse con el cuerpo incorrupto, avivó la fama de santidad y las ansias de llevarla a los altares.

Dentro de este entusiasmo y de acuerdo con las normas de la Iglesia sobre las beatificaciones y canonizaciones de entonces, las religiosas comenzaron a promover la causa y en 1975 nombraron un Postulador, quien propuso se tomasen declaraciones, por tribunal eclesiástico, a los testigos de avanzada edad para no perder estos testimonios, pues se preveía, debido a la normativa vigente entonces, que la apertura del proceso tardaría bastante tiempo.

Ya con la nueva normativa de la Iglesia para las causas de canonización se abrió el proceso el 28 de enero de 1991 y en la actualidad se sigue trabajando en él.

En el archivo de la Postulación se conservan testimonios espontáneos de obispos, sacerdotes, religiosos y fieles en los que resaltan sus virtudes, piden la canonización, y algunos también agradecen favores recibidos.

De entre estos testimonios se escoge el que se reproduce a continuación de monseñor Giuseppe Di Meglio.

Un testimonio sobre la madre Trinidad

La Fundadora de las Hermanas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios está entre las figuras religiosas que han dejado una mayor impresión de admiración y de devoto afecto en mi ánimo. En mi larga vida diplomática, transcurrida bajo tantos cielos y en tantas tierras, puedo bien decir que no me he encontrado jamás con un alma tan humilde, tan dulce, tan simple, como la madre Trinidad.

Desde que la conocí, en la Nunciatura Apostólica de España, en el lejano 1946, me impresionó profundamente su simplicidad: se vislumbraba a primera vista, la manifestaba en el rostro, emanaba de sus palabras. Una simplicidad, no hecha sólo de forma externa, sino que era como su segunda naturaleza, la expresión más profunda de su ser. La simplicidad de aquellos que saben penetrar en la esencia suma de las cosas, de nuestra unión con Dios y de nuestras relaciones con el prójimo, sin razonamientos difíciles, sin deducciones lógicas, mas viviendo la realidad así como es: amar a Dios y al prójimo en Dios, ver en los otros hombres a los propios hermanos, ejercitar el cristianismo en un clima de bondad y de dulzura, realizar el sacrificio, constante y generoso, sin manifestarlo, como un deber natural de sí mismo, porque en cada hombre está la imagen augusta de Dios. Sacrificarse con alegría, regocijándose, cantando. Transformar la propia jornada de trabajo en cántico de Dios y de las criaturas.

Sí, en la madre Trinidad yo he visto como un segundo san Francisco. No en vano ella había sido clarisa, y su vocación a la simplicidad, a la oración, la había impulsado a trasladar, en simplicidad, la oración contemplativa en aquella activa, sobre el fondo siempre franciscano de su ser.

Así he visto a la Fundadora de las Hermanas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios; así la he visto, admirado, amando como una madre; así he visto, admirado, amando a sus hijas como un hermano suyo.

Dulces y valientes hijas, que llenas todavía del primer espíritu de la Fundadora, han recogido en vida y sobre el lecho extremo de la agonía, la llamada, la exhortación, la oración para ser como ella, pías, buenas, ejemplares, y lo están realizando en el mundo con fidelidad y amor. No aspiran a cosas grandes: están donde Dios las quieren, se contentan de poco. Parten con sinceridad su pobre pan para distribuirlo a los indigentes, abren su alma maternal a las niñas inocentes, y cultivan los gérmenes de bondad, de pureza, de fe. Trabajan y oran, siempre, sin descanso. Las poblaciones, que tienen intuitivo el sentido del bien, saben qué buenas son estas hermanitas, las admiran las aman y si se marchan, lloran.

Donde quiera, y ante todo en Roma, ellas han dejado este dulce sentido de tristeza en el barrio donde trabajaron por tres años.

Yo soy testigo de su espíritu, de su trabajo, de sus sacrificios.

La Madre fundadora ha inculcado en su corazón tres amores: la Eucaristía, la Virgen y el Papa. De estos tres amores brilla ahora en el cielo su gloria; de estos tres amores resplandecen, adornadas de sacrificio, sus hijas en la tierra.

*Mons. Giuseppe Di Meglio
Officiale della Suprema Sacra Congregazione
del Sant'Offizio*

V. LA CONGREGACIÓN HOY

La Obra de la madre Trinidad es la Congregación de las Esclavas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios fundada por ella. Su misión específica es la Adoración al Santísimo Sacramento y la Educación.

Esta Congregación fue aprobada por la Santa Sede *ad experimentum* el 31 de octubre de 1942 y definitivamente el 10 de enero de 1949. En la actualidad cuenta con 175 miembros y 27 comunidades repartidas en 9 países.

Las religiosas en la profesión hacen también el voto específico de Adoración al Santísimo Sacramento, que cumplen diariamente, turnándose por horas, todas las religiosas ante el Santísimo expuesto, para lo cual cuentan con el permiso para exponer las religiosas profesas. Periódicamente según las circunstancias de las casas hacen también la adoración nocturna. Unida a esta adoración, que es fundamental y específica de la Congregación tienen otras actividades apostólicas y misioneras centradas sobre todo en la enseñanza. Esta actividad de apostolado se refleja en la relación siguiente de las casas.

Casas en España

1. Berja (Almería)

Fundada en 1930. Atienden el Santuario de la Virgen de Gádor, patrona de Berja. Dirigen el “Colegio Nuestra Señora de Gádor” que en la actualidad imparte Educación Infantil, Primaria, Secundaria y Bachillerato. Imparten catequesis de Primera Comunión y colaboran en la parroquia en los grupos de Confirmación.

2. Orense - Sobrado del Obispo

Fundada en 1937. Actualmente no hay comunidad religiosa y en colaboración con Cruz Roja y el ayuntamiento funciona allí un centro de Primera Acogida de Refugiados.

3. Granada

Fundada en 1939 en el Albaicín y trasladadas en 1945 al Carmen de Conchita en la Alhambra. Actualmente sin comunidad religiosa, la casa sirve para acoger hermanas en su visita a los lugares fundacionales y se mantiene el culto a la Beata Conchita Barrecheguren.

4. Madrid

Fundada en 1944. Es la Casa General de la Congregación. Dirigen el colegio “Madre de Dios” de niños a todos los niveles: Educación Infantil desde los dos años, Primaria, Secundaria y Bachillerato. Imparten catequesis de primera comunión.

5. Bilbao

Fundada en 1945. Rigen el “Colegio Madre de Dios”, que atiende niños desde los dos años hasta Bachillerato.

6. Los Negrals

Fundada en 1989. Es una “Casa de Espiritualidad” para las religiosas de la Congregación y está abierta para ejercicios espirituales, retiros, encuentros y convivencias. También funciona como casa para las hermanas dependientes.

7 – Orense - Pereiro de Aguiar

Orientan el “Colegio Miraflores” fundado en 2004, que imparte Educación Infantil desde 1 año, Primaria, Secundaria y Bachillerato. Actualmente no hay comunidad religiosa.

Casas en México

1. Ciudad de México

Fundada en 1948. Dirigen el “Colegio Miraflores” con enseñanza a todos los niveles, desde Educación Preescolar hasta preuniversitario con 18 años. También rigen el “Colegio Ángel Matute” que imparte educación a niños de clase más desfavorecidas de primaria, secundaria y bachillerato con el apoyo económico del otro centro. Imparten catequesis de Primera Comunión y Confirmación.

2. León Guanajuato

Fundada en 1958. Rigen el “Colegio Miraflores” con enseñanza a todos los niveles desde preescolar hasta preuniversitario con 18 años. Dos religiosas están integradas en la pastoral diocesana. Imparten catequesis de Primera Comunión y Confirmación.

3. Toluca

Fundada en 2000. Actualmente sin comunidad religiosa. Dirigen el colegio Miraflores desde Educación Preescolar hasta Preuniversitario.

Casa en el Perú

1. Lima

Fundada en 1959. Dirigen el “Colegio Regina Pacis” que atiende niños desde la Educación Preeescolar hasta preuniversitario, de 3 a 17 años. Imparten catequesis de Primera Comunión y Confirmación.

Casa en Venezuela

1. San Antonio de los Altos

Fundada en 1964. Orientan el “Colegio Mater Dei” con educación desde los 3 a los 17 años. Actualmente sin comunidad religiosa.

Casas en Portugal

1. Braga

Fundada en 1934. Rigen el “Externato Paulo VI”, de enseñanza desde jardín de infancia hasta el 2º ciclo de escolaridad y catequesis de Primera Comunión.

2. Oporto

Fundada en 1936. La comunidad colabora en la pastoral parroquial y universitaria y alquila habitaciones para universitarios.

3. Laveiras-Caxias

Fundado en 1942. Dirigen el “Centro de Nossa Senhora das Dores”, que es una obra social-educativa que atiende la edad de Educación infantil y hasta el 1º Ciclo de escolaridad. Colaboran en la parroquia adyacente y dan Catequesis de Primera Comunión.

4. Lisboa

Fundada en 1943. Es la casa sede de la Delegación Portuguesa, que incluye Portugal, Cabo Verde y Timor. Dirigen el “Externato Mãe de Deus” con enseñanza desde infancia hasta el 1º Ciclo de escolaridad y catequesis de Primera comunión.

5. Viana do Alentejo

Fundada en 1949. Dirigen el “Centro do Inmaculado Coração de Maria”, que es una obra social-educativa para Educación Preescolar.

6. Fátima - Noviciado

Fundada en 1992. Es actualmente el Noviciado Internacional de la Congregación.

7. Fátima – “Casa Domus Mater Dei”

Fundada en 2014 es la casa que acoge a nuestras hermanas mayores de la Delegación y tiene una parte que funciona como geriátrico externo.

Casas en Angola

1. Luanda-Cristo Rey

Fundada en 1968. Se dedican a la pastoral parroquial

2. Luanda, Morro Bento

Fundada en 1988. Dirigen el colegio de Educación Preescolar Madre Trindade, el Colegio Mãe de Deus hasta 2º ciclo de Educación Básica y el Lar Bakhita que acoge a unas 40 niñas huérfanas cada año y para quienes las hermanas son su familia.

Además esta casa es la sede de la Delegación de Angola.

4. Ondjiva-Cunene

Fundada en 1995. Comunidad de Santa Clara. Dirigen el centro “Nossa Sra Das Dores” que acoge niños en edad Preescolar.

5. Lubango

Fundada en 1997. Es la casa postulantedo de la Delegación

6. Lubango

Fundada en 1997. Dirigen el Colegio Madre Trindade que acoge niños desde la Edad preescolar hasta el tercer ciclo de Educación.

7. Benguela

Fundada en 2020. Colaboran en la pastoral parroquial y trabajan en la Escuela parroquial.

Casas en Cabo Verde

1. Ilha do Maio

Fundada en 1881. Trabajan en la Educación pública y atienden niños en las aulas de tiempos libres por la tarde. Colaboran en la pastoral parroquial.

2. Ilha de Santiago-Praia

Fundada en 1991. Dirigen el “Colegio Miraflores” que imparte enseñanza a niños de todos los niveles educativos. Se ocupan también de la catequesis de Primera Comunión y Confirmación.

Casas en Timor Oriental

1. Dilor

Fundada en 2005. Comunidad eminentemente misionera, orienta el centro infantil y el centro de desenvolvimiento comunitario "Madre Trinidad", colabora en la escuela pública y da asistencia pastoral y evangelizadora a los pueblos de alrededor.

2. Tibar – Maliana

Se inaugura el 25 de enero de 2015 como casa de formación de postulantes para vocaciones timorenses y orientan los centros infantiles “Mãe de Deus” en Tibar y “Pirilampo” en Dili.

3. Gleno - Lauala

Fundada en 2018. Atienden el centro educativo y el Instituto Universitario de formación del profesorado «Naroman Esperansa», en misión compartida con las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret.

Casa en Benín

1. Adjarra – Portonovo

Fundada en 2019 – Está comenzando a funcionar el colegio «Madre Trinidad». Centro de educación para las etapas de inicial, primaria y secundaria y que responda a los retos de la educación del siglo XXI y a las necesidades de la sociedad local.